

COLECCIÓN SEGMENTS DE SEGURETAT / 6

GEOPOLÍTICA

Institut de
Seguretat Pública
de Catalunya



 Generalitat
de Catalunya

GEPOLÍTICA

Institut de
Seguretat Pública
de Catalunya



GEOPOLÍTICA

Institut de
Seguretat Pública
de Catalunya



NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Josep Baqués Quesada

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Barcelona. Profesor de la Universidad de Barcelona y del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado e investigador asociado de la Universidad Francisco de Vitoria (UFV). Director académico del grado en seguridad de la Universidad de Barcelona y el Instituto de Seguridad Pública de Cataluña. Director de la *Revista de Estudios de Seguridad Internacional* (RESI). Subdirector del portal de transferencia de conocimiento *Global Strategy*. Colaborador habitual del Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra (MADOC), de la *Revista General de Marina* y del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). Ha sido profesor visitante de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla) y de la Universidad Lumière Lyon 2 (Francia), así como profesor invitado en la Universidad de Granada. Autor de varios libros, los últimos de los cuales son *De las guerras híbridas a la zona gris: la metamorfosis de los conflictos en el siglo XXI* (UNED, 2021), *La construcción de una Política exterior y de seguridad en Europa, ¿Por qué es tan problemática?* (La Catarata, 2023), y *¿Cómo funciona el mundo? Una perspectiva desde la geopolítica* (Tirant, 2023); así como de artículos en revistas indexadas, el último de los cuales es «Is Morocco Operating a Grey Zone in Ceuta and Melilla» (*Defence Studies*, 2023). Embajador de la marca *Ejército*, cuenta con varios premios y reconocimientos, entre ellos el *Serge Lazareff*, otorgado por el Cuartel General de las Potencias Aliadas en Europa de la OTAN (2022); el Almirante Francisco Moreno, del Estado Mayor de la Armada Española; o la Cruz al Mérito Militar (aeronáutico) con distintivo blanco, otorgada por el Estado Mayor de la Defensa (2022).

BIBLIOTECA DE CATALUNYA - DATOS CIP

Baqués Quesada, Josep, autor

Geopolítica. – (Colección Segmentos de seguridad ; 6)

Bibliografía

ISBN 9788410393059

I. Institut de Seguretat Pública de Catalunya. II. Catalunya. Generalitat III. Títol IV. Col·lecció: Segments de seguretat. Castellà ; 6

1. Relacions internacionals – Història. 2. Geopolítica – Història.

327(091)

911.3:32(091)

Segments de Seguretat, 6

Directora de la colecció: Marta Roca Fina

Autor de esta obra: Josep Baqués Quesada

Coordinación y edición: Conxita Gandia Moragas

Foto de la cubierta: © Tung Lam (Pixabay)

Gráficos y mapas del interior: los derechos pertenecen a los autores, cuyo nombre o fuente se indica al pie de la imagen.

Edición

© Instituto de Seguridad Pública de Cataluña
Mollet del Vallès, septiembre de 2024



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional

ISBN: 978-84-10393-05-9

Servicios editoriales: Addenda, Barcelona

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1	
LAS RELACIONES INTERNACIONALES	11
EL REALISMO	11
Antecedentes lejanos	11
Antecedentes recientes	14
hacia la maduración de la teoría realista: el caso de Morgenthau.....	15
La irrupción del neorrealismo, a partir de la obra de Waltz	17
Un cambio de rasante: el neorrealismo ofensivo	21
En busca de la síntesis perfecta: el balance defensivo-ofensivo de Van Evera	25
El realismo noeclásico: el regreso de los factores internos	26
EL INSTITUCIONALISMO LIBERAL	28
Los fundamentos de la escuela liberal: Montesquieu, Kant y Paine	29
La maduración del intervencionismo liberal: Wilson	32
La recuperación del liberalismo a finales del siglo XX: Keohane y Nye.....	33
EL CONSTRUCTIVISMO SOCIAL	38
Los orígenes del constructivismo social	38
La maduración de la teoría: la obra de Wendt	42
LA TEORÍA CRÍTICA	47
Los albores de la teoría crítica: la escuela de Frankfurt	48
El estructuralismo de Wallerstein	49
El neogramscianismo de Cox	56

CAPÍTULO 2	
LA GEOPOLÍTICA	60
ANTECEDENTES, OBJETIVOS Y UBICACIÓN EN EL ÁMBITO DE LAS CIENCIAS SOCIALES	60
LA ESCUELA MARÍTIMA: MAHAN	63
La importancia de la geografía.....	64
Cómo modelar la geografía.....	66
Cómo modelar la sociedad	67
La importancia del espíritu comercial	67
La toma de decisiones políticas	69
LA ESCUELA CONTINENTAL: MACKINDER	70
La distribución espacial en la obra de Mackinder.....	71
Los factores culturales y económicos.....	74
HACIA UNA TEORÍA HÍBRIDA: SPYKMAN	77
La importancia del <i>Rimland</i>	78
Los imponderables del progreso.....	80
Las dificultades para la prospectiva.....	81
Dotando de sentido a la gran estrategia de EE.UU.	82
HACIA UNA GEOPOLÍTICA CRÍTICA	84
Tratando de sacar los colores a la geopolítica clásica.....	85
Aportaciones: de la teoría del geopoder a la teoría del lugar	86
BIBLIOGRAFÍA	90

PRESENTACIÓN

El Instituto de Seguridad Pública de Cataluña es el centro de creación, gestión y transferencia del conocimiento en el ámbito de la seguridad y las emergencias en Cataluña. Reunimos, en un único centro, la formación integral, el apoyo a la selección, el desarrollo profesional de los distintos colectivos, la promoción del estudio y la investigación y, desde 2014, también incorporamos los estudios universitarios.

La Escuela de Policía y la Escuela de Bomberos, Protección Civil y Agentes Rurales son las partes esenciales de nuestra organización, en las que se forman los profesionales del sistema de seguridad pública de Cataluña. Esta formación siempre ha contado con la colaboración de las distintas universidades catalanas. En 2014 se da un paso adelante importante: se crea el grado en Seguridad, que se imparte en el Instituto como centro adscrito a la Universidad de Barcelona.

Este 2024 celebramos los 10 años del centro universitario, un hito que corrobora la consolidación de los estudios y el acierto de la iniciativa. En un mundo global y complejo como el que vivimos, los estudios universitarios y la investigación son fundamentales para la generación de conocimiento, que, a su vez, los gobiernos y las organizaciones necesitan para desarrollar las estrategias y las políticas públicas que respondan a los requerimientos de la sociedad a la que sirven.

Por esa razón, es una gran satisfacción que con este sexto volumen de la colección «Segmentos de Seguridad» se publiquen los contenidos de una de las asignaturas insignia del grado en Seguridad, Geopolítica. Agradezco desde aquí el compromiso y la disposición del autor, el doctor Josep Baqués, profesor de esta asignatura, que ha elaborado este libro de forma rigurosa. Huelga decir que esta materia tiene una importancia primordial en el mundo de hoy: el estudio de la geopolítica es ineludible para los profesionales, analistas y especialistas del ámbito de la seguridad. Debe entenderse el contexto histórico, social, económico y político y, más aún, el contexto geográfico, para mejorar la comprensión y la gestión de la seguridad global: escenarios de conflictos, ejes internacionales de conflicto, dinámica económica, dilemas y amenazas de seguridad.

Creo sinceramente que no hay mejor forma de celebrar el décimo aniversario del centro universitario que con una publicación del doctor Josep Baqués. Él, profesor de Ciencia Política y con larga trayectoria académica en el mundo de la seguridad, recibió en 2013 el encargo de diseñar el plan de estudios del grado en Seguridad, una nueva titulación en el sistema universitario. Desde el inicio ha sido el jefe de Estudios y el delegado de la Universidad de Barcelona en el Instituto. El profesor Baqués ha sido, y es, el alma del grado en Seguridad.

En el Instituto estamos de enhorabuena con esta nueva publicación. Porque es un signo de la madurez de los estudios universitarios que impartimos. Porque es otra de nuestras vías de trabajo: abrir el conocimiento académico y conectarlo con el de los profesionales y especialistas de la seguridad. Publicándolo y diseminándolo, con certeza podrán enriquecerlo y devolvérselo con sus aportaciones.

Por último, quiero destacar la consolidación de esta colección para divulgar el conocimiento fruto del esfuerzo de profesionales de la seguridad y las emergencias, así como del mundo académico, que participan y se implican en las actividades formativas y de investigación del Instituto. Desde aquí, mi agradecimiento y reconocimiento. Espero, asimismo, que sea útil a todos los lectores y al público en general. Con este objetivo nació esta colección y éste es el espíritu que nos guía.

Marta Roca Fina

Directora del Instituto de Seguridad Pública de Cataluña

INTRODUCCIÓN

Este es un libro que nace con vocación de ser empleado a modo de un manual, aunque sea más que un manual, en la medida en que no se limita a hacer listas de teorías, teóricos y los puntos fundamentales de sus obras respectivas, sino que, más allá de ello, contiene, también análisis. Todo ello con respecto a dos materias diferentes, pero a la vez muy relacionadas. Se trata de las relaciones internacionales y de la geopolítica. De hecho, es difícil acceder al conocimiento (o, simplemente, a la conciencia) de lo que sucede en el mundo sin una adecuada comprensión de ambas materias. Al final, un buen diagnóstico de cualquier situación pasa por combinar ambas materias. Por eso es tan importante que un único texto satisfaga ambas cuestiones.

Técnicamente hablando, las relaciones internacionales se encargan del análisis de las conductas de los principales actores de la sociedad internacional. No es una disciplina tan antigua, al menos formalmente. Porque, si bien esto ha sido objeto de preocupación desde la noche de los tiempos, no es menos cierto que el empleo sistemático de la expresión «relaciones internacionales» apenas tiene unos 250 años. Tenemos por precursor al afamado filósofo británico Jeremy Bentham, hacia 1780, en su obra *Principios de moral y legislación*. El contexto contribuye a explicarlo. Hasta esos tiempos, las relaciones se plantean, en la práctica, entre dinastías, mientras que lo «nacional» no pasaba de ser algo simbólico. En cambio, con la Revolución Francesa se consolida la noción de «soberanía nacional», con todas sus implicaciones. También, claro, en el terreno de juego global.

Los esfuerzos de Kant (por citar un ejemplo destacado) en obras como *La paz perpetua* son posteriores a ese hito (1795, en este caso). Y habrá que esperar a la llegada del siglo xx para ver cómo florecen las principales escuelas de relaciones internacionales, comenzando, lógicamente y cronológicamente, por el realismo, siguiendo con el institucionalismo liberal (de raíces kantianas) y continuando con las corrientes más críticas con las dos escuelas precedentes, todas ellas de la segunda mitad del siglo xx (constructivismo social y teoría crítica, de matriz marxista). En la primera parte del libro daremos cuenta de todas ellas.

Comenzaremos por los antecedentes (incluso cuando las relaciones internacionales todavía no estaban codificadas como tales) y luego trabajaremos, una por una, todas las escuelas que ya corresponden con la maduración de la disciplina. Es lo que hay que hacer, pero no es lo más usual. Porque, en las últimas décadas, el realismo ha pasado a casi desaparecer de muchos manuales. ¿Por qué? Porque algunas de sus premisas, explicaciones y conclusiones resultan antipáticas a sus coordinadores y autores. ¡Ah, claro! Solo tenemos que exponer aquellas teorías que nos regalan los oídos con las cosas que nos gusta escuchar. ¿Qué bien, no? ¿Cuál es el problema? Que la historia sigue su curso, y el principal deber de un científico social no es dibujar mundos felices en el lienzo de las utopías, sino explicar la realidad. Como diría Aristóteles, la tarea del científico consiste en buscar las causas de esos efectos con

los que nos damos de bruces cada día, que incluyen conflictos de todo tipo, e incluso guerras. Por eso es tan importante analizar todas las escuelas. Una vez hecho eso, el lector siempre podrá elegir la que le parezca más útil para entender esa realidad. A su vez, sin embargo, tras exponer las diversas corrientes del realismo, haremos lo propio, en los términos y el orden indicados, para traer a colación las teorías alternativas al realismo, más o menos críticas con el mismo (pues hay de todo).

Si pasamos al ámbito de la geopolítica, en el sentido más estricto de la expresión, hay nuevas sorpresas, pues se trata de una disciplina todavía más joven. De todos modos, comencemos por la principal diferencia entre el enfoque propio de las relaciones internacionales y el de la geopolítica. El primero, busca la variable explicativa del comportamiento de los actores (singularmente, del más importante de ellos: los Estados) en las propias dinámicas relacionales. Ello es así, aunque —en función de qué escuela se trate— enfatizen unas cosas u otras. Por ejemplo, y sin ánimo de adelantar muchas cosas, el realismo clásico, así como el neoclásico, tienden a fijarse más en lo que sucede dentro de cada Estado; mientras que el neorealismo está convencido de que la causa de la conducta de los Estados está fuera de cada uno de ellos: en el sistema internacional; a su vez, los liberales tienden a pensar que esa causa reside en el entramado de instituciones (reglas, tratados, alianzas y otras componendas) con las que se relacionan esos mismos Estados; los constructivistas sociales apuntan a las narrativas o discursos; y los marxistas, a la economía. Sin embargo, en todos ellos, la geografía apenas tiene una función auxiliar, facilitando o dificultando las cosas, en el mejor de los casos.

El segundo, es decir, el enfoque de la geopolítica da un vuelco a esa lógica. La variable explicativa del comportamiento de los actores internacionales está en la geografía. Lo que es meramente auxiliar, o complementario, es todo lo demás. De esta manera, cuando se conoce la geografía de un Estado, se podría deducir cuál será su política exterior, al margen de las ideas que tenga quién lo gobierne. A lo largo del libro, veremos hasta qué punto esto es así, siguiendo el recorrido de las tres principales escuelas de la geopolítica: la marítima, la continental y la híbrida —ésta última ubicada entre las dos primeras.

Pero habíamos dicho que la geopolítica es una disciplina muy, muy reciente. Así es. Tanto, como que apenas comienza a vislumbrarse a finales del siglo XIX. Se dice que el primer científico social en emplear del modo en que aquí se ha dicho el término «geopolítica» fue el sueco Kjellén, allá por 1899. Otro de los pioneros fue el alemán Ratzel, nada menos que siendo doctor en... izoología! Contemporáneo del sueco, publicó la primera edición de su obra magna, *The History of Mankind*, en 1897. Todo lo cual muestra los tardíos y titubeantes orígenes de una disciplina que, sin embargo, conocerá una época dorada en la primera mitad del siglo XX, seguida de un ostracismo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y de una recuperación de su interés en estos últimos años del siglo XX y principios del XXI. De ahí su interés, y el de este libro, por añadidura. La geopolítica vuelve al primer plano: ¡qué menos que conocer sus parámetros, a los clásicos de la materia y las repercusiones que puedan tener sobre nosotros!

De todo ello daremos cuenta en este libro, de manera que, una vez cerrado el bloque dedicado a las relaciones internacionales, afrontaremos el dedicado a la geopolítica. Mi convicción es que, para cualquier trabajo serio (al menos en el ámbito académico) sobre el mundo actual, sobre el papel de las principales potencias o sobre las causas de la guerra, y de la paz, es necesario proceder a partir de un doble marco teórico o, si se prefiere, de un doble filtro: por eso, combinar el enfoque de las relaciones internacionales con el de la geopolítica es tan importante. El lector lo irá comprobando a lo largo del libro, que le invito a leer, esperando sea provechoso.

CAPÍTULO 1

LAS RELACIONES INTERNACIONALES

EL REALISMO

Cuando se trata de afrontar qué es el realismo en el ámbito de las relaciones internacionales conviene hacer una serie de puntualizaciones, previas a entrar en detalles. Por una parte, para dejar claro que no existe, en puridad de conceptos, un único realismo. Es decir, sin perjuicio de la presencia de algunos elementos compartidos, muchas veces subyacentes, a los que iremos haciendo referencia, lo cierto es que existen varias escuelas realistas y que, más allá de ese mínimo común denominador (tantas veces muy mínimo) vamos a ir definiendo escuelas que se contraponen entre sí, y que pueden llegar a conclusiones diferentes sobre los mismos temas.

Por otra parte, también es conveniente una mirada a los antecedentes del realismo, ya que es útil para comprender, precisamente, cuáles son esos axiomas compartidos y la razón por la cual tienen ese estatus. Hay que tener en cuenta que el realismo (o los realismos) se ha(n) hecho fuerte(s), sobre todo a partir de los años 50 del siglo xx, y yo diría que muy especialmente a partir de los años 70 y 80 del siglo pasado, ya que en esas fechas se nota un crecimiento exponencial de la literatura académica basada en fuentes realistas, tanto en cantidad, como en calidad. Se trata de una tendencia que prosigue en la actualidad, quizá agravada por la guerra de Ucrania. O, más bien, por las lecturas erróneas que se han hecho de la misma. Algunos culpan al realismo de la guerra de Ucrania. Pero es justo al revés: si las partes (OTAN, Ucrania y Rusia) hubieran actuado siguiendo parámetros realistas, difícilmente estaríamos en guerra.

En todo caso, yo distinguiría dos tipos de antecedentes. Los unos, muy lejanos en el tiempo, se corresponden con las primeras reflexiones conocidas en el ámbito de las relaciones internacionales, de modo que tienen unos 2.500 años de vigencia y se corresponden, como cabría imaginar, con autores de la Grecia clásica. Los otros son autores que en pleno siglo xx (pero todavía en la primera mitad de siglo) sientan las bases del realismo de nuestros días. Lo veremos en sendos apartados.

ANTECEDENTES LEJANOS

¿Qué decir, en primer lugar, de esos antecedentes más alejados de nuestros días? Que su principal exponente, con diferencia, es un historiador heleno llamado Tucídides. Su relato fundamental lo condensa en un libro, escrito en el siglo v a JC: *Historia de la guerra del Peloponeso*. Lo que relata son las guerras entre Atenas y

Esparta y sus aliados. Es especialmente famoso el llamado diálogo de los melios, que hace referencia a los habitantes de la isla de Melos, ubicada en el mar Egeo, a mitad de camino entre la Grecia continental y la isla de Creta. En ese contexto, la situación era la siguiente: Atenas y Esparta habían sido aliados, algún tiempo antes, contra los persas. Sin embargo, poco después, van a la guerra entre ellos. De todo lo que se vaya diciendo, cabe extraer moralejas, que se acabarán convirtiendo en parte de ese mínimo común denominador al que antes he hecho referencia como terreno compartido por todos los realismos. En este caso: ¿qué valor cabe atribuir a la amistad, en el ámbito de las relaciones internacionales? Claramente, visto lo visto... ninguno.

Luego, el enfrentamiento entre atenienses y espartanos se produce casi por inercia. Porque Atenas venía de ser la gran potencia, dominante en el mar Egeo, pero Esparta iba creciendo a todos los niveles (económico, político y militar) y comenzaba a hacerle sombra a su antiguo aliado. Esto es lo que todavía hoy se conoce como la *trampa de Tucídides*, esto es, que las grandes potencias tienden a ver sus progresos y los de sus competidores por el poder como un «juego de suma cero», con lo que ello implica (es decir, que lo que uno gana lo pierde el otro, y al revés). De modo que esas dinámicas suelen terminar en guerras. Quizá no sea ocioso recordar que esta imagen sigue siendo empleada, en nuestros días, por quienes tienen la mirada puesta en la competencia entre los grandes poderes de la actualidad (los EE. UU., en el papel de Atenas; y Rusia y, sobre todo, China, en el de una Esparta en auge).

Sea como fuere, los atenienses se plantaron ante la isla de Melos, aliada de Esparta. Y aquí viene uno de los grandes axiomas que también comparten todos los realistas: lo que Atenas dice a los melios es que tienen dos opciones: rendirse (lo que, en términos de la época, implicaba su esclavitud) o... ir a la guerra, en cuyo caso terminarían igual de mal... pero solo los supervivientes. ¿Qué hicieron los melios? Obviamente, apelar a razones y a principios de orden moral para deslegitimar y, con un poco de suerte, convencer a los atenienses de que ése no era el camino. Hoy diríamos que eso «no son formas»: muy bien, no lo son. Pero ¿qué sucedió? Pues que hubo guerra, probablemente injusta.¹ En esa guerra, el fuerte (Atenas) pasó por encima del débil (Melos), lo arrasó todo, mató a la mayor parte de sus hombres adultos y luego esclavizó, de todos modos, a niños y mujeres, más algún superviviente.

¿Qué moraleja obtiene el realismo, a partir de estos hechos? Varias. Pero la más importante queda sintetizada en una frase, un tanto lapidaria, del propio Tucídides, a modo de espectador de lujo de esos hechos: «En las cuestiones humanas las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, *los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan*» (Tucídides, V, 89; la cursiva es mía). Dicho con otras palabras... los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que deben. Más fácil, si cabe: de nada vale lamentarse. Ni tampoco apelar a la moral. Porque, en el ámbito de las relaciones internacionales, quien tiene poder suele ejercerlo. Por consiguiente, frente a los lagrimones y los discursos recargados de moralinas, solamente hay una posibilidad de sobrevivir, en un entorno hostil: *si vis pacem, para bellum*.

¿Significa esto que los realistas son inmorales? Quizá lo sean. Si bien, como iremos viendo, esto tiene que ser matizado. Lo que Tucídides plantea es que las apelaciones a la moral no son útiles para evitar las guerras. No, al menos, cuando la desproporción de fuerzas es muy grande y, con ello, también lo son los incentivos para un ataque. Por consiguiente, los realistas no desean la guerra, o incluso desean evitarla (¿es eso inmoral?). Sin embargo, quieren darnos un baño de realidad, pues están convencidos, a la luz de los hechos (pues siempre parten de ellos) de que la mejor receta para evitar ser atacado es la disuasión de los probables agresores, no con palabras bonitas, sino con hechos: léase, con armas.

1. Según los baremos al uso de la teoría de la guerra justa, que expongo en otro de mis libros, pero que no es objeto de análisis en el que el lector ahora tiene entre manos.

Vayamos a matizar esto, buscando –ya sí– la aproximación más exacta posible a las enseñanzas de este historiador heleno, siempre con la mirada puesta en comprender mejor la lógica subyacente a todos los realismos:

- a) es preciso separar el análisis moral del geopolítico, so pena de no entender nada, de autoengañarnos acerca de nuestras opciones y de no poder prevenir las situaciones de mayor riesgo para la propia supervivencia;
- b) siendo ese, en fin, el auténtico imperativo moral que debería guiar las conductas de nuestros gobernantes: la moral de la supervivencia;
- c) lo cual no significa que el realismo, con Tucídides a la cabeza, sea insensible a otras derivadas, también de orden moral. Sin ir más lejos, él fue ásperamente crítico con el modo en el que Atenas se desempeñó en el campo de batalla, acusándola de ejercer una violencia innecesaria para su victoria, durante (y después de) la batalla por el control de la isla de Melos. Es decir, conceptos como la ira, la impiedad o la venganza salieron a relucir en la obra de Tucídides, para de ese modo denostar a los atenienses, aunque vencedores (GARCÍA PICAZO, 2016: 59). De modo que esos excesos difícilmente pueden formar parte del erario conceptual propio del realismo.

Al cabo de los siglos llegaron otros autores, también convertidos en clásicos, que arreciaron en esas mismas tesis. El más conocido de todos ellos es Thomas Hobbes, autor, entre otros libros, del *Leviatán* (1651). Hombre que estaba entre los más cultos de su época, tras iniciar sus estudios en Oxford y doctorarse en Cambridge, expone lo que sucede en cualquier sociedad cuando no hay un poder central lo suficientemente fuerte como para mantener el orden. Nos interesa mucho lo que plantea ya que no hay que ser muy avezado para comprender que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) dista mucho de poder ejercer ese rol en la actualidad. Como muestra, un botón: su triste papel en la guerra de Ucrania. Ni pudo evitarla ni luego ha sido capaz de reconducir la situación, hasta el punto de que ha sido condenada a la más absoluta irrelevancia. No es cuestión de que eso guste más o menos. Es lo que hay.

Hobbes acepta el axioma de Tucídides: puede haber un razonamiento moral (él lo intenta) siempre y cuando tengamos claro que, en tal tipo de situaciones, la regla de oro de la moral es la búsqueda de la supervivencia (cabe añadir que en un entorno hostil). Tanto es así que Hobbes califica esa regla de oro como la *primera ley de la naturaleza*. Hobbes no cree, contra lo que en ocasiones se dice de él, que seamos malos por naturaleza. Lo que somos, por naturaleza, es interesados y, desde esa perspectiva, tenemos tendencias egoístas. Por ello admite que, mientras no haya escasez de recursos, podremos detectar, incluso, comportamientos amables y solidarios para con los demás. En sus propias palabras, lo que habrá es... «compasión, y rechazo de las grandes desgracias de los demás» (HOBBS, 1992: 47). Siendo así, ¿cuál es el problema? La escasez, generadora de competencia por recursos escasos, máxime cuando es de tal envidia que amenaza a la propia supervivencia. Desde el momento en el que aparecen los primeros atisbos de esa escasez, surge asimismo la desconfianza mutua. Dentro de cada sociedad, eso puede tener que ver con la comida, el agua potable, el reparto de la riqueza y –añadimos por nuestra cuenta–, con la mirada de hoy a nivel internacional, con los hidrocarburos y los combustibles derivados, con las tierras raras, con el grano o con las principales rutas comerciales y su control. De ahí, finalmente, la aparición de esa situación en la que, según nuestro autor, «el hombre es un lobo para el hombre».

Entonces, como buen realista, Hobbes nos advierte de posibles causas de la guerra. Y, como buen realista, también, pugna por hallar caminos para la paz. Ahora bien, una vez más, nada que ver con las buenas palabras. La única solución que ve factible es, precisamente, la instauración de un *Leviatán*, es decir, de un Estado dotado de

amplios poderes para mantener el orden, terminando de ese modo con el desaguisado de enfrentamientos habidos por doquier. Pero también, si es preciso, dotado de poderes para dar de comer a los pobres de esa misma sociedad, ya que es parte de lo mismo. Algo similar cabe decir, pues, en el ámbito de las relaciones internacionales. Planteado lo cual, ¿qué sucede mientras no llega ese *Leviatán* mundial? Que cada Estado mantiene, claro está, su derecho a la legítima defensa, por sus propios medios. Aunque, según algunos exégetas de su obra, Hobbes apunta también, como transición entre la anarquía que rige las relaciones internacionales en el siglo XVII y el advenimiento de ese poder omnímodo, la posibilidad de que se den equilibrios de poder entre diversos Estados, tales que a ninguno de ellos le salga a cuenta atacar a los demás (CHRISTOV, 2015).²

Tras esta entradilla, ya estamos en condiciones de realizar una exploración acerca de los antecedentes más cercanos en el tiempo: los de la primera mitad del siglo XX.

ANTECEDENTES RECIENTES

Afortunadamente para el lector, existe un amplio consenso académico acerca de quién o quiénes deben ser considerados como los precursores de la teoría realista contemporánea. Uno de los más citados entre ellos es el británico Edward Carr. Su vida y obra es muy útil, asimismo, para entender cómo se pueden llegar a compartir las sugerencias de Tucídides más de dos milenios más tarde de que nos las legara, convirtiéndolas, de paso, en imperecederas.

Pero Carr no defendió siempre dicho paradigma. Porque, paradójicamente, muchos de los mejores exponentes de esta generación de realistas llegan a esta escuela desde sus antípodas. En efecto, se formaron en otras cosas, digamos que bastante más idealistas. Pero... más pronto que tarde se dieron cuenta de que eran aproximaciones inútiles para lidiar con la realidad, que es de lo que se trata, hasta terminar desengañados. De hecho, Carr no se formó, inicialmente, en el realismo. Al contrario. Fue un funcionario del ministerio de asuntos exteriores de su país que, tal como sucedió con otros tantos contemporáneos suyos al terminar la Primera Guerra Mundial, dolorosa donde las haya, apostó fuerte por la Sociedad de Naciones (la precuela de la ONU), de la que también fue asesor. Lo fue, pero solo para terminar desilusionado. De esa experiencia surge su gran obra: *La crisis de los veinte años (1919-1939)*, publicada por vez primera en el año en que empezó la Segunda Guerra Mundial, pese, claro está, a la Sociedad de Naciones, que ni supo, ni pudo, hacer nada para evitarla, ni mucho menos para reconducir los hechos tras la ruptura de las hostilidades. En ese libro se mofa, literalmente, de que los diplomáticos y otros «utópicos»³ se habían llegado a creer eso de que, en el ámbito de las relaciones internacionales, la deliberación sustituiría a las guerras y que el poder sería eliminado de las relaciones entre Estados (CARR, 2004: 158). ¡Qué bonito! Sí, mucho... Lástima que, según Carr, todo eso sea absolutamente falso.

Tanto es así que, muy a su pesar, termina diciendo que eso de que hay una «comunidad» de naciones es otra falacia.⁴ Y, como postre, se refiere despectivamente a quienes, siguiendo en el ámbito de la Sociedad de Naciones hasta el final, pero cada vez más alejados de la realidad, en términos de los «metafísicos de Ginebra». La cosa es grave, porque según Carr, esos mismos idealistas, utópicos y metafísicos son... ¡corresponsables de la Segunda Guerra Mundial! Sí, ya sabemos que la empezaron Hitler y Stalin, invadiendo Polonia de consuno. Pero Carr aduce que las potencias occidentales fueron incapaces de disuadir a nazis y bolcheviques porque padecían de una patología muy grave en relaciones internacionales: padecían de ingenuidad. De ahí al estallido de las hostilidades solamente hubo un paso.

El francés Raymond Aron suele ser tomado como el otro gran precursor, aunque solo fuera porque Henry Kissinger, uno de los políticos realistas más perspicaces de

2. Christov lo señala a partir de uno de los pasajes más citados del *Leviatán*, en el que Hobbes dice que los más fuertes pueden verse atenazados por una «coalición de débiles». Recuerdo ese pasaje, pero discrepo de la interpretación de Christov, pues creo que, a través del mismo, Hobbes está dando argumentos, directamente, para demostrar que hasta los más fuertes estarían deseando acabar con una anarquía que en teoría les favorecía, para de ese modo dar el salto a la creación de un *Leviatán*.

3. Utópico es, siempre según Carr, quien cree que los «propósitos» pueden prevalecer sobre los hechos.

4. Téngase en cuenta que, en ciencias sociales, la palabra «comunidad», derivada del alemán *gemeinschaft*, implica compartir valores, no meramente llegar a acuerdos puntuales.

la historia, aludiera a él como «mi maestro». De todos modos, Aron es realista por eso y por muchas más cosas. Su obra fundamental data de 1962, en plena madurez intelectual, pues venía publicando regularmente desde los años 40 y 50 del siglo xx. Se trata del libro *Paz y guerra entre las naciones*. Es destacable que su trayectoria es bastante similar a la de Carr. Como él, sus orígenes no están en el realismo. Por el contrario, Aron, de joven, era pacifista, a fuer de socialista. Sin embargo, en su madurez abrazó lógicas realistas, a fuer de conservadoras. Otro converso desengañado, si se quiere.⁵ Lo curioso es que, en sus últimos años de vida, Carr no ocultaba sus simpatías por la URSS, mientras que Aron hacía lo propio con la OTAN y el bloque occidental, liderado por los EE. UU. Lo cual demuestra que realistas los hay en todos los lados, si la mirada tuviera que ser ideológica.

¿Cuál fue la transición de Raymond Aron? Tras buscar sin mucho rendimiento lo que él mismo definía como las «lógicas de lo deseable», se propuso desentrañar las «lógicas de lo real», pues lo perentorio, decía, es tratar de entender el mundo. Podemos preguntarnos, visto lo visto, si Aron destierra la moral de sus análisis. La respuesta, como ocurre con el resto de los realistas, dista de ser plana: Aron admite la importancia de la moral para la toma de decisiones políticas. Sin embargo, descarta dos cosas, a saber, que exista una pretendida «moral universal» y que tener en cuenta lo que la moral dé de sí, en cada época y lugar, nos tenga que llevar a incurrir en «moralismos» (ARON, 1974: xix). Por consiguiente, su aproximación es poco dogmática al respecto y sigue pensando que lo primero que el analista tiene que hacer es comprender qué intereses están en juego. Sabe (y expone) que el mundo está regido por oligarquías... No es muy dado a romanticismos: asume que esas elites buscan el poder y que no pocas veces sus intereses colisionan y concluye que la imagen más real del mundo se condensa en la idea de que lo preside un «choque constante de voluntades» (ARON, 1985: 79-80), tanto a nivel económico como político y, finalmente, militar.

Este es su punto de vista y su punto de llegada. Lo cual también me es útil para exponer algo que es probable que ya tenga en vilo al lector. Si estos son los precursores, pero todavía no los auténticos realistas... ¿Qué marca la diferencia? Se puede colegir del modo de trabajar de Aron: hace un diagnóstico (lo que no es poco) pero no lo emplea para desarrollar una teoría más completa (y más compleja) que vaya más allá de ello. La aproximación de Aron es más tentativa que científica. En cambio, los realistas que seguirán su estela, o la de Carr, sí que se afanarán por dialogar con las principales escuelas de las ciencias sociales del momento, a fin de ofrecer una explicación holística del funcionamiento del mundo, a partir del comportamiento de sus unidades principales, que son los Estados. Es más: las pretensiones de los realistas son científicas.

Eso es lo que va a cambiar, sobre todo a partir de la aportación del estadounidense Hans Morgenthau a quien, normalmente, se lo considera como el padre de la teoría realista contemporánea, dejando de lado a los antecedentes.

HACIA LA MADURACIÓN DE LA TEORÍA REALISTA: EL CASO DE MORGENTHAU

Su caso también es curioso: fue un realista perseguido en su propio país, por oponerse a la guerra de Vietnam. Estuvo en el punto de mira del FBI (eso, con toda seguridad) y, probablemente, de la CIA. Quizá por ello, una de las más prestigiosas académicas españolas sobre la materia, que desarrolló su tesis doctoral sobre la obra de Morgenthau lo calificó como un «pacifista americano del siglo xx» (BARBÉ, 2003: 43). ¿Exagerado? Por supuesto. ¿Intencionadamente? También, según creo. ¿Por qué? Porque con Morgenthau se demuestra, una vez más, que la correlación que algunos desean vender, desde medios poco académicos (políticos y periodísticos) entre

5. Hubo más, también muy conocidos, además de Carr y Aron. Me viene a la memoria el caso de Walter Lippman, que participó en primera persona en la elaboración del manifiesto del presidente estadounidense Wilson, considerado, a la sazón, como uno de los textos cumbre del idealismo trasladado al campo de las relaciones internacionales. Sí, pero después se pasó al campo realista sin rubor, aduciendo cosas como que la política debe ser evaluada en función de sus méritos, no de su popularidad. Ya está bien, pues, de que el político (y no digamos el analista) se dedique a poner un lacito a lo que la gente quiere escuchar. Porque, en el mejor de los casos, eso no sirve para nada y, en el peor, es engañarnos y engañar a los demás. Y meter la pata hasta el fondo...

realismo y belicismo es una de las mayores mentiras que se pueden sostener. O, como yo mismo apunté, de un modo equilibrado y creo que didáctico, en otro libro...

Sucede que Hans Morgenthau es un defensor de la *Realpolitik*, de modo que ni le gustan las guerras (aunque haya que convivir con esa circunstancia) ni cree factible alcanzar la paz por medio de gestos y palabras (aunque le guste la paz). Se trata de un buen resumen de lo que significa ser realista. (BAQUÉS, 2023b: 45)

La realidad es compleja y Morgenthau es como la realidad misma. Sin perjuicio de lo cual, podemos obtener algunas máximas a partir de su obra, que paso a compendiar a continuación.

TABLA 1.1. Máximas de Morgenthau, 1990	
a) La política está gobernada por leyes objetivas, que hunden sus raíces en la naturaleza humana.	La ventaja de este axioma es que permite extrapolar análisis y conclusiones de diferentes épocas y lugares.
b) Tanto los individuos como los Estados toman decisiones estimulados por su «interés, definido en términos de poder».	El inconveniente de no aceptar este axioma es la elevada probabilidad de quedar fuera de juego.
c) El principal interés es la supervivencia.	Lo que no implica que no haya otros, como la libertad o la persecución de un proyecto político determinado, pero siempre supeditados a su condición de posibilidad, que es esa misma supervivencia.
d) Lo anterior implica un llamamiento a la prudencia política.	Ya que la imprudencia en la toma de decisiones puede poner en riesgo dicha supervivencia.
e) El poder es entendido como dominar las opiniones y las conductas de los demás.	En función del propio interés.
f) Es preciso huir tanto de presuntas morales absolutas como de la tiranía del derecho internacional.	Ya que, por paradójico que pueda parecer, ambas cosas nos pueden conducir a posturas imprudentes, por dogmáticas, incluyendo las guerras.
Nótese que los puntos d) y f), aquí destacados a modo de compendio, refuerzan esa sensación de que el realismo está lejos, muy lejos, de promover las guerras.	

(*) Fuente: MORGENTHAU, 1990: 43-59.

En definitiva, Morgenthau hizo mucho por avanzar hacia una auténtica teoría de las relaciones internacionales, en la que los Estados seguían siendo el actor principal, aunque ya estuviera vigente la ONU. Pues, igual que antaño sucediera con sus precursores (Carr, Aron) en la época de la Sociedad de Naciones, nada daba a entender que la ONU sería capaz de operar como un *Leviatán* mundial digno de tal nombre. El tiempo le ha dado la razón... Mientras que, en lo que respecta a la conducta de los Estados, Morgenthau siempre los vio como actores que tratan de maximizar su poder, en función de las circunstancias, posibilidades y oportunidades. Eso no significa que esa idea fuera placentera para él, del mismo modo que los diagnósticos del médico o los veredictos del juez no siempre registran sus preferencias personales (si es que alguna vez lo hacen).

Entonces, puede decirse que hay un antes y un después de Hans Morgenthau. Es decir, también hay un después. Por lo tanto, surgen nuevos realistas y, de hecho,

nuevas escuelas dentro del realismo. Desde entonces, hasta hoy, la dinámica ha sido siempre la misma: cada nueva escuela detecta algún defecto en la anterior y aparece para resolverlo y mejorar esa teoría cuyas bases primordiales fueron expuestas con tanta claridad por Morgenthau, en los términos que aquí hemos citado.

LA IRUPCIÓN DEL NEORREALISMO, A PARTIR DE LA OBRA DE WALTZ

Kenneth Waltz, también estadounidense, ha sido el autor más citado de la historia, no solo en el ámbito del realismo sino, en general, en el más amplio de las relaciones internacionales. Merece la pena, pues, detenerse en su obra. Puede ser considerado como un discípulo de Morgenthau, siempre y cuando se añada que Waltz detecta un inconveniente importante en la obra del primero, de manera que dedica buena parte de su esfuerzo intelectual a resolver esa carencia. Y lo hizo con tanto brío que, a raíz de ese esfuerzo, surgió una teoría realista dotada de una (fuerte) personalidad propia: el realismo estructural, también conocido como neorrealismo. Por ello, lo primero que haremos es entender el significado del prefijo «neo», que antepone al concepto.

¿De qué se trata? Sencillamente, de que Waltz identifica que Morgenthau estaba demasiado centrado en el análisis del Estado, como mónada. En cambio, eso eclipsaba la mirada más necesaria para entender las razones por las cuales los Estados se comportan como lo hacen: que no están, según Waltz, dentro de sí, sino en su entorno, formado por otros actores, normalmente también Estados, que constituyen, al margen de cuál sea su voluntad, un sistema interconectado de elementos (un sistema de Estados, en este caso), de tal suerte que el movimiento de cualquiera de ellos afecta automáticamente a los demás. Es lo que, con el paso del tiempo, se conocerá como la perspectiva «sistémica» de las relaciones internacionales.

Todo ello está muy influido por las principales modas científicas del ámbito, más general, de la ciencia política: el conductismo, la teoría del cálculo racional y finalmente, por supuesto, la versión primigenia de la teoría de sistemas, divulgada por el politólogo estadounidense David Easton (EASTON, 1989). En ese sentido, Waltz fue un hombre de su tiempo y, además, apostó por ser un científico social, dotando a su obra de una pátina apenas atisbada en la de Morgenthau y muy alejada de las intuiciones de Carr o de Aron.

Pero, para entender sus pormenores, haremos un breve recorrido por las obras más importantes de Waltz. La primera de ellas, escrita en los años 50 del siglo xx, es un libro que lleva por título: *El hombre, el Estado, y la guerra*.⁶ En él, Waltz apunta la ineficacia de las recetas pacifistas a la hora de evitar las guerras. Por consiguiente, una vez más, nos hallamos ante un realista preocupado por las guerras y con ánimo de buscar soluciones a ese problema. Pero, otra vez, al margen de los sueños pacifistas. ¿Qué se propone? Operar científicamente para tratar de aislar las causas de las guerras. Lo mismo que haría un médico que investigara una infección, en definitiva. En esta primera obra define y explora tres posibles variables explicativas: la que reside en la (perversa) naturaleza humana; la que descansa en el tipo de sociedad y/o Estado; y la que depende del sistema político mundial.

Señala que las tres tienen su peso, pero que no pesan lo mismo. La primera haría recaer la causa de las guerras en el carácter de los gobernantes, en sus ambiciones, o en sus ansias de venganza; la segunda apunta a que en sociedades con valores defensores de la no-beligerancia, máxime si son democráticos, habrá poca o nula propensión a la guerra. Esas dos variables las agrupa bajo el epígrafe de *causas inmediatas o eficientes de la guerra*. Sin embargo, no le parecen suficientes para explicar las guerras que estallan y las que no. ¿Por qué? Porque, dice, por más belicosa que sea una persona y al margen de cuál sea su ideología, o la forma de gobierno en la que se desenvuelve, si esa persona aprecia que, en caso de emplear la

6. En inglés, *Man, the State, and War. A Theoretical Analysis* (2001 [1959]).

violencia, no tendrá premio (como poco) y/o recibirá un fuerte castigo (a lo sumo), lo usual es que no dé el salto. Waltz propone un ejemplo banal y, por ello, muy didáctico: puede haber mucha gente con necesidades económicas que se plantee atracar un banco para resolverlos. Ahora bien, si son conscientes de que la mayoría de los atracadores terminan muriendo en pleno atraco, a manos de la policía (recordemos que él es de los EE. UU.), o bien terminan pasando el resto de su vida en la cárcel, no llevarán a cabo atraco alguno. Aunque sean seres profundamente inmorales. Es cuestión de cálculo racional.

TABLA 1.2. Variables en las causas de guerras que estallan, y las que no. El caso de Corea del Norte

Yo pondré un ejemplo muy de hoy que, por razones cronológicas, Waltz no pudo atisbar: el líder norcoreano, Kim Jong-Un no destaca precisamente por ser una persona afable ni fría en sus razonamientos (primera variable de Waltz); a su vez, lidera un Estado totalitario, a fuer de dictatorial (segunda variable de Waltz).

Pero... desde que gobierna, no ha estallado ninguna guerra, ya que no ha atacado a nadie, pese a que no le faltan motivos (el modo en el que terminó la guerra de Corea, por no añadir otras incomodidades actuales con los defensores del status quo, principalmente los EE. UU. o con su vecino coreano del sur o con Japón).⁷

La razón está en la tercera variable: en el sistema. Porque Kim Jong-Un se siente disuadido por los EE. UU. o por la coalición entre Corea del Sur (que es, en sí misma, una potencia militar), Japón y los EE. UU. La ONU cuenta poco, o nada, claro. Pero lo anterior es suficiente.

Por ello, Waltz entiende que la tercera variable incorpora las *causas permisivas* o *subyacentes* de toda guerra (WALTZ, 2001: 233-235). Es decir, se convierte en la variable explicativa, en última instancia. Eso es lo que Morgenthau no había acertado a ver, al estar demasiado centrado en el análisis de los Estados como unidades. En síntesis, la clave para evitar las guerras estará en el sistema político mundial. No en las palabras bonitas ni en las buenas intenciones de nadie (que no hay que presumir, por si acaso). Pero tampoco en el talante de los gobernantes ni en la forma de gobierno. Entonces, si se logra que el sistema genere desincentivos para la agresión, como quiera que los Estados son actores racionales, no habrá nuevas guerras. Pero podría haberlas, gobierne quien gobierne, y al margen de cada régimen, si el sistema es incapaz de garantizar el castigo de los infractores. La disuasión es, pues, lo otro de la guerra, su opuesto conceptual, y la solución más factible en un mundo que no es una auténtica comunidad (*gemeinschaft*).

Luego, en su obra más importante, escrita veinte años después (la *Teoría de la política internacional*, de 1979), lo que hará es desarrollar hasta sus últimas consecuencias esa tercera variable, olvidando las otras dos, ya descartadas en su primer libro. Esto es, procede a explicar el funcionamiento del sistema político mundial. Y esa es la esencia del neorrealismo, como corriente diferenciada del realismo clásico de Morgenthau, así como el significado del prefijo «neo». Por lo tanto, en los párrafos siguientes, veremos a qué punto llega la teoría de nuestro autor.

Por lo pronto, identifica el mecanismo que puede evitar las guerras. No se trata de la ONU, claro. Ni del derecho internacional (igual de claro). Sino de lo que Waltz define como la *ley de la gravedad de las relaciones internacionales* (WALTZ, 1988: 186 y 188-189). A saber: el equilibrio de poder. En puridad, hay dos tipos de equilibrio. El llamado equilibrio interno, que consiste en que el Estado que se sienta amenazado pugne por incrementar su poder militar hasta igualar, virtualmente, a su potencial agresor, deteniendo con ello su ímpetu. Ahora bien, en muchas ocasiones eso será demasiado oneroso, de modo que es más frecuente el llamado equilibrio externo, que consiste en que el Estado que se halle en peligro forme

⁷ Las cosas como sean: en los años treinta del siglo XX, Japón llevó a cabo un genocidio en Corea, que en el Norte todavía escuece mucho.

parte de una coalición de Estados que, juntos, sí puedan equipararse en poder al Estado con ansias expansionistas.

Waltz añade, por cierto, que esas alianzas eminentemente defensivas suelen plantearse al margen de cuales sean las ideologías, o las formas de gobierno, de cada Estado. Al fin y al cabo, la muy católica España tenía una alianza con la muy jacobina Francia, a principios del siglo XIX, para equilibrar (o balancear) a la potencia dominante (el Reino Unido). Pero cuando Napoleón mostró unas intenciones especialmente agresivas contra España, ésta se alió con el muy protestante Reino Unido, para balancear a Francia. Todo lo cual le da a entender a Waltz que se ha sobrevalorado el papel de las ideologías, o de los tipos de régimen, en los análisis de relaciones internacionales. Lo mismo cabría decir de su propio país. El mito de turno apunta a que los gobiernos republicanos (léase, conservadores) son más proclives a las guerras y, como muestra, las intervenciones en Afganistán (2001) e Irak (2003) que sucesivos gobiernos demócratas han cerrado (Obama, Biden). Ya, pero... ¿Bajo qué gobierno comenzó la de Vietnam? Kennedy, con la escalada militar ordenada por Johnson (ambos demócratas). Y, por cierto, quien la abandona es Nixon (republicano). Entonces, para entender las causas de las guerras, es mejor atender a las señales del sistema político mundial. La tesis de Waltz es que venimos sobrevalorando aspectos programáticos e ideológicos.⁸

También indica que la experiencia demuestra que, aunque parezca contraintuitivo, el hecho de que varios Estados mantengan buenas relaciones comerciales entre sí, no solamente no contribuye a la paz, sino que es un acicate para que estallen nuevas guerras. El ejemplo que prefiere es el de la Primera Guerra Mundial: Alemania, Francia, el Reino Unido, Italia o Rusia eran, respectivamente, los principales acreedores y deudores recíprocos. Y sin embargo (o por ello, como dice Waltz) se rompieron las hostilidades. ¿Por qué? Porque esas mismas relaciones económicas generan opciones de chantaje a los socios (y futuros contendientes). ¿Acaso no es lo que ha sucedido en Ucrania? Efectivamente: Rusia era la principal proveedora de hidrocarburos de Europa occidental, cuyo máximo símbolo era el ya destruido *Nord Stream II*. En particular, Alemania y Rusia tenían muchos acuerdos en este ámbito, que Biden no estaba dispuesto a tolerar. En síntesis, la interdependencia económica genera inestabilidad, ante lo cual Waltz propone que los Estados sean cada vez más autárquicos, con diversas medidas.⁹

Como puede comprobarse, la tesis de Waltz apunta que el equilibrio de poder genera una situación satisfactoriamente pacífica para los Estados implicados. Así es, de acuerdo con su punto de vista. Por ello, este autor, además de ser considerado el adalid del neorrealismo (que algunas veces también es definido como realismo estructural) lo es también de la corriente del realismo o neorrealismo defensivo. No en vano, según su criterio, el equilibrio pasaría por encima de las ambiciones de los Estados.

En todo caso, el neorrealismo defensivo cuenta con otros avaladores, que han generado sus propias variantes. Conviene destacar a dos de ellos, que analizaremos a continuación: Stephen Walt y Robert Gilpin. El primero de los ahora citados es quien define la tesis del «equilibrio de amenazas»; el segundo, hace lo propio con la teoría del «equilibrio interno». Vayamos por partes... para poder asumir lo más idiosincrático de cada uno de esos enfoques.

Walt asume la parte principal de la obra de Waltz, pero no sin reproches. Entiende que, además de los datos objetivos sobre el poder que maneja su predecesor, habría que tener en cuenta un factor subjetivo: la sensación de amenaza percibida por las partes. Así, Walt plantea que hay cuatro elementos que permiten pensar en un ánimo agresivo por parte de un Estado: su capacidad militar relativa (o comparada); dentro de ella, su capacidad para la ofensiva; su proximidad geográfica con quien se siente amenazado y, finalmente, la percepción de inseguridad de éste, que dependerá de la agresividad de las intenciones percibidas.

8. En ese caso, el poder militar de los EE. UU. no fue disuadido por posibles aliados de Vietnam, como Rusia y China.

9. En el caso de los hidrocarburos, aboga por incrementar –más allá de lo marcado por la racionalidad económica– las reservas de cada Estado; así como la conveniencia de echar mano de la energía nuclear como fuente alternativa y, por cierto (dirían algunos), menos contaminante. Asimismo, apunta como ventaja que, hasta los años 70 del siglo XX, los EE. UU. apenas obtenían crudo de Oriente Medio o de Irak. Pero augura que, cuando eso cambie, habrá peligro de guerra... lo cual remite a uno de los motivos reales de la guerra de Irak de 2003, a falta de armas de destrucción masiva y de terroristas apoyados por Saddam.

En función de esos parámetros (los tres primeros, compatibles con el argumento de Waltz; siendo el cuarto la novedad) los Estados menos poderosos y agresivos tenderán a unirse, forjando alianzas defensivas, para propiciar con ello el subsiguiente «equilibrio externo» (WALT, 1987: 1; 1997: 157). Nótese, pues, que Walt acabará siendo el principal teórico de las alianzas internacionales en las filas realistas (y me atrevo a decir que, en general, en el ámbito de las relaciones internacionales). Eso sí: tampoco hay impulso moral alguno tras esas alianzas. Lo que hay es la identificación de una amenaza compartida. Siendo ese el factor agregativo. Dicho lo cual, podemos preguntarnos qué tanto impacto explicativo real tenga el planteamiento de Walt, en comparación con el de Waltz, que, sin enfatizar tanto el rol de las alianzas, también hablaba del equilibrio externo, de corte defensivo.

En la tabla siguiente pongo un ejemplo de mi cosecha para mostrarlo.

TABLA 1.3. Sobre las alianzas al final de la Segunda Guerra Mundial	
Pensemos en lo sucedido al final de la Segunda Guerra Mundial. Los EE. UU. y los Estados de Europa occidental se unen en el seno de la OTAN, para equilibrar a la URSS. Hasta aquí, los hechos. La pregunta es: ¿qué teoría lo explica mejor?	
Según Waltz, el equilibrio de poder se produce para balancear al más fuerte, con independencia de la ideología de cada Estado. Siendo así, y como quiera que la potencia más fuerte del momento eran los EE. UU. (única nuclear, sin ir más lejos, en aquel entonces), lo que debería haberse dado es una alianza entre la URSS y los Estados de Europa occidental, para balancear a los EE. UU. Pero, notoriamente, no fue el caso.	En cambio, si aplicamos la tesis de Walt, la alianza se produce para balancear a la potencia que genera más temor en los demás. Y eso fue lo que pasó. Simplemente, los países de Europa occidental no temían a los EE. UU. (pese a ser el más fuerte), pero sí a la URSS, ya que Marx había dicho que era perentorio extender la revolución a otros países, además de Rusia, so pena de que dicha revolución se marchitara. Además, tras la Primera Guerra Mundial, los bolcheviques ya intentaron algo así, con un asalto –aunque fallido– a Varsovia, y con soviets en Alemania, en Hungría y en las urbes más industriales del norte de Italia (allí llamados «consejos»). Había, pues, antecedentes.
Por consiguiente, fue el <i>factor subjetivo</i> , en forma de percepción de la amenaza, el factor determinante de la política de alianzas de la segunda posguerra mundial. No fue el poder militar, asumido en abstracto (sobre balances militares, si se prefiere).	

En el caso de Gilpin, lo que plantea en su obra más importante, *Guerra y cambio en el orden mundial*, de 1981,¹⁰ es una adaptación tanto de la escuela del *rational choice*, propia de la ciencia política, como de las teorías económicas marginalistas, al ámbito de las relaciones internacionales, pensando siempre en clave geopolítica. Su postura es sencilla y fácil de entender: los Estados asumirán riesgos, pasando a la ofensiva, si entienden que los costes derivados de esa guerra son inferiores a los beneficios que pueden obtener de la misma (en forma de recursos económicos, ganancias territoriales e incluso prestigio). Por lo tanto, ir a la guerra o no depende de un cálculo de probabilidad.

Siendo así, lo que puede parecer sorprendente es que clasifiquemos a Gilpin como neorrealista defensivo. Pero la clave está en sus conclusiones. Porque, a su entender, partiendo del cálculo que propone, lo usual es que, a medida que los Estados más poderosos amplían sus dominios, también van asumiendo más costes, derivados de gestionar esos dominios. Y derivados, asimismo, de disponer de una población más próspera pero también más aburguesada, cada vez menos propensa a emplear la fuerza para defender esos nuevos dominios. En efecto, Gilpin posee una fuerte sensibilidad por la sociología, que le hace ver cuestiones que otros autores

10. En inglés, *War and Change in World Politics*.

pasan por alto: más riqueza, más PIB, más clase media, es también... menos espíritu guerrero, y más necesidad de invertir en tecnologías y en contratar soldados profesionales, para defender los logros anteriores. De esta manera, más pronto que tarde esos Estados llegan a la conclusión, sin salirse de su tendencia a emplear como baremo el cálculo racional, que los costes marginales derivados de una nueva campaña militar superan a los beneficios marginales que derivarían de una hipotética victoria.

La estela de Gilpin fue seguida por otro clásico, dentro del neorrealismo: Jack Snyder, por medio de su libro *Myths of Empire* (1991). La tesis de fondo es la misma: añadir más territorios al propio, mediante conquistas, no es barato. No lo es en sí mismo, y lo es menos cuando se atiende a sus efectos en el sistema político mundial. La ecuación es la siguiente: si un Estado crece en demasía, bajo esta premisa se produce lo que Snyder define como *overexpansion*, cuyo efecto será, lógicamente, la creación de una coalición antihegemónica, por parte de otros Estados, con la idea de evitar que prosigan esas tendencias expansionistas. Alude, para enfatizar esa idea, a la formación de una *overwhelming coalition*. Así que, en resumen, quien se expande mediante conquistas, paradójicamente, tiende a quedar aislado y rodeado por terceros, deseosos de frenarlo. Por lo tanto, está cavando su propia tumba, en lo que Snyder define como *self-encirclement* (SNYDER, 1991: 60).¹¹ De este modo, Snyder confiesa su cercanía al neorrealismo defensivo y admite que, más que perseguir nuevas conquistas, lo que debería hacer todo Estado inteligente es adherirse a las tesis, basales, de Kenneth Waltz, lo cual refuerza, en última instancia, el liderazgo de Waltz en todo el espectro académico del neorrealismo defensivo.

Como puede apreciarse, en todos los casos trabajados existe una similitud con las tesis de Waltz, en la medida en que lo que evita nuevas guerras es un sistema de desincentivos (no tanto la moralidad ni el derecho). La diferencia radica en que los desincentivos de Waltz dependen de la disuasión de los demás, mientras que, en el caso de Gilpin, dependen de un análisis más introspectivo (aunque el modelo de Waltz, a su vez, contribuya a explicar cómo, cuándo y por qué a un Estado potencialmente agresivo ya no le salen las cuentas).¹²

Sea como fuere, a modo de resumen de este epígrafe, de las obras de estos autores cabe aducir que la tendencia natural del orden mundial lo es a que incluso las grandes potencias alcancen una situación razonablemente satisfactoria para su seguridad (que es lo que tratan de maximizar, por delante de su poder), situación que llaman «equilibrio» (ya sea, respectivamente, de poder –Waltz–, interno –Gilpin– o de amenazas –Waltz–) y que reduce sus expectativas revisionistas del *status quo*. No porque de repente se haya modificado su moralidad, convirtiéndose en actores, digamos, bondadosos o solidarios sino porque, sencillamente, ese revisionismo no les sale a cuenta, en términos de cálculo racional (porque los mecanismos de disuasión contra el más fuerte o agresivo funcionan; porque los costes de crear y/o mantener un imperio son exagerados; o porque funciona la disuasión contra el actor más amenazante, sea o no, el más fuerte). En los tres casos, estos argumentos rezuman optimismo, si de lo que se trata es de alcanzar la paz, o de evitar que ésta degenera en futuras guerras. Y, coherentemente con sus fundamentos, sin que sea necesaria la contribución del derecho internacional, ni de organizaciones como la ONU (aunque sí, en su caso, de alianzas defensivas que certifiquen esos equilibrios o balanceos, generadores de disuasiones y desincentivos para los actores hipotéticamente revisionistas).

UN CAMBIO DE RASANTE: EL NEORREALISMO OFENSIVO

Otro de los grandes cambios surgidos en el seno de la gran familia (no siempre bien avenida) realista, se produjo a partir de los años 90 del siglo xx, y se consumó en

11. Así es como el Japón de los años 30 del siglo xx, al expandirse hacia Manchuria y la península de Corea, acabó eliminando, inopinadamente, todo futuro en paz para su propio proyecto político.

12. Aunque no es lo único relevante. Nótese que, en el cálculo que hay que realizar, también adquiere mucha relevancia la situación de las finanzas de cada Estado. Factor que ha contribuido a que se vea la tesis de Gilpin como un anticipo de la rama neoclásica del realismo, de la que daremos cuenta más adelante.

2001, con la publicación de la primera edición del libro de John Mearsheimer, *La tragedia política de los grandes poderes*.¹³

No creo que se pueda hablar de ruptura, pero hubo cambios relevantes, que no se pueden minimizar. No fue una ruptura porque Mearsheimer reconoce su deuda intelectual, no solo con Waltz, sino incluso con Morgenthau, y lo hace de modo explícito, para que no haya dudas. Hasta cierto punto, vislumbra su obra como una síntesis entre las de sus dos precursores. De Morgenthau asume que los Estados siguen siendo los principales actores y, sobre todo, que su tendencia natural lo es a maximizar su poder. De Waltz asume que no se puede analizar el rol de cada Estado fuera de su contexto, que es el sistema político mundial. Por ello, Mearsheimer es, ante todo, un neorrealista (con prefijo). Sin embargo, al asumir que los Estados desean maximizar su poder, va distanciándose de la hipótesis meramente defensiva, sostenida, cada cual a su manera, por el propio Waltz, por Gilpin, por Walt... y hasta por Snyder.

Por consiguiente, su trabajo conlleva una deriva que nos va separando de las conclusiones, optimistas, trabajadas en el epígrafe anterior. Entonces... ¿Cómo puede llegar a conclusiones tan diferentes, si parte de las mismas premisas? En verdad, Mearsheimer entiende que, si bien los cimientos de la obra del neorrealismo defensivo son correctos (no hay nada que restar), son insuficientes (hay cosas que sumar). A esa colección de argumentos le faltan algunos cromos. Ahí reside la clave. ¿Cuáles son? Sobre todo, dos. A saber... coincide con sus precursores en los siguientes axiomas, que él mismo incorpora a su obra:

- a) los Estados son actores racionales;
- b) que tratan de sobrevivir en un entorno hostil, carente de *Leviatán* mundial.

Pero incorpora dos axiomas más, que los demás o bien olvidan o bien no enfatizan, esto es...

- c) la incertidumbre respecto de las verdaderas intenciones de los demás presiden esas relaciones;
- d) eso genera la tendencia de todo Estado a dotarse de armas ofensivas, cuestión, además, facilitada por los avances tecnológicos de las últimas décadas (MEARSHEIMER, 2001: 30-31).

Esto merece una explicación adicional, a la que procedo. Comencemos por la incertidumbre. Mearsheimer recuerda que la historia demuestra que las alianzas duran poco, que se deshacen con más facilidad que se tejen. Una imagen puede resultar evocadora. Pensemos en la distribución de alianzas al final de la Segunda Guerra Mundial: por un lado, la URSS, aliada de los EE. UU. y de China pero enfrentada a Alemania y Japón. Muy bien. Pero, ahora, repasemos cómo estaba ese (¿mismo?) mapa de alianzas en... 1947 (¡apenas dos años después!). Por un lado, los EE.UU, ahora aliado de Alemania (RFA, que era la parte principal), así como de Japón; sí, pero enemistado con sus exaliados URSS y China. A su vez... ¿Cuánto dura esa alianza ruso-china? Está rota a partir de primeros de los años 60 del siglo XX, pese a que ambos eran Estados marxista-leninistas. E incluso podríamos añadir la gran jugada del realista Kissinger que, diez años después, logra un acuerdo entre los EE. UU. y China (*sic*), que impide cualquier tentativa ulterior de recuperar la caduca alianza entre esos dos gigantes asiáticos.

A su vez, según nuestro autor, el neorrealismo ofrece una explicación científica a estos niveles de incertidumbre, a través de la obra de Joseph Grieco, al que cita. Se trata de la *teoría de las ganancias relativas*. De acuerdo con este punto de vista, los Estados que forman alianzas de todo tipo no piensan solo en si van a ganar o perder

13. Primera edición en inglés: *The Tragedy of Great Power Politics*.

con ello (lo que correspondería, con una *teoría de las ganancias absolutas*). Más bien, piensan en si van a ganar más o menos que sus propios socios. ¿Por qué? Porque, dada la volubilidad de las alianzas (esta deducción guarda una fuerte relación con lo comentado en el párrafo anterior), mi «amigo» de hoy (ya lo pongo entre comillas... Mearsheimer estaría de acuerdo con ello) puede ser mi peor enemigo de mañana. En síntesis, eso ocurre porque hasta los socios de hoy se ven a sí mismos como los (potenciales) competidores de mañana. Por eso es que, o bien ganan más que los demás, o bien no llegan a un acuerdo.

La *teoría de las ganancias relativas* explica, asimismo, que algunas organizaciones internacionales no operen a pleno rendimiento.¹⁴ Porque una opción es no entrar en ellas, ciertamente, pero la otra es meterse dentro, procurando torpedear aquellos acuerdos que potencien más a otros socios que a uno mismo. Ambas opciones se dan en el día a día y ambas son perfectamente compatibles con el marco teórico definido por Grieco.¹⁵

Trabajada la primera novedad de Mearsheimer, en relación con el neorrealismo defensivo (la incertidumbre), podemos pasar a la segunda: la tendencia a hacerse con armas ofensivas.¹⁶ Ante la incertidumbre, plantea que lo razonable es pecar por exceso. El argumento de fondo de nuestro autor es que solo puede estar seguro de su supervivencia el Estado que no se limite a balancear a los demás, sino que goce de una gran superioridad armamentística en relación con ellos. De no ser así, siempre podría ser objeto de un ataque preventivo. Por eso, plantea que los actores poderosos (si pueden) en vez de conformarse con equilibrar a los demás, optarán por buscar la hegemonía. No cree que, a estas alturas, sea verosímil hablar de hegemonía mundial¹⁷ pero sí, aún, de hegemonía regional. Eso es lo que buscan las grandes potencias: China, en Asia (frente a la presencia de los EE. UU.); Rusia en Europa (frente a las ambiciones de la OTAN), y los EE. UU. (de modo más indiscutido, de momento) en todo el hemisferio americano.

El hecho de que pensar en clave ofensiva es una buena opción quedaría demostrado por la práctica. Tal como se recoge en un estudio empírico, titulado *Dubious Battles*, en 39 de las 63 guerras entre Estados habidas entre 1815 y 1980 la victoria correspondió al agresor (ARQUILLA, 1992: 4-5). De nuevo, no es un razonamiento moral, sino uno basado en hechos. Puede que eso no encaje con las películas de Walt Disney, pero conviene tomar buena nota de ello. De hecho, Mearsheimer asume que la opción por una guerra preventiva es perfectamente racional, para desarticular de ese modo las amenazas que se ciernen sobre uno mismo.

Puede afirmarse que, a ojos de Mearsheimer, la búsqueda de la hegemonía constituye, en última instancia, una estrategia de supervivencia. Sí, pero al no ser estrictamente defensiva, suele provocar uno de los malentendidos más peligrosos en el sistema político mundial, que es el dilema de seguridad. Es decir, aunque el país que opta por ser hegemónico lo haga con ánimo de garantizar su propia supervivencia, es legítimo que los demás Estados interpreten que lo que sucede es consecuencia de un ánimo expansionista y agresivo, dando pie, con ello, en el mejor de los casos, a una carrera de armamentos, para tratar de equilibrar esa situación y, en el peor, al estallido de guerras preventivas, antes de que el refuerzo militar del Estado que opta por la búsqueda de la hegemonía sea demasiado ostentoso.

En conjunto, la obra de Mearsheimer apunta menos optimismo que la de los diversos neorrealistas defensivos, ya tratados. Pero es útil para entender que, pese al diagnóstico de sus antecesores, aún es posible que haya guerras. En ese sentido, al menos, constituye una aportación interesante para el erario de la escuela realista, ahora entendida en sentido amplio.

Más allá de ello, Mearsheimer también es conocido por catalogar una serie de comportamientos que los Estados suelen emplear para maximizar su posición en la competencia por el poder, típica del sistema político mundial, pero asumiendo los

14. Durante dos décadas, la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS) ha sido un buen ejemplo de ello, dados los recelos entre China y Rusia. Tras la guerra de Ucrania, veremos lo que sucede. Pero incluso la UE, cuando se habla de cuestiones de política exterior, seguridad y defensa, plantea los mismos sesgos. Eso lo planteo, con más detalle, en otro lugar (BAQUÉS, 2023). Por no hablar de lo mucho que Polonia apoya a Ucrania (contra Rusia) y de lo poco (o nada) que tolera que el grano ucraniano salga por Polonia hacia Europa occidental... aunque eso fastidie a Ucrania.

15. El filósofo esloveno Žizek pone un ejemplo de esta lógica, a partir de un cuento popular de su país. Había una bruja que concedía deseos, por doquier, pero con una condición: que, de lo que uno pidiera, su vecino obtendría el doble. Esta bruja se le presentó a un campesino que, tras hacer sus cálculos, tras ponderar qué supondría pedir alguna hectárea más de terreno o algunas cabezas de ganado más, dijo: «¡quiero que me arranques un ojo!» Pues eso es, también, un subproducto de la teoría de las ganancias relativas... lo supiera –o no– esa bruja. Pero sí que razonaba en esos términos el campesino.

16. No entro aquí en el debate acerca de qué son armas defensivas u ofensivas. Es obvio que un sistema antiaéreo es defensivo, pero dista de ser evidente qué es la artillería de campaña, por ejemplo. O incluso un misil balístico intercontinental. Por lo tanto, hay que entender a Mearsheimer, en términos de armas y doctrinas (de empleo de la fuerza) ofensivas. Lo que queda claro, pues él mismo lo expone en otra de sus obras, es que es perfectamente consciente de este debate, e incluso que se inclina a pensar que las armas, como tales, sin más, difícilmente pueden ser consideradas como defensivas u ofensivas (MEARSHEIMER, 1994/5: 23).

17. Debido a que los océanos complican que hasta el Estado más poderoso domine al resto y debido a que ya hay varias potencias nucleares.

mínimos costes posibles en ese empeño. Algunos de ellos podemos reproducirlos en la tabla 1.4, de forma sumaria.

TABLA 1.4. Comportamientos de los Estados para maximizar la posición, según Mearsheimer	
<i>Bloodletting</i>	<p>Se da cuando un Estado (A) aprovecha que su rival geopolítico (B) entra en guerra con otro Estado (C) para desgastar a B, apoyando a la parte más débil (C). ¿Qué ejemplo poner?</p> <ul style="list-style-type: none"> • La actual guerra de Ucrania es un caso evidente: A es EE. UU; B es Rusia y C es Ucrania. • La tardía entrada de los EE. UU. en la Segunda Guerra Mundial, dejando que el Reino Unido se desgastara en solitario contra la Alemania de Hitler, es también un buen ejemplo, pues de ese modo, a cambio de algún envío de armas al Reino Unido cuando estaba a punto de ser invadido por las huestes de Hitler, la Casa Blanca contribuyó al hundimiento de sus competidores: tanto el Imperio británico como el III Reich.
<i>Bait and bleed</i>	<p>Se da cuando se llega a la misma situación del <i>bloodletting</i>, pero debido a que es A quien provoca la guerra entre B y C.</p>
<i>Buck-passing</i>	<p>Consiste en lograr que un tercer Estado sea el que cargue con la responsabilidad de balancear a la potencia revisionista, con ánimo de quedar al margen de la pugna.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Se dio, tanto por parte de Francia como de la URSS, frente a las ansias expansionistas de Hitler, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. El tratado Molotov-Ribbentrop era parte de esa estrategia: señalar a Francia como víctima propiciatoria, cuando Alemania buscara nuevos territorios, así como grano para su población. A su vez, la renuencia gala a renovar acuerdos defensivos con Rusia le daba a Hitler la señal de que, si atacaba a la URSS, Francia no respondería.
<i>Balancing</i>	<p>Es la palabra inglesa empleada para hacer alusión al equilibrio de poder, de modo que esta estrategia también queda incorporada al diccionario de Mearsheimer, eso sí, como una más, pues ya no es ninguna ley de la gravedad de las relaciones internacionales.</p>
<i>Bandwagoning</i>	<p>Jugar a caballo ganador. Se trata de pactar con el potencial agresor para asegurarse su favor e incluso participar en los beneficios de sus futuras victorias.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Algo así hizo Mussolini, cuando metió a Italia en la Segunda Guerra Mundial, mientras Alemania reclamaba como propio el territorio italiano del Alto Adigio, aprovechando que Alemania, en la primavera de 1940, había derrotado a Francia, y sospechando que Italia podría hacerse con Túnez (cosa que no pasó) y con Córcega (cosa que sí pasó), mientras sería respetada por Hitler (cosa que sí pasó, al menos hasta el verano de 1943). • Rumania hizo lo propio, varias veces, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial: sus tropas atacaron la URSS al lado de Alemania, cuando el III Reich parecía más fuerte, pero después atacaron Alemania al lado de la URSS, cuando Stalin se hizo con la victoria.
<i>Appeasement</i>	<p>Se trata de permitir al adversario que alcance algunos de sus objetivos, sin el desgaste que significaría enfrentarse a él, quizá para terminar perdiendo la guerra.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dinamarca lo puso en práctica en la Segunda Guerra Mundial, al permitir que las tropas alemanas invadieran su territorio sin pegar un solo tiro.

Podemos añadir, para terminar este apartado, que Mearsheimer tiene una buena opinión de las cuatro primeras estrategias citadas (MEARSHEIMER, 2001: 165), cosa que no ocurre con las dos últimas. Y es que, al final, Italia fue invadida por la Alemania nazi, a partir del verano de 1943, Rumanía perdió territorios tras la Segunda

Guerra Mundial (en beneficio de la URSS y hasta de Bulgaria), y Dinamarca tuvo que ser, literalmente, rescatada por potencias occidentales... que no se conformaron con jugar al apaciguamiento.

EN BUSCA DE LA SÍNTESIS PERFECTA: EL BALANCE DEFENSIVO-OFENSIVO DE VAN EVERA

Van Evera se inscribe en la tradición realista contándose, además, entre los autores más críticos con las «fallidas ideas de la paz» de los partidarios del desarme, del pacifismo o incluso de las instituciones internacionales (VAN EVERA, 1999; 2). En ese y en otros sentidos, su obra es una continuación de la de Kenneth Waltz: su objetivo es desentrañar las causas de las guerras, con la mirada puesta en alcanzar y mantener la paz. ¿Cuál es la diferencia? Que, regresando a los fundamentos, esto es, al Waltz de 1959, si bien asume que las dos primeras variables no son suficientemente explicativas, también piensa que la tercera (el sistema) —que sí era satisfactoria para Waltz— deja bastante que desear. Por ese motivo, se propone llegar a definir una suerte de cuarta variable, que sería el balance ofensivo-defensivo.

Siendo así, la mejor receta para la paz no es siempre el equilibrio (eminentemente defensivo) ni tampoco la búsqueda de la hegemonía (eminentemente ofensiva). Lo que sucede es que hay situaciones (a evitar) que propenden a las guerras. Eso se da cuando la conquista de nuevos espacios es demasiado fácil (*Easy conquest*), lo que suele tener como colofón el predominio de las estrategias de corte ofensivo (*offense dominance*). Eso, además, contiene malos efectos colaterales porque, por poner uno de los varios ejemplos propuestos por Van Evera, si un Estado detecta esa tendencia y se siente amenazado, es posible (y hasta probable) que inicie sus propias campañas militares expansivas, a fin de ganar terreno para dotarse de una buena defensa en profundidad, llegado el momento. De modo que estas dinámicas ofensivas tienden a retroalimentarse y a generar con ello espirales de agresividad por doquier.

Cuando se le pide mayor concreción, Van Evera la ofrece. Las dinámicas ofensivas son el producto de varios factores:

- a) el «falso optimismo» de ciertos gobiernos, que tienden a sobrestimar su poder y a subestimar el de los demás;
- b) la irrupción de alguna ventaja (por ejemplo, tecnológica) que dé pábulo a la idea de que una guerra preventiva podría ser exitosa;
- c) un cambio repentino en la distribución del poder (quizá porque alguna vieja alianza de equilibrio esté ya muy erosionada o no sea creíble por más tiempo);
- d) la acumulación de recursos militares durante largos períodos de tiempo, si no ha sido contestada de modo equivalente (VAN EVERA, 1999: 5).

En todo caso, Van Evera apunta que, las más de las veces, las guerras son el resultado de errores de cálculo (VAN EVERA, 1999: 6 y 256). No en vano, ni siquiera la acumulación de argumentos apuntada en el párrafo precedente suele ser suficiente para asegurar la victoria del agresor. Por ello, y gracias a las enseñanzas de la historia, sabemos (o podemos llegar a saber) que la conducta más racional es no ir a la guerra. Quizá le haya influido mucho uno de sus estudios de caso favoritos: el estallido de la Primera Guerra Mundial, que él atribuye al culto a la ofensiva propio de la época. Pero que, en la práctica, se convirtió en todo lo contrario: una penosa guerra de posiciones (y de desgaste, con una enorme atrición para todas las partes en liza). No es otra la conclusión de este representante del neorrealismo. Quizá sea por el tenor de esta conclusión que Van Evera —pese a querer buscar una síntesis entre las tesis de Waltz y las de Mearsheimer, distanciándose de ambos— suele ser considerado, más bien, como un neorrealista defensivo.

EL REALISMO NOECLÁSICO: EL REGRESO DE LOS FACTORES INTERNOS

Aunque autores como Gilpin apuntaron maneras en esta dirección, hace más de cuatro décadas, ha habido que esperar hasta tiempos muy recientes para comprobar la aparición de un grupo de realistas dispuestos a poner en primera línea las cuestiones internas de cada Estado o sociedad en aras a entender cuál es la política exterior de esos mismos Estados, así como, en su caso, su mayor o menor propensión a la guerra. Esto ni era obvio ni era fácil, a partir de la larga sombra de Waltz, que tanto menospreció la segunda variable explicativa (la doméstica) en su obra de 1959, en beneficio de la tercera (la sistémica) cuando se trata de entender el comportamiento de los Estados.

¿Significa eso que los defensores del realismo neoclásico dejan de ser neorrealistas? Sí y no. Vamos a matizarlo. Ocurre que, aunque admiten la vigencia del marco teórico sistémico postulado por Waltz, al mismo tiempo apuntan el carácter incompleto del mismo. Por lo tanto: sí, creen que el sistema político mundial contiene una parte de la explicación de la conducta de los Estados y, por ende, de los motivos de las guerras. Sin embargo, en ocasiones esto no funciona así, es decir, Estados que, de acuerdo con la lógica de Waltz, deberían haber equilibrado a un posible agresor, no lo hicieron. De manera que hay que buscar una explicación a esa inacción, así como a otras conductas aparentemente irracionales.

Siendo así, la explicación no reside en una falta de inteligencia, sino en la interferencia causada por factores de índole interna. Pero también influye mucho el hecho de que los realistas neoclásicos asumen, como decían sus precursores neorrealistas, que el sistema político mundial genera unas señales a las que hay que atender (y es lo que intentan los Estados) pero que distan de ser claras –añaden. Gideon Rose, a la sazón, el principal divulgador de la teoría realista neoclásica, las define, en inglés, como *murky* –que podemos traducir como borrosas o turbias– (ROSE, 1998: 152). Siendo así, eso deja mucho margen a la interpretación que de esas señales haga cada Estado, razonablemente. Si bien, al mismo tiempo, lo borroso o turbio ofrece más margen para lecturas erróneas o poco afinadas.

Tanto es así que, al menos en lo que se refiere a la primera oleada de autores del realismo neoclásico, puede decirse que su afán es el de explicar las razones por las cuales, a veces (solo a veces) lo previsto por Waltz deja de cumplirse. Así vistos, estos autores son más waltzianos que el propio Waltz. Pero esto tiene truco. En verdad, asumen que los casos desviados son de tanta enjundia que es preciso incorporar al marco teórico una nueva variable explicativa. Una que ya no es el sistema, sino, precisamente, la situación doméstica. Y en eso siguen un sendero que nunca hubiera aprobado Waltz. Así lo expuso Gideon Rose (1998: 145-146). En todo caso, la función del realismo neoclásico sería rellenar las lagunas del neorrealismo, para dotarlo de mayor capacidad predictiva. No tanto la de construir una teoría alternativa.

Podemos poner un ejemplo histórico, que suelo reproducir en clase, y que es muy expresivo. Lo recoge en sus obras otro de los grandes gurús del realismo neoclásico: Randall Schweller. A principios del siglo XIX, cuando Napoleón declara la guerra a diversos países europeos, lo hace a sabiendas de que goza de una importante ventaja: el servicio militar obligatorio, implantado por vez primera en 1793 por los jacobinos y solo vigente en Francia. Tan importante fue este paso, que suele ser considerado como una RAM (Revolución en los Asuntos Militares). En una época en que los ejércitos eran intensivos en personal, eso le permitía movilizar cerca de un millón de hombres. Uno de los Estados afrentados por Francia era Prusia. Siendo así, ¿qué debería haber hecho para equilibrar a Francia? Por lo pronto, aplicar el servicio militar obligatorio en su propio país que, sin esa opción de reclutamiento, apenas podía sumar unas decenas de miles de hombres. Eso es lo que diría la teoría

de Waltz. Pero el caso es que... Prusia no lo hizo. ¿Por qué? Schweller dice que la causa de esa pasividad no se debe al sistema (que invitaba a lo contrario) sino a un factor interno. Esa es la (nueva) clave.

Concretamente, el rey Federico Guillermo III de Prusia estaba convencido de que, si concentraba en cuarteles a sus súbditos (hasta entonces campesinos dispersos), los armaba y les daba instrucción militar... podía estallar una revolución en su país. Y, visto lo visto, prefería perder la guerra contra Francia, pero conservando su cabeza (SCHWELLER, 2004). En definitiva, un problema de orden interno inhibe la respuesta correcta en el marco del sistema político mundial. En el caso propuesto, debido a un *underbalancing*. Esto es, no se produce el equilibrio de poder que podría haber evitado la guerra (según la teoría de Waltz). Pero Schweller advierte que se pueden dar desviaciones de todo tipo, desde el *non-balancing* puro y duro (que, de paso, podría dar una explicación al supuesto más cuestionado por Mearsheimer... el *appeasement*), hasta llegar al caso diametralmente opuesto del *overbalancing*. Pongamos un ejemplo de esto último: la guerra de las Malvinas. Se trató de una mala apuesta para Argentina, dada la notable superioridad militar del Reino Unido. Pero, probablemente, la decisión tomada desde el gobierno de Buenos Aires tuvo que ver con que regía los designios del país una dictadura, que era cada vez más impopular, de modo que se agarraron a la pugna por las Malvinas para generar una corriente patriótica que diera aire al régimen. De nuevo, en todo caso, un factor doméstico inhibe el cálculo racional correcto. Fijémosnos que, en los dos casos citados, por una (balancear por debajo de lo razonable) u otra (sobrerreaccionar) razón, la inhibición de ese cálculo racional coadyuvó (como poco) a la guerra.

Por consiguiente, puede decirse que «cuando los Estados reaccionan a las presiones de su entorno más allá de los límites de la conducta normal –demasiado poco, demasiado tarde, demasiado exageradamente o con demasiada rapidez– en esos casos tiene sentido investigar lo doméstico» (PARENT y BARON, 2011: 205). Tanto es así que otros realistas neoclásicos, como Fareed Zakaria, asumen que su teoría aborda el peso de las variables internas como si fuesen... una patología! (ZAKARIA, 1992: 192-193). Es decir, asumen –a pesar de todo– el rol directivo del sistema mundial, pero piden (y reconstruyen, por su cuenta) una teoría capaz de explicar los casos desviados. Quizá tomando conciencia de ello, Schweller (2004: 168) llegó a decir que lo que él elabora es una «teoría del error», capaz de explicarlo racionalmente o, al menos, razonablemente, evitando caer en la trampa de presuntas aleatoriedades. Una vez más, esta forma de argumentar deja a la teoría de Waltz como la piedra filosofal del neorealismo, porque sigue explicando los casos normales.

El propio Zakaria lleva a cabo un análisis más macro de los EE. UU. a lo largo de su historia. Explora las razones por las cuales, tras su independencia a finales del siglo XVIII y pese a su potencial, tarda tanto en consolidarse como una potencia mundial. Hubo atisbos, sí: la doctrina Monroe (1823) culminada 75 años después con la derrota española en Cuba y Puerto Rico, lo es. Asimismo, los EE. UU. tuvieron un papel relevante en la Primera Guerra Mundial y contribuyeron a la forja de la Sociedad de Naciones, pero se abstuvieron de entrar en ella y tampoco aprovecharon la victoria en la Gran Guerra para posicionarse en Europa.

¿Por qué los EE. UU., siendo como eran una potencia en ciernes, no maximizaron sus opciones, contribuyendo a balancear a potencias como la Alemania nazi o el Japón imperialista de los años 30 del siglo XX, hasta que fue demasiado tarde? Pues bien, Zakaria tiene la respuesta: por causas internas.

Los EE. UU. tenían demasiados problemas domésticos, incluso estructurales, que les impidieron tomar las decisiones adecuadas a escala planetaria: era apenas un país *in fieri*, demasiado descentralizado,¹⁸ con dificultades para establecer el control sobre su Oeste y con más inconvenientes derivados de una mala gobernanza (corrupción y gangsterismo endémicos, sin ir más lejos). Lo resume diciendo que, durante demasiados años, décadas en realidad, los EE. UU. eran un «Estado

18. Recordemos que comienza siendo apenas una confederación, luego vertebrada en torno a un federalismo centrípeto.

descentralizado, difuso y dividido» (ZAKARIA, 1998: 10). En todo caso, constituye un magnífico ejemplo de cómo el factor doméstico explica tanto o más que el sistema político mundial la conducta de los Estados, incluyendo el de las grandes potencias.

Como compendio de lo anterior, Schweller ofrece un marco explicativo parsimonioso y, por ello, muy útil. Habría, a su entender, hasta cuatro variables domésticas que inhiben la capacidad de los Estados para tomar la decisión más racional, de acuerdo con las señales ofrecidas por el sistema, en un momento determinado. Si bien, en verdad, se trata de dos paquetes de dos variables. Porque algunas afectan a la voluntad de los Estados para actuar racionalmente; mientras que otras afectan a la capacidad misma para hacer tal cosa.

Las dos primeras son, por un lado, la falta de cohesión entre las elites de cada país¹⁹ y, por otro lado, la falta de consenso entre esas mismas elites.²⁰ A su vez, las variables que afectan a la capacidad son la falta de cohesión social²¹ y la vulnerabilidad del régimen por motivos estructurales (SCHWELLER, 2006: 11-12 y 47-55).²²

EL INSTITUCIONALISMO LIBERAL

La primera de las corrientes alternativas al realismo que hay que analizar puede ser definida como liberalismo, como institucionalismo o como una combinación de ambos conceptos. Nace, de hecho, como liberalismo y, con el transcurso del tiempo, se asocia con una de las escuelas más conocidas de las ciencias sociales: el institucionalismo.

Que sea la primera de las corrientes alternativas al realismo se debe a dos motivos: uno lógico; otro, cronológico. Desde el punto de vista lógico, constituye una alternativa, pero solo hasta cierto punto. Es decir, como iremos viendo, el institucionalismo liberal no es el reverso de la moneda realista, sino que incluye algunos ingredientes compatibles (o incluso compartidos) con el realismo. A medida que avancemos, sí tendremos ocasión de ver escuelas que aspiran a destruir el realismo y su legado. Mientras que, desde un prisma cronológico, es la más antigua de las alternativas al realismo. De este modo, aunque no sea la alternativa más crítica, es la que abre la veda.

Cabe rastrear sus orígenes hasta el siglo XVIII. Concretamente, la obra del barón de Montesquieu *El espíritu de las leyes* (1735) incorpora muchas de las claves para entender esta escuela. Aunque probablemente sea su casi contemporáneo Immanuel Kant quien más haya hecho por popularizar el liberalismo en general, así como su aplicación al ámbito de las relaciones internacionales, en particular. Sobre todo, a partir de su opúsculo *La paz perpetua* (1795). Pero no es posible entender la aproximación de Kant a partir de tan condensada (y pequeña) aportación. Por ello, trabajaremos también sus *Ideas para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita* (1784), donde hallamos los fundamentos de su obra, en el tema que nos ocupa. Y ello sin perjuicio de que, de ser necesario, añadamos algunas reflexiones incrustadas en su *Metafísica de las costumbres* (1797). En tercer lugar, para entender los orígenes de esta escuela, es necesario trabajar la obra del más radical de sus miembros, también contemporáneo de Kant: Thomas Paine, autor de *Los derechos del hombre* (1791) y de *Common Sense* (1776), sin perjuicio de que nosotros trabajemos con alguna edición de sus obras completas, a fin de obtener y traer a colación citas especialmente relevantes para la comprensión de sus planteamientos.

Si seguimos la obra de los tres clásicos aquí recuperados, podemos trazar la evolución del liberalismo, taxonómicamente, ordenando esos autores de menos a más incisivo. Es relativamente fácil, porque concuerda con la presentación realizada.

19. Debida, por ejemplo, a su fragmentación ideológica.

20. Debida a diferencias de diagnóstico respecto a una misma realidad, incluso aunque no haya, en este segundo caso, problemas de fragmentación ideológica.

21. Sería una situación similar a la generada en la primera variable, pero a nivel del conjunto de la sociedad. Pensemos en países como Turquía, que se debate entre el kemalismo laicizante y la recuperación del islam.

22. Un caso típico es el de la carencia de los medios necesarios (incluso económicos) para aplicar, llegado el momento, la mejor decisión posible. En este sentido, el argumento de Schweller queda muy cerca de la conocida teoría de la racionalidad limitada de Herbert Simon.

LOS FUNDAMENTOS DE LA ESCUELA LIBERAL: MONTESQUIEU, KANT Y PAINE

Montesquieu prepara el terreno. La tesis básica de su obra, siempre con la mirada puesta en evitar guerras, es que eso solo será factible si encontramos mecanismos alternativos de relación entre Estados que vayan convirtiendo la guerra en algo poco útil, o hasta contraproducente. Como puede apreciarse, el argumento del noble galo tampoco es de índole moral. El mecanismo pergeñado es, según nos dice, el comercio.

Puede operar a modo de bálsamo. En parte, porque en la medida en que uno se acostumbra a resolver sus dilemas comerciando, también se está acostumbrando a resolverlos negociando, huyendo de los enfrentamientos armados (así que este mecanismo tiene mucho de actitudinal: digamos que el hábito del comercio suaviza las costumbres). Es lo que en ciencias sociales suele definirse como la generación de una *path dependence*. En parte, asimismo, porque una vez asumida esta solución, la guerra solamente complica las transacciones entre productores y consumidores... ¿Qué sentido tiene agredir a nuestros clientes o a nuestros proveedores, ya sea de materias primas o de manufacturas? Tan convencido está Montesquieu de ello que, siendo como era partidario de crear nuevos impuestos, incluso sobre la renta, propone que los Estados supriman las aduanas.²³ De ese modo —apunta—, el comercio será incentivado casi por inercia. Y, con ello, la paz internacional. Lacónicamente, manifiesta que «el efecto natural del comercio es la paz» (MONTESQUIEU, 1985: 222).

Montesquieu, por lo demás, estudia las condiciones de posibilidad de la democracia. Ya sea en formato republicano, ya sea a modo de monarquías constitucionales. No cree que haya un único formato de gobierno a defender. Depende, dice, del «clima». Pero cuando él emplea esta palabra (que, en su caso, es de argot) no se refiere a la meteorología, sino a las costumbres o usanzas de cada lugar (él las llama *moeurs*, en francés). Con todo, entiende que los sistemas de democracia representativa tienen muchas ventajas y se propone analizar en qué condiciones pueden florecer y resistir.

¿Es importante para la paz mundial que los Estados sean democráticos? Para Montesquieu, eso es poco relevante. ¿Por qué? Precisamente, por el peso del comercio como variable explicativa. Es decir, tan convencido estaba de que el comercio amansa a las fieras, que creía que hasta las monarquías absolutas dejarían de considerar razonable las agresiones a terceros, si pueden beneficiarse de dicho comercio. Entonces, no solo no se deduce de su obra que el comercio sea el camino que conduce a la democracia, sino que incluso se vislumbra que es una alternativa a la misma. Cuando menos en lo referente a alcanzar y mantener la paz mundial.

Kant va a dar más pasos, siguiendo la estela del francés. De hecho, también concede un enorme valor al comercio internacional, por los mismos motivos. Pero hay una diferencia sustancial entre ambos.

Y es que el alemán opina que sí es necesario, para cerrar el círculo, que los Estados vayan abrazando la democracia representativa, que él denomina régimen republicano, sin perjuicio de que, como ya le sucediera a Montesquieu, ahí incluye tanto a regímenes sin rey como a monarquías parlamentarias. Lo que le parece contraproducente es el mantenimiento de monarquías absolutas.²⁴ Ahora bien, no es una tarea fácil, ya que Kant tiene impulsos realistas que se hacen evidentes cada vez que afronta el tema de la antropología, y que luego traslada al comportamiento de los Estados.

Incluso podemos leer expertos que apuntan que, en esto, que es basal, Kant está muy cerca de Hobbes (GARCÍA PICAZO, 2016: 281). Nada menos. Diagnóstico con el que estoy plenamente de acuerdo. Por este y otros motivos, yo apuntaba unos párrafos más atrás que el idealismo no es una auténtica alternativa al realismo, sino que, en muchos aspectos, incluye algunos ingredientes compatibles (o incluso compartidos) con el realismo.

23. Montesquieu tiene una filosofía liberal, pero una economía que hoy llamaríamos socialdemócrata. De hecho, el impuesto sobre la renta, por el que aboga, era tremendamente impopular entre los economistas de la época, especialmente en su propio país, con Turgot como principal detractor. Todo lo cual confiere más realce, si cabe, a su apuesta por erradicar el impuesto de aduanas.

24. Aunque también es muy crítico con las democracias puras, al estilo de Rousseau. Al igual que Montesquieu, teme que las monarquías absolutas degeneren en tiranías; no menos que las democracias directas degeneren en anarquías. Puede verse en ello, asimismo, el influjo aristotélico y platónico, muchos siglos después de que los clásicos griegos nos advirtieran del mismo doble problema.

¿Cómo cuáles? Veámoslo con detalle, siguiendo a Kant, el adalid del liberalismo, pero menos idealista –y, desde luego, menos utópico– de lo que algunos tópicos señalan... El de Königsberg apunta cosas como que «a partir de una madera tan retorcida como de la que está hecho el hombre no puede tallarse nada enteramente recto» (KANT, 2010: 12). Y no se trata de una frase aislada. Véase el siguiente párrafo, muy elaborado, extraído de la misma obra:

La dificultad (...) es la siguiente: el hombre es un *animal*, el cual cuando vive entre los de su especie *necesita un señor*; pues ciertamente abusa de su libertad con respecto a sus semejantes y, aunque como criatura racional desea una ley que ponga límites a la libertad de todos, su egoísta inclinación animal le induce a exceptuarse a sí mismo a la menor ocasión. (KANT, 2010: 12; cursiva del original)

Por consiguiente, el ser humano es interesado, egoísta, no piensa en los demás, y está siempre presto a saltarse las normas que nos demos para un mejor gobierno, en función de esos intereses individuales. Pero hay un halo de esperanza, aunque hasta eso también nos recuerde a Hobbes (¡qué le vamos a hacer!): a fuer de ser tan egoísta, despierta la hostilidad de sus congéneres y siente la necesidad de defenderse de ellos. La cuestión es que, en ocasiones, esa misma dinámica tan poco solidaria le puede conducir a alcanzar algún tipo de acuerdo, para sobrevivir en ese entorno hostil. Al final, como Hobbes, Kant es también un contractualista. A esa tendencia a llegar a acuerdos, aunque sea un tanto a la desesperada, a regañadientes, y con el fin de asegurar la propia supervivencia, Kant le pone un nombre, significativo: la «insociable sociabilidad» del ser humano (KANT, 2010: 8), aunque a veces alude para referirse a lo mismo, al «egoísmo bien entendido» (ídem: 96). Si se obra de este modo, todavía es posible evitar las guerras. Pero no porque seamos buenos ni porque tengamos un elevado sentido de la moral sino, simplemente, en sus propias palabras, porque «incluso un pueblo de diablos puede evitarla» si tiene «sentido común» (KANT, 1932: 46). Nótese, esto, a través de una cita más extensa de Kant:

A causa de un egoísmo bien entendido (...) esto acabará por extenderse a las relaciones interestatales de los pueblos hasta llegar a la sociedad cosmopolita, sin que con ello haya de aumentar en lo más mínimo la base moral del género humano, para lo cual sería indispensable una especie de nueva creación (una influencia sobrenatural). Y es que tampoco hemos de esperar demasiado por parte de los hombres en relación con su progreso hacia lo mejor. (KANT, 2010: 96-97)

Y, aun así (o por esa misma razón), hay que esforzarse, porque admite que la paz no es el estado natural de la humanidad. Al revés: la «guerra no necesita motivos ni impulsos especiales, puesto que está injertada en la naturaleza humana» (KANT, 1932: 44). Nada menos. Desde luego, hemos visto realistas más optimistas que Kant...

Ahora bien, sabemos que el comercio internacional es uno de esos instrumentos que, sin dejar de estar presidido por el egoísmo, al menos apunta al sentido común y marca el camino de ciertas dinámicas cooperativas, ya que Kant lo considera «incompatible con la guerra» (KANT, 1932: 50). Lo que Kant añade, por su cuenta y riesgo, respecto a la intuición primigenia de Montesquieu, es la conveniencia de que, estirando al máximo ese sentido común, se avance hacia un «pacto de naciones». Que, además, lo sea de «naciones libres».

Esto es, apuesta porque los Estados que lo conformen sean repúblicas, en el sentido que él asigna a esta palabra, y que sabemos que incluye a las monarquías parlamentarias, y no a las democracias directas o puras. Él no cree que se deba imponer a nadie este sentido republicano (dato importante, que quiero que el lector retenga, pensando en futuras comparaciones). Pero sí cree que, en la medida en que

solamente puedan ser parte de ese pacto los Estados de tal signo, se generará un incentivo para que otros, voluntariamente, transicionen hacia ese estándar. Sea como fuere, Kant no avala ningún *Leviatán* mundial. Todo lo contrario: apunta hacia un *foedus*, en forma de federación internacional, quizá algún día mundial, pero en la que cada Estado conserve su autonomía (KANT, 2018: 182-183). Entonces, esta especie de círculo virtuoso formado por el comercio y la paulatina extensión del número de repúblicas sería el auténtico camino hacia la paz. Es por ello que Kant suele ser considerado como el padre de la teoría de la paz democrática, según la cual las democracias no hacen la guerra entre sí, y no comienzan ninguna guerra, aunque puedan defenderse armas en mano de las agresiones de Estados que todavía no han alcanzado esos estándares.

Vamos avanzando. Pero, de la trilogía de autores clásicos apuntada, todavía nos falta ofrecer unas pinceladas de la obra del más incisivo de los tres, Tom Paine. Este británico de nacimiento murió como ciudadano francés, tras apoyar cualquier cosa que se pareciera a una revolución, en su época.²⁵ Que hubiera mucha violencia de por medio, le daba absolutamente igual. Para él, claramente, el fin justifica los medios. También conviene apuntar este hecho, por si a alguien se le ocurren cosas raras, como trazar puentes entre liberalismo y pacifismo. Paine era el colmo de un idealismo aplicado a las relaciones internacionales que llega a nuestros días y que, lejos de terminar con las guerras, las viene incentivando. Él decía: «cabría aplicar a la razón y a la libertad lo que dijo Arquímedes de las fuerzas mecánicas: *dadme un punto de apoyo, dijo, y levantaré el mundo*» (PAINE, 1984: 158). ¿Puede haber algo más contrario a la lógica realista? No lo creo. Es importante tenerlo en consideración, porque si hasta Waltz reivindicó los atisbos realistas de Kant (WALTZ, 1962: 331-332), esta posibilidad se rompe con Paine. Con él, el liberalismo se hace más idealista, para lo bueno... y para lo malo. Y, de ese modo, corta las amarras que a través de Montesquieu y de Kant tendían puentes con el realismo.

La frase que apela a Arquímedes queda bonita, y seguramente haría las delicias de los alumnos de educación primaria o hasta de secundaria. E incluso de algún profesor despistado. Pero... ¿A qué se refiere Paine? Si se ha seguido el hilo argumental de este capítulo, es fácil exponerlo... Montesquieu confía en el comercio para evitar las guerras, menospreciando el tema de la forma de gobierno; Kant confía en el comercio como condición necesaria, pero ya no suficiente, para erradicar la guerra, de modo que añade la necesidad de que los Estados se vayan transformando en repúblicas; pues bien... Paine asume todo lo anterior: plantea que el comercio internacional, ayuda;²⁶ asume que conviene que los Estados sean repúblicas; pero añade que, si algunos no dan ese paso... se les debe forzar a ello (incluso militarmente). Por lo tanto, Paine inaugura la teoría de la imposición de la democracia, incluso mediante el recurso a la guerra. Visto así, ya no está tan claro que la frase bonita, adaptada a partir de Arquímedes, sea tan fácil de digerir. Con todo, tiene adeptos, incluso a día de hoy. Pero no por ello deja de ser un argumento polémico.

Se dice de él que es el primer gran intelectual auténticamente cosmopolita: un «ciudadano del mundo» (DICKINSON, 1996: 228). Sin embargo, al mismo tiempo, fomenta la imagen de un país concreto (en su caso, los EE. UU) como portador de un programa para «reformar el orden global» (KEANE, 1995: xiv). De forma que Paine mezcla cosas diferentes, al tomar los intereses de los EE. UU. como sinónimos de los intereses de la humanidad (FITZSIMONS, 1995: 579). «Cosmopolitas» de estos, hay muchos. Si bien, la línea que los separa de un neo-imperialismo es muy, muy delgada. Por lo pronto, Paine postuló la necesidad de que los EE. UU. y Francia declararan la guerra al Reino Unido, a finales del siglo XVIII. Sin éxito... Si eso hubiera sucedido, es muy probable que hubiera cambiado el curso de la historia, ya que Napoleón difícilmente hubiera perdido la guerra que acabó con su imperio *in fieri*, pocos años después (en 1815).

25. Paine abrazó, primeramente, la causa de la independencia de los EE. UU. y luego la Revolución Francesa.

26. DORFMAN, 1938: 373; FITZSIMONS, 1995: 576; WALKER, 2008: 59-60.

LA MADURACIÓN DEL INTERVENCIONISMO LIBERAL: WILSON

Woodrow Wilson, sí, me refiero a ese presidente de los EE. UU. (desde 1912, por el Partido Demócrata) que firmó el célebre manifiesto de los 14 puntos en el que, entre otras cosas, defendía un presunto derecho a la autodeterminación de los pueblos. Presunto, escribo, porque él mismo nunca lo aceptó en la práctica. Wilson es un político y, por ello, debería quedar excluido de un libro serio sobre relaciones internacionales (salvo, quizá, como ejemplo de algún desaguisado). Pero lo incluyo porque también tuvo una vida académica. Llegó a ser el rector de la Universidad de Princeton, lo que tampoco contribuyó a su productividad científica. Pero, de hecho, antes de que esas vicisitudes le impidieran desarrollarse plenamente como intelectual, nos legó alguna obra que no tiene desperdicio. Es el caso de su libro, de varios tomos, *A History of The American People: Critical Changes And Civil War* (1902). Eso es lo que, en su caso, marca la diferencia con el político estándar, poco o nada dado a pensar y escribir en estos términos.

Wilson no atribuye ese presunto derecho a la autodeterminación a las naciones. No es nacionalista ni cree en el principio de las nacionalidades. En todo caso, lo atribuye a colectivos cuya independencia implique un incremento de los derechos para los miembros de los mismos.

Por ese motivo, lejos de fomentar su ejercicio, desde su puesto de mando en los EE. UU. (como «comandante en jefe», como suelen decir por esos lares), fomentó justo lo contrario: intervenciones militares de su país en el territorio de otros, con el argumento (o con la excusa, pues esta interpretación es, como poco, verosímil) de que los EE. UU. reconocen más derechos que los países invadidos por los EE. UU. De esta guisa, Wilson avala la agresión (aunque no la llame por su nombre, por supuesto) de los EE. UU. a países como Cuba, en 1917; República Dominicana, entre 1916 y 1924; Haití, en reiteradas ocasiones, desde 1914; y México, en 1916-1917. Estas son las campañas que él mismo ordenó. Pero su opinión es la misma, como cabe esperar, de conquistas anteriores a su mandato. Dedicó algún esfuerzo, por ejemplo, a hablar de la conquista de Texas o de la incorporación a los EE. UU. de los territorios ubicados entre Oregón y el río Gila; o incluso de California y Nuevo México —hechos, todos ellos, consumados a mediados del siglo XIX. De tantas y tamañas campañas militares se limita a decir, jocosamente, que fueron territorios incorporados a la soberanía de los EE. UU., sobre todo a costa de México, «con facilidad» (WILSON, 1908, I: 122). Ningún reproche moral. Por el contrario, felicitaciones, muchas felicitaciones, porque de ese modo más individuos gozarían de mejores derechos: los defendidos en los EE. UU. Así también construyó su imperio romano, ciertamente.

Algunos exégetas de su obra apuntan que Wilson fue tan lejos que bien merecería ser calificado como el adalid de un «liberalismo iliberal» (DESCH, 2007/8: 1), si bien luego recapacitan para admitir que, en verdad, la semilla de las políticas de Wilson están en el mismo liberalismo, sin adjetivar (ídem: 8). Recuérdese, si no, la deriva de la obra de Paine, ya comentada.

Para rematar la jugada, en la obra de Wilson se puede comprobar su desprecio hacia los pueblos nativos que serían, si él aplicara los criterios nacionalistas en los que no cree, los presuntos titulares del no menos presunto derecho a la autodeterminación de los pueblos. Cuando se plantea qué había en América del norte antes de la llegada de los británicos, dice: «¡españoles, claro!». Para luego deshacerse en elogios hacia los conquistadores, citando expresamente a Hernán Cortés, como «maestro de la conquista», así como al «gallardo» Vasco Núñez de Balboa y a Ponce de León, a la sazón, explorador de la Florida (WILSON, 1908, I: 8-13). Es curioso, porque mientras en España había (y hay) gente dispuesta a flagelarse por estos hechos, un personaje de la talla de Wilson no solo los avala sino que lo hace enfáticamente porque está convencido de que supusieron un gran avance en comparación con los derechos —o su ausencia— de los pueblos nativos.

Lo que nunca concibió este presidente del partido demócrata es que ninguno de los pueblos originarios de América del norte tuviera derecho alguno derivado de esa condición, y mucho menos el de autodeterminación (WILSON, 1908, I: 16). ¿El motivo? Claramente, sus ciudadanos estarían mejor servidos por los derechos garantizados por la constitución de los EE. UU. Coherente, lo era. Sí, pero solo una vez desentrañado el corazón de su teoría, que, una vez más, como otras que ya hemos visto, dista mucho de dejarse sujetar por los tópicos al uso.

Lo que conviene que el lector conserve en mente es la muy evidente línea de continuidad entre las tesis de Paine y las de Wilson. Separados por poco más de cien años, ambos pusieron sobre la mesa una forma de entender las relaciones internacionales radicalmente opuesta a la realista y, por cierto, mucho más propensa a generar guerras que el propio realismo, siempre presidido por la prudencia, y poco dado a entrometerse en los asuntos internos de cada Estado, o en cómo se gobierna cada Estado, incluso en los casos en que sus acólitos (v. gr. en el realismo neoclásico) se aprestan a estudiar el impacto de esos factores en la toma de decisiones. Pero tanto Paine como Wilson pensaban que era necesario comenzar nuevas guerras, si en el horizonte se atisbaba una expansión de las democracias.²⁷ En lo que nunca pensaron es en incentivar presuntos derechos de autodeterminación.

Esa lógica también tuvo una secuela en la obra de otro insigne liberal, John Stuart Mill, por idéntico motivo, es decir, la superioridad de los derechos garantizados por los Estados frente a reivindicaciones tribales, aunque fuesen europeas. De ese modo, fue muy crítico, en la segunda mitad del siglo XIX, con los por entonces incipientes nacionalismos periféricos, con especial referencia al escocés (siendo él mismo, de origen escocés) y el vasco, a los que acusa de «vivir adheridos a las rocas», como «resto semisalvaje de tiempos pretéritos» (MILL, 1994: 185). Y de hacer oídos sordos a los marcos legales, mucho más avanzados, incorporados a las constituciones de los Estados que los contienen.

LA RECUPERACIÓN DEL LIBERALISMO A FINALES DEL SIGLO XX: KEOHANE Y NYE

Wilson, a mitad de camino entre los clásicos y los contemporáneos de esta escuela, contribuye a llenar un hueco. Lo cual no significa que los liberales de nuestros días acepten a pies juntillas su legado.

En los años 70 y 80 del siglo XX, autores como Robert Keohane o Joseph Nye van a encabezar un fuerte resurgimiento del liberalismo, ya claramente entendible como institucionalismo liberal. Esto es importante porque, del mismo modo que los realistas flirtearon con las modas científicas de su época (conductismo, *rational choice* y teoría de sistemas), los liberales lo hacen con el institucionalismo que, en el ámbito más general de las ciencias sociales (así como en el de la ciencia política, en particular), tenía como adalides a March y Olson.²⁸ Sin embargo, los institucionalistas liberales de finales del siglo XX están más cerca de Kant (e incluso de Montesquieu) que de la dupla Paine y Wilson. Eso se nota, incluso, en la definición de su proyecto intelectual.

En efecto, vuelven a las andadas y no reniegan del realismo, pese a que, de algún modo, compiten con él. Porque asumen algunos de sus axiomas. Especialmente los más importantes. Keohane lo tiene claro. No escribe para contradecir al realismo, sino para mejorar la teoría de la acción del Estado, que es la razón de ser del realismo, y la suya (KEOHANE, 1989: 35). Y, de ese modo, también escribe para dotarlo de continuidad, rellenando las lagunas que pudiera tener. En obras como *After Hegemony* (1984), publicada un lustro después de la obra magna de Waltz, Keohane asume que los Estados son los actores más importantes del sistema político mun-

27. No cuesta ver el influjo de esta tradición, tan estadounidense, detrás de las intervenciones armadas, tan recientes, en Afganistán (2001) o en Irak (2003). Cuestión distinta es que, tras años de esfuerzo y mucho dinero invertido, pueda decirse que el resultado alcanzado deja mucho que desear. Claro: esos países están demasiado lejos de Río Grande. Más allá de ello, se ha discutido hasta la saciedad la moralidad de esas guerras... con un resultado igualmente desfavorable para los intereses de la Casa Blanca. Y es que, como ya hemos apuntado, en demasiadas ocasiones se ha confundido el interés de un país (en este caso, los EE. UU.) con poco menos que el de la humanidad. Puede parecer ridículo, pero se halla bien enraizado en las tesis de Paine.

28. La escuela institucionalista conoció, en el ámbito de la ciencia política, un fuerte impulso en los años 70 y 80 del siglo XX. Sus máximos avaladores sintetizan sus objetivos indicando que, si tradicionalmente se había creído que las instituciones eran el producto de otros factores, en realidad, las instituciones no solo serían influidas por sus entornos, sino que también tienen capacidad para reconfigurar esos mismos entornos y para influir en la conducta de los otros actores (MARCH Y OLSON, 1997: 41-42). Trasladado al campo de las relaciones internacionales, eso significa que mientras los realistas insisten en que son los Estados (especialmente los más poderosos) los que determinan el sentido, el alcance y los límites de las diversas instituciones que crean o en las que se integran, los institucionalistas añaden que los Estados también son influidos y hasta condicionados por esas mismas instituciones.

dial, así como que su conducta está regida por el interés egoísta, muy por encima de cualquier tendencia a la solidaridad (KEOHANE, 1984: 65). Todo eso (de raigambre tan realista) es correcto, según nuestro autor. Ahora bien, siendo así... ¿Qué aporta? ¿Qué le hace merecedor de encabezar una escuela nueva, dotada de personalidad propia? Para empezar y sobre todo, el hecho de afirmar que el sistema mundial no solo es el subproducto de las capacidades económicas y militares de las principales potencias, sino que también lo es de una amplia gama «de costumbres y de reglas», en ocasiones juridificadas y otras veces meramente implícitas (pero reconocibles).

El punto en el que no hay tanto consenso con el realismo preexistente es la cuestión de la anarquía que preside el mundo. No es que los institucionalistas acepten que la ONU resuelve el entuerto. No están por la labor de mentir para quedar bien. Sino que desean alcanzar una postura intermedia. Están de acuerdo en que no hay un gobierno mundial, pero afirman que sí existe cierta gobernanza mundial, forjada a base de las «costumbres y reglas» antes citadas, y engranada a través de una tupida red de organizaciones internacionales de todo cuño. Este entramado lo es, por ende, de instituciones (de ahí, pues, lo del *institucionalismo* liberal), y condiciona el comportamiento de los Estados, hasta convertirse en una variable explicativa del mismo. Quizá en la principal de las que podamos contemplar.

EL ROL DE LOS ACTORES NO ESTATALES

En realidad, Keohane está convencido de que los Estados se influyen entre sí y que influyen a las organizaciones internacionales pero, asimismo, lo está de que al revés también es cierto. Ofrece pistas de ello en las conclusiones de otra obra basal, pero esta vez coordinada a cuatro manos, junto con Nye, titulada *Transnational Relations and World Politics*. Ahí, Keohane y Nye (1972: 393) apuntan que «los Estados están perdiendo el control». Es decir, que su poder ya no es omnímodo, sino que está siendo erosionado por otros actores, a veces internacionales pero también transnacionales: multinacionales, internacionales ideológicas, ONG, religiones, etc. Es decir, todo un elenco de actores no gubernamentales que, sin embargo, por su propia naturaleza, son capaces de traspasar fronteras y ejercer su influencia por doquier, sin que los Estados puedan impermeabilizar esas (sus) fronteras.

En esta tesitura, los Estados (incluyendo las grandes potencias) suelen evitar el enfrentamiento, así como los «juegos de suma cero». Es posible que, en un enfrentamiento directo, todavía pudieran derrotar a esos otros actores. Lo han logrado, en ocasiones. Por ejemplo, el anarquismo, como actor transnacional que era, trató de acabar con los Estados, incluso violentamente. Pero, más de un siglo después de su máximo esplendor, los Estados siguen en pie (entre otras cosas, porque derrotaron al anarquismo), mientras el anarquismo tiene un papel cada vez más periférico.

Otros actores transnacionales mantienen su peso, como las iglesias de las principales confesiones, mientras que algunos han irrumpido con fuerza en los últimos tiempos, como las agencias de calificación de la deuda, que pueden hacer que una gran potencia se tambalee, con apenas lanzar un informe negativo. Por todo ello, y como regla de oro, los Estados asumen que el desgaste es demasiado grande (KEOHANE y NYE, 1972: 372) y prefieren pactar con esos mismos actores. Por ejemplo, pese a que ha hecho méritos para ello, el anarquismo no suele estar ilegalizado, *per se*, en la mayor parte de Estados. Todo ello limita la voluntad de los Estados, operando como una especie de servidumbre (o de hipoteca, si se prefiere) y, además, genera otro tipo de presiones transversales al sistema político mundial, que operan más allá de las típicas relaciones interestatales con las que parece conformarse el realismo.

LA REINTERPRETACIÓN DE LAS CONSECUENCIAS DEL EGOÍSMO

Reinterpretación, que no negación. Es decir, la maniobra que describiremos en los siguientes párrafos tampoco implica que haya nada de solidario en la conducta descrita por los institucionalistas liberales. De hecho, lo que vienen haciendo los institucionalistas liberales de hoy es, a mayores, reinterpretar la «insociable sociabilidad» de Kant. Ni menos ni más. Sobre todo, operan así gracias a la obra de Robert Axelrod, en su libro *The Evolution of Cooperation* (1984), que siguió a una precuela en forma de artículo, escrita dos años antes. Este libro se basa en el experimento de Tucker, de 1951, conocido como el dilema del prisionero.

TABLA 1.5. Experimento de Tucker (1951): el dilema del prisionero

En este experimento, se demuestra que el comportamiento de los socios en un atraco es egoísta, aunque eso los conduzca a un mal resultado: cada cual delata al otro, a la mínima que son ubicados en celdas separadas, y ambos terminan en la cárcel, con una pena importante. Mientras que, si hubieran cooperado, es decir, si no se hubieran delatado mutuamente, hubieran recibido una pena menor, quizá ni siquiera de cárcel. Tan solo por tenencia de armas, que es lo único que ya estaba probado.

Por lo tanto, lo primero a tener en cuenta es que Axelrod se acoge a la escuela del cálculo racional, tan cara al realismo. No en vano, la propuesta de Axelrod demuestra, a pies juntillas, que realismo y liberalismo institucionalista comparten una aproximación, así como una metodología de análisis, que están basadas en el individualismo metodológico.

Dicho lo cual, lo que hace Axelrod es iterar el primer experimento de Tucker, es decir, analizar si el resultado sería el mismo cuando se repite el experimento con los mismos protagonistas, o cuando esos protagonistas son informados del (mal) resultado de la primera jugada. Y su conclusión es que el comportamiento varía. No así la pulsión que lo preside, que sigue siendo igual de egoísta. Ahora bien, cuando los protagonistas se dan cuenta de que tanto egoísmo los lleva a tomar decisiones perjudiciales para sus intereses, corrigen su comportamiento y lo adaptan, pasando a cooperar entre sí, lo que en este caso significa no delatarse.

En definitiva cooperan, efectivamente, pero no por amistad ni por solidaridad, sino porque no les queda otro remedio. Por lo tanto, tal como había dicho Kant, justo doscientos años antes, cooperan por puro interés, en lo que Axelrod denomina como un *Tit for tat* (AXELROD, 1984: 47). No hay, pues, transformación alguna de la naturaleza humana. Solo de la conducta, siempre por puro interés. Por consiguiente, los cambios que se pueden apreciar apenas afectan a la epidermis del carácter de los protagonistas. Conviene retenerlo para, posteriormente, compararlo con lo que sucederá con otra escuela, el social constructivismo, que sí quiere ir más allá. La convicción de Axelrod al respecto es tan fuerte que califica esta conducta, aparentemente solidaria (solo aparentemente), como una adaptación de corte darwinista (nada menos) basada en la supervivencia del más fuerte –o del más listo– (AXELROD, 1984: 50). Su reflexión es tan elocuente que huelgan los comentarios.

Todo lo cual trae consigo, a pesar de los pesares, una buena noticia: hasta el egoísmo puede ser el fundamento de la cooperación. De esta manera, la diversidad de intereses no necesariamente conlleva más conflictividad ni tampoco, *a fortiori*, nuevas guerras. Y no es indispensable que seamos «buenos» para que no haya guerras. Si, para ello, hubiera que transformar la naturaleza humana, todo sería bastante más complicado. O hasta imposible. Pero no es el caso. Ahí reside la esperanza del liberalismo institucionalista, desde Kant a Keohane. Lo que no se atisba por ningún lado es una hipotética ruptura epistemológica con respecto al realismo. En la práctica, ambas corrientes vienen configurando el *mainstream* de las relacio-

nes internacionales, al menos, a lo largo del último medio siglo, o un poco más allá. Y no solamente por ser las más leídas, sino también porque comparten muchos de sus axiomas, métodos y conclusiones.

A partir de estas premisas, los institucionalistas liberales entienden que la apuesta de cada Estado por entrar y quedarse en una organización internacional depende de un sistema de incentivos, no de ningún interés primigenio por colaborar con los demás Estados. Puede que Polonia o Hungría hayan ingresado en la OTAN con el típico discurso político de que «desean colaborar en la defensa colectiva» y que ingresan en esa organización porque «comparten sus valores». Pero, lógicamente, todo eso es mentira: pura verborrea político-periodística planteada de cara a la galería. ¿Qué buscan, en realidad? Lógicamente, mejorar sus opciones de sobrevivir, en un entorno muy complicado, como es el de Europa central y oriental. Ese es el valor compartido: la supervivencia. Eso lo firmarían Hobbes o Waltz, por supuesto. Nada más.²⁹ ¿Y qué decir de Turquía, también miembro de la OTAN, además de eterno aspirante a ingresar en la UE? En fin, los ejemplos podrían ser muchos, en la OTAN, en la UE y en cualquier otra organización internacional. No es preciso que sea occidental. ¿Acaso Armenia está plenamente alineada con Rusia, pese a ser miembro de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC)?

Esto, Keohane lo codifica en su libro de 1989, *International Institutions and State Power*. Entonces, para empezar, hay que tener en cuenta que, cada vez que un Estado ingresa en una organización internacional, su soberanía queda erosionada. En ocasiones, mucho, dado el principio, comúnmente admitido, de la supremacía del derecho de los tratados, por encima del derecho constitucional de cada Estado. Mal negocio. Por lo tanto, lo importante es que esa organización genere incentivos más grandes que los costes derivados de ingresar en la misma. Todo es puro cálculo racional: los beneficios tienen que ser superiores a los costes.

A eso lo llama *seducir en la entrada* (KEOHANE, 1989: 109). Ni es gratis ni es banal, sino que es indispensable para que cualquier Estado ingrese ahí. Habría que añadir... lógicamente. Sin embargo, eso es una condición necesaria, pero todavía no suficiente, para el éxito de las organizaciones internacionales. Porque todos los Estados tendrán permanentemente en mente su interés nacional, aunque ya estén dentro de esas organizaciones. Así las cosas, es necesario generar otro tipo de incentivos: los que permiten que los miembros de cada organización permanezcan en su seno. Dicho coloquialmente: si eso no se consigue, aparecerán nuevos *brexits*.

A esas dinámicas, Keohane las denomina *educar en la cooperación* (1989: 110-112). Pero no seamos ingenuos (él no lo es). No se trata de elaborar discursos bonitos, basados en las bondades de portarse bien. Más bien, se trata de aprender y saber apreciar las ventajas generadas por el hecho de formar parte de esa organización, y que se perderían de salirse de ella: reducción de los costes y en los tiempos de transacción, cada vez que hay que tomar una decisión; o las economías de escala, en proyectos cerrados a los no-miembros de esa organización. Por lo tanto, estas dinámicas serán tanto más exitosas cuanto más se acerquen al esquema mental trabajado por Mancur Olson (1965: 57-59) en su obra *La lógica de la acción colectiva*,³⁰ es decir, cuanto más claramente operen como incentivos selectivos.

Con todo, los institucionalistas liberales nos conceden una tregua conceptual, no menor, en la que merece la pena detenerse unos minutos. Mientras los realistas, de la mano de Joseph Grieco y de John Mearsheimer, afirman que la lógica imperante en el seno de las alianzas internacionales, y otras organizaciones, es la teoría de las ganancias relativas —¿se acuerdan de la brujita eslovena?—, Keohane y los demás institucionalistas liberales entienden que la situación más normal (esto es, estandarizable) responde mejor a la *teoría* (en este punto, alternativa) *de las ganancias absolutas*. Las implicaciones del cambio son enormes. Porque lo que ahora se nos plantea es que los Estados buscan ganancias, por supuesto que sí. Pero... sin fijarse tanto

29. De hecho, he puesto este ejemplo con toda la intención, pues no está nada claro que Polonia y Hungría compartan otros hipotéticos valores de la OTAN —suponiendo que la OTAN tenga de esas cosas, que ya es suponer.

30. En inglés, *The logic of Collective Action*.

en las que obtienen los demás, y sin obsesionarse por las comparaciones. Más fácil, si cabe: si un Estado obtiene beneficios por el hecho de ingresar (y permanecer) en una organización internacional, ahí estará... con independencia de si esos beneficios son superiores (o no lo son) a los que obtienen otros Estados que se hallen en una situación similar, en el seno de la misma organización.

La suma de estos razonamientos (o su intersección) contribuye a que Keohane confíe en el éxito de las organizaciones internacionales (al menos, como tendencia, que también lo es a la gobernanza mundial, a la que ya hemos aludido). Y, como principal reflejo de ello, alude a la propensión de algunas organizaciones a la expansión horizontal de sus competencias. Tengo dudas acerca de la universalización de esta tesis, pero hay que admitir que expone bastante bien lo acontecido en la UE...

TABLA 1.6. El nacimiento de la UE

Nace en los años 50 de siglo XX como Comunidad Económica Europea (CEE) o Mercado Común, con unas pretensiones, de momento, limitadas. La idea original no iba mucho más allá de una unión aduanera. Pero, con el paso de los años, se ha logrado definir una serie de políticas comunes (agraria, o de ayuda oficial al desarrollo, entre ellas), se ha creado un Banco Central Europeo, una moneda común (el euro) y hasta el concepto de ciudadanía europea, con fuertes implicaciones en la movilidad de las personas, además de los bienes y servicios o los capitales.

LA TEORÍA DEL PODER BLANDO

Ha llegado el momento de plantear la mayor novedad aportada por el institucionalismo liberal en relación con el realismo. Se trata de la teoría del poder blando o *soft power*. Esta vez, el protagonismo recae en Nye. No dedica un único libro a definirlo, sino que va perfilándolo a través de obras sucesivas. Los primeros atisbos ya se vislumbran en *Obligado a liderar. La naturaleza cambiante del poder americano* (1990), año en el que también aparece un primer artículo que ya titula como *Soft Power*, si bien la obra evoluciona a través de otro libro, *La paradoja del poder americano* (2003), en el que ya se dejan ver las líneas definitivas de esta teoría. Finalmente, la obra cumbre, a estos efectos es *El poder blando. Los instrumentos del éxito en la política mundial*.³¹

A partir de este resumen de la aportación de Nye quiero llamar la atención sobre dos consideraciones. Aunque Nye pertenece a la escuela institucionalista liberal, basta repasar los títulos (luego entraré en detalles de contenido) para comprobar que sigue siendo un teórico del poder y, si me apuran, del poder de su país: los EE. UU. Asimismo, el planteamiento es puramente racionalista. Todavía más: como se deduce del subtítulo de la obra definitiva, de 2004, se trata de una racionalidad instrumental. La primera de estas consideraciones conecta con lo ya visto en este libro, acerca de la escuela realista; la segunda, conectará con lo que veremos más adelante: el asco que le da a la teoría crítica la racionalidad instrumental. Tómese, de momento, como un aviso de lo que está por llegar.

Las preguntas obligadas lo son por el concepto en sí mismo, y por las implicaciones de traerlo a colación: ¿qué es eso del *soft power*? Así como... ¿Cuál es su utilidad?

Nye ni siquiera reniega de los análisis del poder que venían haciendo los realistas, relativos siempre al poder duro o *hard power*. Admite que el poder económico y el poder militar (constitutivos de ese poder duro) tienen valor en el ámbito de las relaciones internacionales y de la geopolítica (NYE: 2003: 30). Ahora bien, no cree que esa versión del poder sea suficiente para condensar todos los instrumentos de

31. En inglés, *Soft Power. The Means to Success in World Politics* (2004).

poder de los que puede hacer gala el Estado. Entonces, a partir de esa novedad, busca los demás instrumentos de poder empleables por el Estado. Su exploración llega a ser bastante completa. Si bien, en esencia, consiste en recordar que el recurso en solitario al *hard power* puede (suele) soliviantar a terceros, de modo que hasta los grandes imperios han logrado éxitos con medios menos hostiles.

Partiendo de la base que el poder siempre consiste en lograr que otros hagan lo que a uno le interesa, el *soft power* consiste en lograrlo a través de la atracción y de la seducción. Aunque a Nye le apetece, especialmente, emplear la expresión «persuasión». Si concretamos los medios para alcanzar tal cosa, Nye se refiere al «atractivo cultural e ideológico», así como a la asunción de reglas e instituciones internacionales (NYE, 1990: 168). En los EE. UU., él considera que, desde la industria de Hollywood hasta su amplia y prestigiosa red de universidades, son parte del poder blando de ese país, de modo que, al final, más allá de la tenencia de misiles nucleares, otros Estados desean «emular» a los EE. UU., y por ese motivo «siguen su estela», simplemente porque «aspiran al nivel de prosperidad y apertura» de la sociedad norteamericana (NYE, 2003: 30).³²

De nuevo, como quiera que sigamos en el bloque dedicado al institucionalismo liberal, no podemos dejarnos llevar por los cuentos de hadas, aunque lo sean de Walt Disney. No es el caso. Porque Nye admite (e incluso defiende) que el fin último del *soft power* es influir en las agendas de los demás Estados e incluso, llegado el caso, el de legitimar el uso de la fuerza. ¿Curioso? No tanto. Al fin y al cabo, una misma operación militar, llevada a cabo por un Estado con mucho *soft power*, o por otro que no haya atendido a estos parámetros, tendrá diferentes lecturas en la sociedad internacional. Por ello, Nye acaba siendo un abogado de lo que se da en llamar *smart power*, basado en la combinación de poder duro y blando (NYE, 2004: 16). Sea como fuere, es algo que los realistas no plantearon, ya que estaban demasiado obsesionados con el poder duro. Y que, como hemos advertido, marca una de las diferencias más relevantes entre ambas escuelas.

EL CONSTRUCTIVISMO SOCIAL

Haciendo un balance general, y con los matices que he mostrado, puede decirse que el institucionalismo liberal termina siendo un *remake* del realismo, tratando de mejorar algunas de sus aproximaciones, así como de rellenar sus principales lagunas. En cambio, el social constructivismo tiene otras pretensiones, incluso opuestas. Por el contrario, el reto, y la razón de ser, del social constructivismo (o constructivismo a secas, pues también es correcto decirlo así) es derrotar a ambos (a realistas y liberales), para llegar a establecer un paradigma explicativo del funcionamiento del mundo que sea auténticamente alternativo, yendo frontalmente contra las dos grandes escuelas configuradoras del *mainstream* académico en el ámbito de las relaciones internacionales.

LOS ORÍGENES DEL CONSTRUCTIVISMO SOCIAL

Los acólitos de esta escuela citan como antecedentes, sobre todo, a Michel Foucault y a Antonio Gramsci. Esto es, a uno de los intelectuales más relevantes de la contracultura que desemboca en Mayo del 68 y a un marxista. Todo nuevo, bajo el sol.

El Foucault que más interesa aquí es el del *Orden del discurso* (libro escrito por el francés en 1970, siendo, a la sazón, la primera de sus obras más leídas). Ahí expone algo que terminará siendo central en el constructivismo: la primacía de la narrativa,

32. La economía es, en parte, poder duro, porque sirve para chantajear, comprar o embargar a terceros. Y porque es la base indispensable para adquirir nuevos sistemas de armas. Pero puede ser, asimismo, poder blando, porque una buena gestión económica es siempre una fuente de prestigio.

como creadora de realidades. Aportaré un párrafo largo, de ese libro, para reforzar esta idea. Pero vaya por delante una advertencia: Foucault criticaba que los guardianes del discurso de lo (políticamente) correcto, impidieran, gracias a ese control de la narrativa, que surgieran opciones para mejorar el mundo. Pues bien, los constructivistas, conscientes del peso de la narrativa y del que tiene (asociado a eso) convertirse en guardianes del discurso, se aprestan a cambiar la realidad, desde la narrativa... y no hay que ser muy inteligente para suponer que se aprestan, asimismo, a terminar jugando ese rol que tanto denostaba Foucault, una vez hayan alcanzado buenas posiciones, y que en nuestros días puede recibir varios nombres, no siendo el menos adecuado el de la cultura de la cancelación. Es decir, habría que ver si Foucault estaría de acuerdo «con los suyos». Mantengo mis dudas.

Dicho lo cual, ahora sí, pasemos a rescatar ese texto de Foucault, que podemos considerar como una de las piedras filosofales del constructivismo, no menos que del giro –úcnico?– que, según mi interpretación de las cosas, se ha venido produciendo:

[...] en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad. En una sociedad como la nuestra son bien conocidos los procedimientos de exclusión. El más evidente, y el más familiar también, es lo prohibido. Uno sabe que no tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa. (FOUCAULT, 1970. 14)

Creo que se entiende: las últimas tres líneas no incluyen una afirmación, sino un lamento. En síntesis, lo que le preocupa a Foucault es que, históricamente, ha habido siempre un grupo de gente (en cada sociedad, y seguramente en todas ellas) empeñada en encapsular el orden establecido con base en lo que él denomina como «voluntad de verdad» (FOUCAULT, 1970: 20). Pero de lo que toman nota los constructivistas es de que las narrativas pueden cambiar a la gente. No solo su conducta (eso sería demasiado superficial, como ya les pasaba a los institucionalistas liberales) sino también su mentalidad, esto es, sus creencias más profundas (ahí reside la novedad, en comparación con el institucionalismo). Luego, a partir de ahí, los constructivistas se proponen cambiar esa personalidad y es de suponer que, una vez logrado ese objetivo, siempre siguiendo al filósofo galo, ejercer su propia «voluntad de verdad» contra las voces discordantes. Entonces, frente a un institucionalismo liberal que apenas atisba modos de condicionar el comportamiento, en este caso se trata de determinar la identidad. La diferencia es sobresaliente. No logro deducir si Foucault hubiera aceptado esto último. Pero, evidentemente, su teoría invita a ello y ya estamos viendo atisbos por doquier, no solamente en el ámbito de las relaciones internacionales.³³

Ese paso, auténticamente constructivista, en el sentido de crear una nueva realidad, se da gracias al impulso de nuestro siguiente protagonista: Gramsci. Porque este marxista se acoge a la superestructura definida por su maestro para, a partir de ahí, trabajar el concepto de hegemonía.³⁴ Es decir, lo que plantea, explícitamente, es que, para transformar el mundo se puede (y, según él, se debe) librar una batalla en las trincheras de las ideas (léase, los discursos y las narrativas). De esta manera, en sus propias palabras...

Cuando se logra introducir una nueva moral conforme a una nueva concepción del mundo [...] la realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento. (GRAMSCI, 1970: 46)

33. El constructivismo también está detrás de la ideología de género (al entender que el sexo es poco relevante y que lo es más el género, como algo socialmente construido por el discurso o la narrativa). Ya, pero es ahí donde más se nota la irrupción de la muy antiliberal cultura de la cancelación. No quiero ser agorero, pero también he detectado que la escuela realista ha ido desapareciendo de los manuales al uso. Lo cual es una aberración intelectual y académica, si el objetivo es (según creo) entender cómo funciona el mundo. ¿Eso es lo que nos espera? ¿Dar por cerrados los debates, en el punto en el que eso les interese a los constructivistas? Insisto: no sé si ni siquiera Foucault lo consentiría, dado lo que él tanto lamenta...

34. Marx teoriza la superestructura, al menos de modo explícito, a partir de su obra *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). Ahí alude a la base o estructura económica, formada por «el conjunto de las relaciones de producción». Pero también a la «superestructura jurídica y política» que, dice, «se levanta sobre» esa base real. Y que, a su vez, se caracteriza por conformar (dar forma a) la «conciencia social» (MARX, 1980: 182). De esa superestructura forman parte desde las leyes del derecho positivo hasta el arte, la cultura, las normas sociales, u otras formas de cristalización de una determinada mentalidad.

Meterse en las conciencias de la gente, para poderla dominar. Es algo que, según el planteamiento de los social constructivistas, han estado haciendo con ellos (o con la humanidad) y ahora ellos se aprestan a hacer con los demás (o con la humanidad). En todo caso, para los constructivistas no existen cosas como la naturaleza humana (que sería una construcción, susceptible, por ello mismo, de ser deconstruida), ni un rol determinado de los Estados. Todo depende del discurso imperante. Tanto es así que el italiano llegó a decir que el «mundo exterior es una creación del pensamiento» (GRAMSCI, 1970: 27-28).

Uno de los principales referentes de esta teoría es Karl Deutsch, de origen alemán, que tuvo que huir del nazismo,³⁵ para refugiarse en los EE. UU., donde desarrolló su carrera académica. Su obra maestra es, sin duda, *Nacionalismo y comunicación social* (1953).³⁶ Quizá por esos avatares de juventud, Deutsch es muy crítico con el nacionalismo. No solo con el nazi, sino con cualquiera que tenga una matriz *Volkgeist*. ¿Por qué? Porque entiende que –si bien tenemos una tendencia natural a operar en la vida en torno al cálculo racional, y si bien la base de ese cálculo tiene que ver con satisfacer criterios de supervivencia (hasta aquí, Deutsch podría abrazar la causa realista, o bien la del institucionalismo liberal, indistintamente)– cuando el nacionalismo se mete en la cabeza de la gente es que esa ideología inhibe ese cálculo racional. Esa es la novedad, en tanto en cuanto hay algo que pasa por encima de esas premisas arraigadas, se suponía, en la naturaleza humana (DEUTSCH, 1969: 25). En sus propias palabras, lo que ocurre con el nacionalismo, especialmente en sus diferentes variantes *Volkgeist*, es que opera...

[...] hasta el extremo de inhibir el cálculo racional que nos caracteriza como especie. Pero no precisamente para abrazar un mundo más amable. [...] los procesos de construcción social vinculados al nacionalismo afectan, más que cualquier otra ideología, a la estructura muy interna de nuestros objetivos, preferencias y actitudes. (DEUTSCH, 1969: 117)

35. Nada que ver con el judaísmo, pues él no lo era, sino porque pertenecía a una conocida familia socialdemócrata.

36. Original en inglés, *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality* (1953).

37. Él mismo define el concepto de la nación como una «comunidad de comunicación». No nos podemos detener en este aspecto. Pero, para no dejar al lector con la miel en los labios, valga recordar que uno de los ejemplos predilectos de Deutsch es Suiza: una nación con cuatro lenguas diferentes y, de paso, con tres religiones distintas. Pero es una comunidad de comunicación porque leen los mismos periódicos, hablan sobre la misma agenda y elogian a los mismos deportistas, entre otras cosas (DEUTSCH, 1969: 97). En cambio, discute que Argelia sea una nación, debido a las profundas diferencias existentes entre la comunidad bereber y la árabe... a pesar de que los bereberes se manejan sin problemas en lengua árabe y de que, para muchos de ellos, ya es su lengua materna.

A partir de aquí, Deutsch dedica la parte más práctica (léase, empírica o aplicada) de su libro a trabajar algunos casos concretos. Por ejemplo, demuestra que Escocia no era una nación³⁷ en el siglo XVIII, ni en el XIX, ni en la parte del siglo XX que a él mismo le tocó vivir antes de publicar su libro. Pero no descarta que algún día lo sea. ¿Por qué? Porque, según el social constructivismo, las naciones son algo puramente artificial, que se hacen y se deshacen a través de las herramientas adecuadas. No hay naturaleza ni esencia alguna que valga, frente a eso.

¿De qué herramientas se trata? De las que son útiles para generar narrativas, como era de esperar. Concretando: el control del sistema educativo público, que es el que llega a más gente (no porque sea necesariamente mejor, sino porque es más barato); el control de los medios de comunicación (hoy en día, probablemente, este autor añadiría el de las redes sociales); y el control de lo que, a veces, nostálgicamente, todavía llamamos «sociedad civil», pero que cada vez está más infiltrada (y, por ende, condicionada) por los poderes públicos, a través de subvenciones, sobre todo (pero, en función del país, también de la amenaza de sanciones... como si perder una subvención no lo fuera ya). Ese entramado, a base de algunos años (pero no tantos) puede convertir lo que se pensaba que era una nación en algo irreconocible, y al revés. Quizá por ello, hoy en día haya independentistas escoceses, catalanes o vascos que son hijos –o nietos– de grandes patriotas británicos o españoles. En síntesis: todo es artificial y mutable. Pero no aleatoriamente. Porque han sido sometidos a lo que Deutsch denomina «fábrica social de la nacionalidad» (1969: 104). Mientras que la tan cacareada «conciencia nacional» es apenas un «subproducto» de esos procesos (1969: 89).

Lo que hemos venido trabajando en este epígrafe no es, exactamente, lo mismo que el poder blando del que hablaba Nye, aunque pueda tener un aire de familia. Sin

embargo, aquí ni siquiera hablamos de prestigio. Todo es más elemental, y menos sutil. Así, los teóricos social constructivistas, que no niegan que también hablan en términos de poder, prefieren conceptualizarlo de otra manera, con acta bautismal (¿cómo no?) incluida: es lo que Hopf da en llamar «poder discursivo» [*discursive power*] porque las ideas, añade,

son una forma de poder que consiste, más claramente, en «controlar la comprensión intersubjetiva», en función de los «recursos» que cada actor tenga para desplegar ese poder discursivo. (HOPF, 1998: 177 y 179)

No voy a detenerme en la larga estela de obras que, siguiendo a Deutsch, y sin salirnos del tema de la construcción de naciones, han aportado su grano de arena. Aun así, podemos citar la obra de Benedict Anderson *Comunidades imaginadas*,³⁸ de título significativo, en la que explica las triquiñuelas que tuvieron que hacer los EE. UU. para parecerse a una nación, dada su oposición a los auténticos pueblos nativos, así como su indiscutible raigambre británica (TOCQUEVILLE, 1993, I: 287). Lo lograron con apoyo de la imprenta, empleada selectivamente para su propaganda política (ANDERSON, 2006: 269); o la obra de Michael Billig *Nacionalismo banal*,³⁹ en la que, además de reconocer su deuda intelectual con Deutsch y con Anderson, apunta a la labor de los medios de comunicación y a la proliferación de símbolos en la construcción de naciones, donde antes no había nada parangonable (BILLIG, 2014: 179-188).

Con este contundente prelude nos hemos acercado a lo más importante en un manual, es decir, a entender cuáles son las premisas de las que parte el autor. Sin perjuicio de lo cual, ahora podemos extender esta lógica al campo, más estricto, de las relaciones internacionales. Porque Deutsch realizó una incursión muy explícita al terreno de las organizaciones internacionales. Pensando, no solo, pero sí especialmente, en las vicisitudes de la OTAN.

La tesis básica de Deutsch es que existen «comunidades de seguridad», entendiéndolo «comunidad» en el sentido fuerte (es decir, académico) de este vocablo: se comparten valores. Entonces, existen grupos de Estados que están dentro de una organización internacional, no por interés, no, sino porque comparten valores. ¿Podemos imaginar algo más opuesto al institucionalismo liberal? Bueno, más o menos. Porque, cuando este autor se plantea las consecuencias de ello, admite que tampoco es que estén dispuestos a compartir sus riquezas sin pedir nada a cambio. No llega a tanto. Pero acepta que sí que asumen que cualquier diferencia o controversia entre ellos debe ser resuelta pacíficamente, porque para eso habrían alcanzado, en el seno de esa organización y de sus prácticas, unas «lealtades y simpatías comunes» (DEUTSCH, 1957: 123 y 129, respectivamente). No sé si eso es suficiente para hablar de una *gemeinschaft* digna de tal nombre. Lo dudo. Pero algo es algo, desde luego. En todo caso, la pretensión de nuestro autor es que, frente al mero cambio de conducta detectado por los institucionalistas liberales, lo que se estaría produciendo dentro de la OTAN es un auténtico (y más profundo) cambio de mentalidad (o de identidad) de sus miembros. Quizá.

Sin embargo, sea por lo que fuere (atisbo que debido a lo forzado de su argumento) Deutsch hace dos concesiones. La primera, que es doble, al realismo (deduzco de su lectura que procede así inopinadamente). Por cuanto admite que el impulso inicial para que esos miembros forjen una alianza defensiva no es moral (más allá de garantizar su propia seguridad), sino que tiene relación directa con el nivel de amenaza percibido (DEUTSCH, 1957: 125). Asimismo, admite que, aun este tipo de comunidades requieren de un liderazgo fuerte, en manos de un Estado (ídem: 130).

Finalmente, la segunda concesión interpela a la dificultad de demostrar que se ha dado el salto cualitativo que él postula. Porque, desde su creación, la OTAN ha sufrido varias crisis. Periódicamente, de hecho: las fuertes divergencias entre

38. La primera edición de la obra es del 1983.

39. Primera edición de 1995.

Washington, por un lado, y Londres y París, por otro, en la campaña de Suez (1956); la salida de Francia de la estructura militar de la OTAN (1966), y la crisis de los (euro-)misiles (1979-...) son las más conocidas. Por no hablar de la guerra abierta entre dos socios de la OTAN (Grecia y Turquía) con epicentro en la disputada isla de Chipre (1974). Es verdad que tres de esas cuatro crisis se dieron después de que Deutsch publicara el libro que estamos comentando (1957). Pero, para el caso, da lo mismo: no deja en buen lugar a su teoría. En palabras de un exégeta de la obra de Deutsch, quizá pueda afirmarse que la OTAN... «estaría bien orientada, brújula en mano, para construir esa comunidad de seguridad pluralista. Pero todavía no sería tal cosa. Tal cosa seguiría siendo más un objetivo (o un deseo) que un resultado» (HURST, 2016: 4).

¿Es todo eso compatible con el nivel de comunión postulado por nuestro autor? O se queda, realmente, en eso de que, al menos, no hacen la guerra entre sí. Ya, pero, si ahí se queda... ¿Qué tan novedoso es, en comparación, por ejemplo, con el enfoque de Stephen Walt, y ya no digamos con la lógica de Keohane y/o de Nye?

Todavía más: el programa de máximos de Deutsch apunta, en la más favorable de las interpretaciones posibles, a comunidades de valores encerradas dentro de otras tantas organizaciones internacionales. Bien. Aceptemos eso, para seguir discutiendo. No obstante... ¿Qué hay de la presunta «comunidad» internacional, que los realistas niegan? Pues... no mucho más. No en la obra de Deutsch. En efecto, que haya diversos grupos de Estados que compartan valores o que, como mínimo, no estén dispuestos a hacerse la guerra mutuamente... ¿Acaso garantiza que otros grupos de Estados defiendan otros valores (incluso opuestos) y evita con ello que se produzca una guerra –incluso mundial– entre bloques? Se trata de una pregunta retórica, pues es evidente que esa guerra seguiría siendo posible, de acuerdo con el esquema de trabajo de Deutsch, mientras no son tan evidentes el resto de sus afirmaciones, que más bien habría que tomar como hipótesis de trabajo, a validar (o no) en el futuro.

LA MADURACIÓN DE LA TEORÍA: LA OBRA DE WENDT

Sin perjuicio de otras aportaciones, Alexander Wendt es el máximo representante, en la actualidad, de la escuela social constructivista en el ámbito de las relaciones internacionales. Sobre todo, a partir de su libro *Social Theory of International Politics* (1999). Su argumento principal es que el mundo es hobbesiano, como dice el realismo, pero... que no tiene por qué serlo. Es decir, que es así (tal como sugieren los realistas), porque lo hemos construido así. No porque haya fatalidad alguna en la naturaleza humana que nos obligue a ser así (contra lo que sugieren los realistas). Ciertamente, el mundo hobbesiano sigue siendo una de las opciones. Pero ya no sería la única. Entonces, para Wendt, el mundo no es «como es», pues no es de ningún modo concreto, sino que es lo que hacemos de él. Y, si en algún momento opera a modo de la peor pesadilla del realismo (lo cual no niega que haya sucedido, o pueda suceder) será porque nosotros lo hemos querido así.

¿Un canto a la bondad humana? Ni siquiera el social constructivismo es tan simplón. Porque, si nos fijamos, el realismo apuntaba a que somos interesados y egoístas porque nuestra naturaleza es así. En cambio, ahora se apunta que muchas veces lo hemos sido... porque hemos elegido serlo (*sic*).

Los dos párrafos precedentes han quedado muy bien: constituyen un buen sumario de las tesis de nuestro autor. Si bien, conviene que profundicemos algo más en los detalles de su obra, para entender mejor sus implicaciones. Comenzaremos por la dinámica que ha provocado que el mundo en el que vivimos sea como los realistas dicen que es: se trata de lo que Wendt define como la cultura de la enemistad, de raíces, como hemos dicho, hobbesianas. Una vez eso esté claro, analizaremos

los dos escenarios alternativos que él añade: la «cultura de la rivalidad» (de estirpe lockeana) y la «cultura de la amistad» (de estirpe kantiana, o eso es lo que pretende, por su parte, Wendt). Por eso, su teoría es conocida como teoría de las tres culturas.

LA CULTURA DE LA ENEMISTAD (HOBBS)

Es verdad que hemos sembrado esta cultura por doquier, desde tiempos inmemoriales, mediante las narrativas orientadas a tal fin. Los ejemplos pueden ser muchos y variados. En la Grecia clásica, Platón detestaba las guerras entre polis ya que, en el fondo, las veía como guerras civiles (ese era, claramente, el motivo). En cambio, era mucho más flexible con las guerras contra los pueblos no helénicos, singularmente si eran persas. «Más bien –decía, refiriéndose a las diversas polis griegas– deberían volverse contra los bárbaros y abstenerse de combatir entre sí» (PLATÓN, 2002: V, 469c). Muy bien... ¡Cuánta bondad! Aristóteles estaba en la misma línea al afirmar, refiriéndose a las comunidades no helenas, que hay «pueblos que han nacido para ser esclavos» (ARISTÓTELES, 1985: 46). Ambos consideraban que los persas eran bárbaros. Lo que, equivocadamente, suele traducirse por extranjeros. Pero no es cierto, porque los atenienses eran extranjeros en Esparta, y al revés, sin que unos y otros se consideraran, respectivamente, como bárbaros. El propio Aristóteles era, técnicamente hablando, un extranjero en Atenas. Lo cual no le impidió ser uno de los personajes con mejor reputación de esa polis. Pero, según sus propias palabras, eso no vale para todos los extranjeros.

Por ende, el vocablo «bárbaro» hace referencia a un tipo de extranjero, que merece un mal trato. «Bárbaro» es un concepto peyorativo. De este modo, la narrativa crea la realidad, porque genera enemigos (los persas) sin que sea la única opción para entablar relaciones (internacionales, digamos) con ellos. Además, el propio Wendt recalca que aquí se emplea «enemigos» en el sentido que le da a esta expresión Carl Schmitt, para que no haya dudas (WENDT, 1999: 260). Lo que implica el deseo de anular al otro, eliminándolo, conceptualmente.⁴⁰ O incluso físicamente, si lo primero no es factible.

Cuando, siglos más tarde, las potencias europeas llegaron a América o penetraron en África, solían referirse a los indígenas, no tanto como nativos (que es una palabra sin connotación peyorativa alguna) sino, más bien, como «salvajes» (que es un atributo propio de algunos animales), llegando a cuestionar su humanidad. De ese modo, constituían o creaban una realidad como de enemistad. Porque, tanto en el caso de los persas u otros «bárbaros», como en el de los nativos «salvajes», tan pronto como esas gentes se daban cuenta del trato (peyorativo) recibido, lo más probable es que se anticiparan a la amenaza, tomaran cartas en el asunto y emplearan una violencia preventiva. En efecto, Wendt (1999: 263) opina que estas dinámicas incurren en la deriva de las «profecías autocumplidas». Porque, a sabiendas de lo que está en juego, la tendencia lo es a razonar en términos de la peor situación posible [*the worst-case*], por si acaso.

Se trata de una teoría popularizada por Robert Merton, en su obra *Teoría social y estructura social*, aunque fue anticipada por una precuela, en forma de artículo homónimo del mismo autor: *The Self-Fulfilling Prophecy*, aparecido en 1948. De acuerdo con esta tesis, si la gente define una situación como real, aun siendo en principio falsa, terminará siendo cierta en sus consecuencias. Por consiguiente, si defino una narrativa que propenda al enfrentamiento, lo más normal es que ese enfrentamiento termine produciéndose, incluso por iniciativa del ofendido por esa misma narrativa.

Hay más casos, recientes y claros. Tanto Brzezinski, en el ámbito académico, como George Bush, en el político, han empleado este tipo de narrativa para referirse a los Estados díscolos con la *pax americana*. El primero, definiendo como «bár-

40. Eliminación conceptual, sería el caso, elogiosamente citado por el nazi Carl Schmitt como precursor de su propia teoría, del marxismo: ¿para qué matar a todos los propietarios si, aunque no tengan sitio en la futura sociedad comunista, se los puede expropiar, con lo cual dejan de existir como burgueses?

baros» (al igual que hicieran los griegos) a China, Rusia, Irán y Corea del Norte; el segundo, tildándolos directamente de «gamberros» [*rogue*]. No muchos años después de esa cuña discursiva, Corea del Norte dejó el Tratado de no Proliferación Nuclear y anunció que poseía el arma atómica (lo hizo, incluso antes de que a Occidente le constara ese dato). Irán ha seguido un camino similar, aunque siempre, en su caso, hablando de programas nucleares civiles y, a lo sumo, de tecnologías de doble uso.

Si bien este tipo de lógicas también pueden (y suelen) ser utilizadas por la parte más débil de la ecuación, en función de su estrategia. Por ejemplo, cuando Bin Laden empleaba la palabra «infidel», lo hacía más allá de todo razonamiento teológico, con la mirada puesta en señalar enemigos, que, consecuentemente, debían ser eliminados. De ese modo, hacía oídos sordos al concepto, asumido por el islam, de la «gente del Libro» (que no es el Corán, sino el Antiguo Testamento: texto común a judíos, cristianos, y musulmanes) y, además, metía en el saco de los «infieles» a los musulmanes chiitas, a los que consideraba como politeístas, por creer en Alá, en Muhammad y en Alí (en referencia a Ali Ibn Abi Tálib, primo y yerno de Muhammad, y fundador de esta rama del islam).⁴¹

Wendt añade que, en este tipo de escenarios, las guerras son especialmente duras. Si ya era un problema la propensión a llegar a las manos, no lo es menos lo que ocurre tras la ruptura de las hostilidades. En la medida en que este tipo de narrativas hayan calado, la tendencia lo será a querer exterminar al otro: a los procesos de deshumanización (mediante narrativas) les sigue el escaso o nulo respeto del *ius in bello*, una vez el conflicto se ha iniciado. Serán, pues, normalmente, guerras sin cuartel para los enemigos respectivos.

En todo caso... ¿Tiene verosimilitud el enfoque de Wendt, definido como apenas una opción entre varias? Es decir, ¿Lo tiene seguir afirmando que las cosas han sido así, es verdad, pero que pueden ser diferentes? A estas alturas del libro, ya es factible establecer líneas de diálogo entre diversas escuelas. Lo planteo porque cualquier realista, viendo los argumentos de Wendt, diría que, si estas dinámicas se han dado siempre y por doquier... quizá es que estén arraigadas en la naturaleza humana y que no necesiten de especiales narrativas para proliferar. Si el mundo es tan anárquico como ellos plantearon, porque hasta su máximo oponente –Wendt– así lo admite... ¿Para qué separarse de esa senda cada vez que hay que analizar la realidad?

A su vez, Wendt, a sabiendas de que esa crítica es factible y, desde luego, a sabiendas de que tiene sentido, se apresta a señalar dos escenarios diferentes, que hemos definido, siguiéndole, como «cultura de la rivalidad» y como «cultura de la amistad». Veámoslos.

LA CULTURA DE LA RIVALIDAD (LOCKE)

Rivalidad no es enemistad: los decibelios de la conflictividad y del odio generados son mucho menores. Para comprenderlo hay que hacer un largo camino, hasta comparar el contrato social de Hobbes con el de Locke. Intentaremos hacerlo fácil: Locke plantea que, en la condición de mera naturaleza, Dios nos hizo a todos iguales. Y añade que, de acuerdo con las reglas de la lógica, las cosas iguales deben quererse de la misma manera (LOCKE, 1998: 37). Entonces, como tenemos derechos, los derechos que reclamo para mí debo respetarlos también en mis iguales.⁴² Se puede simplificar más, pero el resultado es el mismo. Esa máxima simplificación sería: si las cosas iguales deben quererse (lógicamente) de la misma manera, y cada uno se quiere mucho a sí mismo y sus derechos –lo cual ocurre con frecuencia, salvo casos patológicos–, también debe querer a los demás (con sus propios derechos a cuestras).

41. Por cierto, también aplica a los cristianos, por aquello de la Santísima Trinidad.

42. Según Locke, el derecho a la vida es el principal derecho natural, seguido por la libertad y por la propiedad. Se nota mucho, en el argumento, el talante cristiano de Locke, que parte del libro del *Génesis* para desarrollar toda la secuencia.

Pero eso no significa que no haya conflictos. Ahora bien, sí que significa que serán conflictos en los que se aceptará la «igual dignidad» del oponente. Conflictos los habrá, precisamente porque, si todos son conscientes de que tienen derechos, todavía discutirán acerca de su alcance concreto, en cada situación dada. Pensemos en varios descendientes pugnando por una herencia; o pensemos en dos campesinos, vecinos, discutiendo dónde terminan las tierras del uno y comienzan las del otro. Pero, si triunfa la tesis de Locke, resolverán esos problemas en los tribunales y aceptarán su veredicto. E incluso es posible, a veces, que alcancen un acuerdo extrajudicial, mediado o no.

En el ámbito de las relaciones internacionales y la geopolítica, eso no es tan fácil (lo de disponer de órganos independientes capaces de mediar), ya que carecemos de un auténtico gobierno mundial, mientras que los tribunales internacionales, como regla de oro, dependen de la previa aceptación de su jurisdicción por parte de los Estados. Por ello, todavía puede haber guerras, cuando dos o más Estados se disputen el territorio (discutiendo sus fronteras). Sin embargo, de haberlas, y ante la ausencia de narrativas que fomenten la animadversión, lo más probable es que se respeten los derechos de los combatientes y de los no combatientes, de ambos bandos, incluso en plena conflagración (pues de eso se trata).

Hubo casos, en plena Segunda Guerra Mundial: mientras que bolcheviques y nazis cometieron auténticas atrocidades en el frente y en sus retaguardias (sería un caso remanente de «cultura de la enemistad»), no es menos cierto que la guerra entre italianos y británicos fue, en general, otra cosa. Se dieron hasta rendiciones masivas de tropas latinas en el norte de África, a sabiendas de que lo que les esperaba era... comer más y mejor, una vez en manos británicas. Sí: también hubo caballerías, incluso institucionalizada, en según qué frentes de la misma guerra.

Otra consecuencia relevante de la «cultura de la rivalidad» es que los Estados tienden a respetar a los demás, conscientes como son de sus (iguales) derechos, pese a su superioridad militar (WENDT, 1999: 279). Wendt llega a poner un ejemplo claro: ¿Por qué no entra en los planes de los EE. UU. la invasión de las Bahamas? ¿Por qué no? La verdad es que sería una operación militar sencilla y rápida. Sin problemas. ¿Qué ganarían los EE. UU.? Controlar un paraíso fiscal y, sobre todo, establecer las bases aeronavales que quisieran, por el tiempo que desearan, a unos cuantos cientos más de kilómetros al este de las actuales, y encima más cerca de Cuba, por si interesara presionar a la isla de los Castro. Pero no: simplemente, no entra en los planes de Washington. No forma parte de su menú de opciones.

Muy bien, aunque se podría contraargumentar que los EE. UU. sí invadieron la también caribeña isla de Granada, en 1983, ante el temor a que se pasara al bando cubano-soviético en plena Guerra Fría. De hecho, quizá por casos como éste, ni siquiera Wendt lanza las campanas al vuelo. Lo que apunta es que, en toda la era post-westphaliana (1648-...) estamos más cerca de la lógica de Locke, que de la de Hobbes (WENDT, 1999: 279). Menos mal, podríamos añadir como coletilla, por nuestra cuenta, ya que en esta etapa, supuestamente no (tan) hobbesiana hemos conocido nada menos que dos guerras mundiales, un proceso de descolonización a menudo sangriento (con epicentros de la violencia en el antiguo Congo Belga/Zaire, en Argelia, o en Kenia) y, si se evitó la tercera guerra mundial (con la crisis de los misiles de Cuba) más parece que fue gracias a la muy realista lógica de la destrucción mutua asegurada⁴³ que a la ética de las partes enfrentadas.

Quedémonos con la esperanza, a falta de noticias mejores, que se puedan contrastar, para pasar a ver cómo Wendt redobla la apuesta...

43. En inglés *Mutual Assured Destruction (MAD)*.

LA CULTURA DE LA AMISTAD (KANT)

Wendt hace una lectura bastante optimista del pensamiento de Kant, a tenor de lo que sabemos del filósofo de Königsberg. Probablemente, porque solo se fija en *La paz perpetua* y obvia las *Ideas para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita*, y no digamos la *Metafísica de las costumbres*. Sea como fuere, su imagen, aunque parcial e interesada, de Kant, le sirve para elaborar esta tercera imagen del comportamiento de los Estados. Onuf, otro social constructivista, nos lo explica a las claras, sin desconocer las aporías kantianas:

Kant parece haber pensado que las relaciones internacionales, al menos en su época, tenían deficiencias serias, sí, pero solucionables. *La paz perpetua* ofrece lo que en el pensamiento de Kant serían remedios apropiados para que la «anárquica» Europa se convierta en una floreciente sociedad política. (ONU, 1989: 188)

Pues muy bien: el constructivismo quizá no sea la teoría que mejor expone el funcionamiento del sistema político mundial, pero no deja de perseverar en la ofrenda de un catálogo de promesas.

Para simplificar las cosas e ir al grano, Wendt rinde tributo a Deutsch, especialmente a su obra de 1957, relativa a la OTAN (WENDT: 1999: 299). La diferencia estriba en que, si hasta Deutsch planteaba ciertas dudas, acerca de si la OTAN ya había llegado a consolidar ese estatus de «comunidad de seguridad», o simplemente estaba en ello, Wendt lo afirma, sin ambages. Ese sería el motivo, a su entender, de que la OTAN haya sobrevivido a la implosión de la URSS, es decir, al mantenimiento de su razón de ser. En palabras de otros social constructivistas, que, de todos modos, recogen a la perfección la intuición de Wendt: «la OTAN permanecerá, aunque carezca de enemigo» ya que gracias a este tipo de proceso social constructivista «se ha emancipado de su origen» (RISSE-KAPPEN, 2016: 197 y 102-103, respectivamente). En un artículo publicado unos años antes de su obra más importante, Wendt estableció una metáfora antropomórfica, útil para que entendamos su postura: «Yo no tengo interés en explotar a mis amigos, no porque no salga bien la función de costes y beneficios, sino porque son mis amigos» (WENDT, 1992: 415). Así las cosas, la conclusión de Wendt es que los Estados «amigos» (pues, en este paradigma, lo son) no resuelven sus discrepancias mediante el uso de la fuerza, sin perjuicio de que la puedan emplear para derrotar a los que no son «amigos» (WENDT, 1999: 298-299).

Lo anterior se puede explicar de un modo más filosófico y complejo, pero para llegar a la misma conclusión. Como quiera que se trata de un libro académico, nos arriesgaremos a saborear dicho formato, de mayor enjundia, citando directamente al autor analizado, en la confianza de que los párrafos precedentes contribuirán a su comprensión:

Las fronteras cognitivas de uno [*ego*] se amplían hasta abarcar al otro [*alter*]. Hasta el punto de que uno y otro terminan formando parte de una misma 'región cognitiva' [...] siendo sus principales atributos la lealtad, el pensar-como-un-equipo, el bienestar (mutuo) o la solidaridad, además del sentido de comunidad que todo lo impregna y lo hace posible. (WENDT, 1999: 305)

Todo lo cual, nos lleva a alguna pregunta y alguna reflexión.

Siendo así (suponiendo que Wendt tenga razón), por un lado, ¿cómo es que Grecia y Turquía, siendo ambos miembros de la OTAN y por ello (supuestamente) tan «amigos», entran en guerra en 1974?

Y, por otro lado, si todavía es factible que haya grupos de Estados (bloques, si se quiere) «enemigos», susceptibles de entrar en guerra entre ellos, eso significa que, como ya ocurriera con Deutsch, el social constructivismo tiene un techo de cristal, que impide generalizar su propuesta a escala global. ¿No será que, sin la presencia de bloques o Estados antagonistas, ni siquiera sería factible que se generara uno de supuestos «amigos»? Mala cosa, pues eso es lo que en su día afirmaba el neo-realista defensivo Stephen Walt. ¡Cuán cerca están los postulados de Kant del realismo, una vez más! Y, por extensión, qué complicado es que los sueños social constructivistas se conviertan en realidad...

El papel de las instituciones es importante para cambiar los hábitos de los Estados. Entonces... ¿Seguimos en la senda marcada por el institucionalismo liberal? Wendt dice que no. La razón estriba en que las recetas del institucionalismo son, a su entender, demasiado lentas, así como demasiado superficiales. En el fondo, sucede que los institucionalistas confían en las inercias, que dan pie a procesos de corte gradualista, pero sabemos que de impacto más superficial. En cambio, como hemos visto en el caso de Deutsch, los social constructivistas son partidarios de la ingeniería social, necesaria para acelerar los procesos de «selección cultural» llamados a cambiar el mundo, hacia uno dotado de otros valores, que, en este caso, comience siendo más pacífico (WENDT, 1999: 326). Para llegar a buen puerto, Wendt hace una última concesión conceptual al *mainstream* realista-liberal de las relaciones internacionales: admite que hasta los Estados integrados en esas organizaciones internacionales siguen siendo calculadores racionales. Pero, en el último minuto, intenta darle la vuelta a eso... ¿Cuál sería, entonces, la diferencia? Que antes razonaban como Estados y ahora, tras su transformación (léase, tras su construcción alternativa) pasan a hacerlo como grupo (WENDT, 1999: 337).

LA TEORÍA CRÍTICA

Se trata de la aproximación a nuestro objeto de análisis más próxima al marxismo. Cuesta decir marxista, sin más, porque, como resultado de la vergüenza que sienten muchos marxistas actuales, suelen tomar algunas precauciones a la hora de auto-definirse. Como ya ocurriera con el social constructivismo, la apuesta lo es por derrotar a todas las escuelas anteriores, poniéndolas patas arriba. Lo que, en términos académicos, se puede plantear como un «giro epistemológico». Es lo que algunos profesores, expertos en la materia, han catalogado como un «desafío al conjunto de las ciencias sociales» (SANAHUJA, 2016: 180). El matiz, no menor, es que la teoría crítica ubica en el saco de los «malos», que deben ser depurados intelectualmente, al realismo (por supuesto), al institucionalismo (como era de temer), pero también al propio social constructivismo (por si había alguna duda acerca de la radicalidad de la teoría crítica). Sin embargo, de alguna manera, la teoría crítica sigue la senda del social constructivismo. Quizá de una manera exagerada. Me explico: la teoría crítica quiere transformar el mundo (que es lo que ya deseaban los seguidores de Wendt), pero, además, es la que más claramente lo plantea. Lo digo porque se suele presentar a sí misma como una teoría dotada de una fuerte carga normativa, a diferencia de lo que sucede con las escuelas del *mainstream*, más volcadas (o, al menos, esa es su vocación) a la explicación de lo que el mundo es, no tanto a la exposición de lo que el mundo *debería llegar a ser*, según su gusto.

LOS ALBORES DE LA TEORÍA CRÍTICA: LA ESCUELA DE FRANKFURT

Sus orígenes nos ayudarán a comprender mejor esta cuestión. Cabe rastrearlos, al menos, hasta la Escuela de Frankfurt, a partir de los años 50 del siglo xx. Es interesante ver que, como ya sucediera con el realismo y con el liberalismo, esta nueva escuela del ámbito de las relaciones internacionales también tiende puentes con las que dominan el ámbito más general de la ciencia política. El filósofo alemán Jürgen Habermas, uno de los principales representantes de dicha Escuela, está en la base de esta aportación. Sobre todo, a partir de su obra *Ciencia y técnica como ideología* (1968). Si bien, a su vez, Habermas parte de la crítica que Herbert Marcuse –otro conocido marxista de la segunda mitad del siglo xx– le hizo a Max Weber, el padre de las ciencias sociales modernas, unos años antes. Lo que aquí se discute es lo que cabe entender por racionalidad. Nada menos.

En esencia, Marcuse y, luego, Habermas critican que la idea de racionalidad sostenida por Weber es, apenas, una racionalidad instrumental. Esto es, una racionalidad limitada, que ni siquiera se pregunta por los fines a los que sirve. Tan solo sería útil, pues, para identificar la mejor estrategia para alcanzar esos fines, que vienen dados, normalmente, por quien ostenta el poder (HABERMAS, 1986: 54). Así, la teoría crítica se propone escudriñar en esos fines, en quienes los definen y, llegado el caso, también se propone trazar alternativas. Y ni siquiera hay que creer en teorías de la conspiración. Habermas se enfrenta a una de las principales tradiciones de pensamiento occidentales, cual es la del derecho natural.

Él entiende que tal cosa no existe, que es una construcción social. Nótese, en este aspecto, el puente tendido con Deutsch o con Wendt. Como ellos, Habermas no cree que haya verdades inmutables ni eternas (HABERMAS, 1986: 77). Todo depende del contexto o, dicho con otras palabras, de quién mande. Con esta apuesta, se carga de un plumazo a Tucídides, a Hobbes, a Locke, incluso a Kant y, por supuesto, a todos los realistas y a todos los institucionalistas liberales del siglo xx. Que tenga razón o no es harina de otro costal. Pero no se le puede negar su radicalismo ni su valentía teórica.

El testigo de Habermas lo recoge un correligionario suyo, también miembro destacado de la Escuela de Frankfurt: Max Horkheimer. Horkheimer es un tipo muy incómodo, hasta para los suyos. No en vano admite que, en la práctica, el marxismo no cumple sus promesas, llegando a ser un «instrumento de manipulación», especialmente en los países en vías de desarrollo, a los que sobre el papel quería ayudar –o incluso, emancipar– (HORKHEIMER, 2003: 10). Tampoco tiene desperdicio que equipare al régimen de Stalin con el fascismo (lo cual puede parecer hasta evidente, pero no es tan usual que lo admita uno de los principales teóricos marxistas de las últimas décadas) o que termine sus días loando al capitalismo en las páginas de la revista *Der Spiegel* (ANDERSON, 1987: 47). Concretamente, lo he podido verificar en una entrevista de 1970, en la que, además, también ratifica la sensación de que el estalinismo era un «régimen del terror», equiparable al de Hitler.⁴⁴ E incluso podríamos recordar que Horkheimer también echa por tierra, tan anormal en buena teoría política pero tan frecuente en nuestros días, la presunta alianza conceptual entre el marxismo y los nacionalismos. Porque, para el filósofo alemán, eso es un craso error, añadiendo que, más bien, habría que combatir que los movimientos nacionalistas usen *slogans* marxistas» (HORKHEIMER, 2003: 119).

En todo caso, a nivel teórico, Horkheimer riza el rizo habermasiano, para ser más incisivo. A su entender, todo lo que tenemos en mente es producto de un modo de producción contingente (en esta etapa histórica, el capitalismo, claro) que sería el que genera las condiciones sociales, económicas y, al final, mentales (ideológicas, si se prefiere) que nos hacen ser lo que somos, y pensar lo que pensamos. Aflora, claro, la superestructura. Tanto es así, según su criterio, que hasta la ciencia misma

44. Pueden leer la traducción al inglés de la entrevista original en alemán, titulada «What we call 'meaning' will disappear» en <https://determinatenegation.wordpress.com/2016/07/17/translation-of-horkheimers-1970-interview-with-der-spiegel/>

no sería más que un subproducto de esas relaciones de producción. Lejos de cualquier ínfula de objetividad, solamente sería una parte de la ideología dominante. Alude a los científicos como «presuntos» científicos (HORKHEIMER, 2003: 16). Como sus acólitos nos recuerdan, hay que tener en consideración que, para el marxismo, la ideología no es sino una conciencia falsa, que, en vez de acercarnos al conocimiento de la realidad, nos aleja de ella; que lo que usualmente llamamos ciencia es pura mentira y que el marxismo, como era de esperar, sí que se considera a sí mismo como ciencia (*sic*).

En ese sentido, es ideológico, según Horkheimer, todo planteamiento que no asuma la historicidad de los actores y que no acepte que, en vez de soluciones objetivas, lo que tenemos por delante son, si acaso, diferentes formas de subjetividad» (CORNAGO, 2005: 668). Es por eso, y en esos mismos términos, que cabe comprender el cuestionamiento planteado por la teoría crítica a realistas e institucionalistas liberales. Porque ambas serían escuelas (como hemos visto) con pretensiones de objetividad, muy arraigadas en verdades eternas. Sin embargo, para Horkheimer o Habermas son, en el mejor de los casos, inconscientes portadores de una ideología y, en el peor, instrumentos activos y plenamente conscientes al servicio del poder establecido.

Es lo que Horkheimer denomina (siendo peyorativo, en el contexto de su obra) como la *teoría tradicional*. Y es frente a ella que reclama la primacía de la *teoría crítica*. Haciendo tal cosa, Horkheimer está atacando, asimismo, todo el erario intelectual propio de la Ilustración, aunque en su lenguaje, típicamente marxista, pueda llegar a decir que lo está «superando». ⁴⁵

Por lo demás, aquí el lector no debe aspirar a encontrar atisbo alguno de paz. Nada de eso: la teoría crítica llega para transformarlo todo, a sabiendas de que eso implica «el recrudecimiento de la lucha a la que está vinculada» (HORKHEIMER, 2019: 54). En este caso, a escala planetaria. Es lógico: ¿qué tienen que ver el marxismo y el pacifismo? Nada, desde luego. Entonces, paradójicamente, siempre nos quedarán las teorías realistas para darnos herramientas para evitar las guerras. Vivir para ver...

La teoría crítica, como ya sucediera con otras escuelas ya analizadas, no constituye un núcleo completamente homogéneo de autores y obras. Como mínimo, hay que distinguir entre el estructuralismo, capitaneado por Immanuel Wallerstein, que desarrolla su obra en los años 70 y 80 del siglo xx, y las aportaciones de Robert Cox, más bien vinculable al pensamiento de Gramsci, como ya sucediera con el social constructivismo, cuyo trabajo desempeña, sobre todo, en los años 80 del siglo xx. Los analizaremos en sendos apartados.

EL ESTRUCTURALISMO DE WALLERSTEIN

Antes de adentrarnos en el pensamiento de Wallerstein, es preciso entender qué es eso del estructuralismo marxista. Para lo cual, conviene traer a colación algunas reflexiones del propio Marx, expuestas en la tabla 1.7, donde también he destacado en cursiva la frase más importante, a nuestros efectos.

Porque, a ojos de Marx, el estructuralismo demuestra que nuestra conciencia es apenas un reflejo de las relaciones de producción (también conocidas como «base» o «estructura» económica) en las que estamos inmersos. Nuestra mente no puede nada contra la realidad, pero al revés sí es cierto: esa realidad nos constituye. Por consiguiente, por una parte, nuestras opiniones son un subproducto de algo que nos supera; y, por otra parte, solo cambiando la realidad misma (es decir, la estructura de relaciones de producción) podemos aspirar a un mundo nuevo, y/o a un hombre nuevo. En eso, las diferencias con el social constructivismo son claras.

⁴⁵. Eso queda puesto de manifiesto a través de una conocida obra que publica junto a otro miembro de la Escuela de Frankfurt: Theodor Adorno (HORKHEIMER y ADORNO, 1989).

TABLA 1.7. Definición de estructuralismo marxista

<p>Corría el año 1859 cuando, al elaborar el prólogo a su libro <i>Contribución a la crítica de la economía política</i>, Karl Marx propuso una definición clara de ello...</p>	<p>«Los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social [...] <i>No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia</i>».⁴⁶</p>
<p>Según el marxista galo Louis Althusser, el estructuralismo no es solo una interpretación posible de la obra de Marx, sino que se trata de lo que convierte al marxismo en una ciencia. Por lo tanto, es «la» interpretación necesaria si de verdad se quiere considerar el marxismo como una ciencia. Por ello, Althusser distingue un «joven Marx» (no científico) y el «Marx maduro» (que sí lo sería) y esto es importante, para este libro, porque el punto de inflexión entre ambas etapas lo marca, justamente, la obra que acabamos de citar.</p>	

Wallerstein fue un autor prolífico, aunque a nosotros nos incumben, especialmente, dos de sus libros. Uno, más teórico, y muy importante desde un punto de vista conceptual, que es el primero que emplearé para analizar su obra, escrito en 1984 (*The Politics of the World Economy*). Y otro, de corte más descriptivo, publicado en tres tomos, que fue redactado a lo largo de los años 70 del siglo xx (*El moderno sistema mundial*), aunque el último tomo fue terminado y publicado ya muy avanzados los años 80.

Wallerstein también es conocido por ser un teórico de la dependencia. Esta teoría entiende que el final del colonialismo, digamos, formal, no supuso el final de la dependencia económica y política, además de ideológica, de los Estados de la periferia internacional (muchos de ellos recién independizados). Se trata, por lo tanto, de una teoría enfatizadora de las relaciones desiguales establecidas en el seno del sistema internacional, así como de su perpetuación, al margen de sutilezas jurídicas.

Es lo que Wallerstein (1999: 279) da en llamar «imperialismo no colonial» o incluso, para más inri, «imperialismo anticolonial». Fue, en la práctica, una tesis muy arraigada en Latinoamérica, sobre todo a partir de los años 60 del siglo xx. Sin que pueda decirse que las políticas auspiciadas en torno a la misma (como la industrialización por sustitución de importaciones) hayan tenido mucho éxito. Quizá por ello, esta teoría ha dejado de ser protagonista de los debates, si bien versiones más o menos coloquiales de la misma reaparecen periódicamente, cada vez que un Estado de esa periferia trata de marcar distancias con Occidente. Por ejemplo, mientras escribo este libro, estoy viendo las noticias del golpe de Estado de Níger (agosto de 2023), que viene acompañado de un importante apoyo popular, basado, precisamente, en un discurso similar al de la teoría de la dependencia. Los golpistas se parapetan argumentativamente tras la teoría de la dependencia o, al menos, tras sus tópicos fundamentales.

Para el estructuralismo de Wallerstein, siguiendo la ruta trazada por Marx, todo lo que vemos es una cristalización de las relaciones de producción capitalistas: las clases sociales, las naciones y los nacionalismos; el derecho internacional público; las ideas (incluidas las de todas las escuelas de relaciones internacionales que hemos analizado hasta ahora); o los Estados, que en última instancia constituyen la superestructura política e institucional, encargada de proteger lo realmente importante, que es la estructura económica, pero esta vez a escala planetaria.

Todas esas instituciones no son –como algunos podrían llegar a pensar– las causas del capitalismo. Son sus consecuencias (WALLERSTEIN, 1984: 30). De todos esos ingredientes, el más importante es el Estado pues, a través de sus leyes y de sus aparatos coercitivos, blindo y defiende el capitalismo. Asimismo, se genera cierta

46. MARX, Karl. (1980 [1859]): 182; la cursiva es mía.

competencia entre actores, por el botín. De modo que las grandes multinacionales tratan de influir en los Estados, para asegurarse una buena posición en la acumulación de recursos. Por ello, en no pocos casos, llegan a acuerdos con los Estados más poderosos, que las fomentan y/o apoyan con sus leyes, para convertirlas en estiletes de sus políticas.

De todos modos, las multinacionales tienen su propia agenda y no pocas veces son, ellas mismas, las que utilizan las superestructuras estatales en su beneficio. Así, la Compañía Británica de las Indias fue la que realmente accedió en primer lugar al subcontinente indio, construyó su propio ejército, avalado (claro) por quien supuestamente tenía el monopolio de la fuerza weberiano (la Corona británica) y se llevó los beneficios... Hasta que, dadas algunas de las más fieras rebeliones nativas, ya entrado el siglo XIX, esa misma multinacional pide ayuda a las «casacas rojas», que intervienen en fuerza para sofocar esas revueltas. De ese modo, según la teoría marxista, a la que es afín Wallerstein, los beneficios siguen yendo a parar a la multinacional de turno, mientras los costes de alcanzarlos se socializan, pasando a pagarlos los ciudadanos británicos, a través de sus impuestos, a cambio, eso sí, de tener garantizado el suministro de ciertos bienes (en ese caso, no tanto las especias como el algodón, indispensable para la industria textil).

Eso sí, conviene tener en cuenta que, en vez de emplear el concepto marxista «modo de producción», Wallerstein emplea uno de su propia cosecha: «sistema histórico», pero solo para llegar a las mismas conclusiones: nada es inmutable. El capitalismo no es el único modo de producción o sistema histórico. Fue precedido por otros: esclavismo, feudalismo... Simplemente, de unos siglos a esta parte, el dominante es el capitalismo.

TABLA 1.8. Nacimiento y extensión del capitalismo

S. XVI-XVII	Nació no antes del siglo XVI (y más bien en el siglo XVII) en Europa occidental, de la mano del Reino Unido y de Países Bajos, sobre todo.
S. XVIII y XIX	Debido al fenómeno de la colonización fue exportado a América Latina y a África, aun siendo algo extravagante para aquellas gentes. Para terminar alcanzando al viejo imperio otomano y, por supuesto, al subcontinente indio.
S. XIX	Y solo muy al final, en la segunda mitad del siglo XIX, alcanzó también la zona de influencia de la Rusia zarista (WALLERSTEIN, 1999: 179).
Así, el capitalismo se hizo global, de la mano del mundo occidental, y de modo un tanto forzado. Pero la historia no termina aquí...	

Como Marx antes que él, Wallerstein está convencido de que todos los modos de producción o sistemas históricos tienen un principio... y un final. Porque acaban siendo víctimas de sus propias contradicciones (WALLERSTEIN, 1984: 27). En el caso de las relaciones internacionales, aspira a que se produzca una polarización creciente entre los países más ricos y los más pobres, que sería el paso previo para el cambio de modo de producción o sistema histórico.

Siempre según Wallerstein, el capitalismo internacional está herido de muerte y no puede evitar su trágico final: necesita seguir explotando los recursos de la periferia internacional (materias primas y fuentes de energía), pues, si deja de hacerlo, las economías de los Estados más ricos se hundirían. Pero, a su vez, si insisten (y no les queda más remedio que hacerlo) provocarán mayores desigualdades, mayores resentimientos y más conflictividad: tal es el círculo vicioso que rodea al mundo.

Ahora bien, mientras dure, este modo de producción o sistema histórico genera unas determinadas reglas, que aceptan —a falta de alternativas y *pro tempore*— las

demás sociedades. Bien, pero... ¿Quién las genera? Para mostrarlo, nuestro autor trabaja el concepto de hegemonía. La potencia hegemónica tiene ese rol: es siempre un Estado, como era de esperar. El que lidera la economía en cada momento histórico. ¿Qué se entiende por economía? Wallerstein (1984: 39-42) aporta tres ingredientes y los clasifica lógicamente y cronológicamente, estableciendo su secuencia.

Lo primero que siempre aparece es la producción agroindustrial; lo segundo, una vez un Estado es fuerte en ello, si hace las cosas bien, suele convertirse en una potencia comercial;⁴⁷ finalmente, si se sigue ese recorrido, ese Estado puede llegar a convertirse en una potencia financiera con capacidad para financiar a terceros, obteniendo nuevos beneficios a partir de sus éxitos.

Pues bien, un Estado se convierte en la potencia hegemónica durante la etapa histórica en la cual tiene el liderazgo mundial en cada uno de esos tres parámetros. Y pierde esa cualidad cuando algún Estado competidor inicia con éxito esa suerte de círculo virtuoso, desplazándolo de ese liderazgo que siempre comienza por la producción y termina con las finanzas. Mientras eso ocurre, de ese modo, seguimos en el modo de producción o sistema histórico capitalista, aunque cambien los hegemones. Cambian lentamente y no aleatoriamente: «el Estado que gana la carrera por la hegemonía no es el que da más «saltos hacia adelante» [*lops ahead*] política o militarmente, sino el que va mejorando «laboriosamente», paso a paso y a largo plazo, su «competitividad» (WALLERSTEIN, 1984: 19). Esa es la clave. Y tenemos como ejemplo, en el que no pensó Wallerstein, el caso de China, desde la llegada al poder de Deng Xiao Ping, a finales de los años 70 del siglo XX, tras la larga pesadilla maoísta.

Quedan por responder, al menos, dos o tres preguntas. A saber... ¿Quién es el hegemón, en el capitalismo? ¿Cuáles son sus poderes, es decir, ¿qué es capaz de hacer? Y, en su caso, ¿dónde no alcanza su poder? Veámoslo...

Según Wallerstein, a lo largo del ciclo de vida del capitalismo, solamente ha habido tres hegemones:

- los Países Bajos, durante un corto espacio de tiempo (años 60 y 70 del siglo XVII);
- el Reino Unido, desde 1815 (tras la victoria sobre la Francia de Napoleón), que lo es hasta 1880, aproximadamente;
- los EE. UU., a partir de 1945 (tras la victoria sobre las fuerzas del Eje y Japón); aunque añade que, tras la guerra de Vietnam y el abandono del acuerdo de Bretton Woods, los EE. UU. ya habrían iniciado su decadencia (WALLERSTEIN, 2003), hasta el punto de que puede afirmarse que el mundo no tiene ya hegemón.

Nótese, de momento, que todos ellos han sido potencias marítimas. Como también lo era España, su antecesora, aunque en una etapa mercantilista, precapitalista (por eso no suele aparecer en los listados ofrecidos por este autor). Habrá que recordarlo cuando lleguemos al análisis de las principales escuelas de la geopolítica, pensando, especialmente, en la escuela marítima, encabezada por Alfred Mahan, puesto que detectaremos coincidencias importantes entre ambos, pese a sus diferencias ideológicas (Mahan era muy conservador). Pero, por el momento, sigamos acompañando a Wallerstein.

No puedo detenerme en explicar los pormenores de cada hegemonía. Afortunadamente, los casos británico y estadounidense no requieren mayor explicación, pues son muy claros, como puede intuir, incluso, el profano en esta materia. Quizá sí requiera unas pinceladas el caso neerlandés. Lo cierto es que los Países Bajos también tuvieron su compañía de las indias, que llegó a dominar, hasta época muy reciente, a la actual Indonesia y que, en su día, adelantó a los británicos en muchos escenarios: llegaron antes a la actual Sudáfrica, así como a Nueva York que, no en vano, comenzó llamándose Nueva Ámsterdam. Y compitieron con Albión en el control de las costas indias. Todo ello gracias, sobre todo, a su excelsa marina mercante, que era la que ofrecía la mejor relación coste-beneficio en sus portes. Aunque no fue menor la aportación de su marina de guerra que, en el período indicado, fue

47. Lo que implica desde acceder e, incluso, controlar las principales rutas comerciales del mercado mundial, hasta disponer de navieras e infraestructuras de transportes y comunicaciones útiles para ello.

capaz de penetrar, sin apenas oposición, en el estuario del Támesis, permaneciendo allí casi dos semanas, a costa de los buques de guerra y mercantes ingleses. Este ataque fue conocido como el ataque de Medway (junio de 1667).

Dicho lo cual, llaman la atención algunas cosas, no ya del caso neerlandés, sino de la teoría general de Wallerstein. La que más es que, sumando los años de duración del capitalismo, y los años en los que un Estado hegemónico ha ejercido su liderazgo, salen cifras muy distintas: unos 350 años y unos 125 años, aproximadamente. Por lo tanto, durante la mayor parte del tiempo (casi dos tercios), el modo de producción/sistema histórico capitalista... no ha tenido hegemonía. También se pueden extraer otras conclusiones, algo más sutiles (pero no tanto). Y es que, contra el mito vigente, las grandes potencias no se hunden por la vía rápida y, luego de dejar esa posición hegemónica, pueden seguir siendo grandes potencias. El caso británico es ilustrativo (no más que el de los EE. UU.). Teóricamente, los británicos pierden la hegemonía a finales del siglo XIX, cuando capea mal la gran crisis económica finisecular: se ve superado por otras potencias en la producción de acero (Alemania y los EE. UU., en aquellos momentos) y pierde sus primeras batallas importantes por doquier (contra los zulúes y contra los sudaneses). Ahora bien, tras esos hechos, el Imperio británico todavía tuvo un papel relevante en las dos guerras mundiales, contribuyendo a la victoria de los llamados «aliados», en ambos casos. Por consiguiente, si la interpretación de las cosas que hace Wallerstein es cierta, aunque los EE. UU. hayan dejado de ser un auténtico hegemón, todavía les queda inercia para ser un poder muy importante en el escenario global.⁴⁸ De ahí que la tesis de Wallerstein sea perfectamente compatible con la sensación generalizada de que los EE. UU. todavía «mandan»... aunque quizá, no tanto como antes.

Quedan por ver los atributos de la hegemonía. A Wallerstein le gusta hablar de la «hegemonía relativa» (1984: 30 y 39). Esto es, no cree que el hegemón contenga un poder incontestable. Todo es más difuso. El hegemón es, más bien, un *primus inter pares* que, eso sí, concentra importantes atribuciones. Porque influye decisivamente en las decisiones de los demás. Hay que tener en cuenta que el hegemón es quien marca las reglas del juego: el son de la música al que bailan el resto de los actores. En el caso de la etapa capitalista, esa partitura se basa en el fomento del libre comercio. Es un poder, si se quiere, indirecto: el hegemón no reparte dádivas pero, al marcar las cartas de la partida, juega con ventaja.

Máxime cuando esa música la defiende en diferentes niveles: en el nivel jurídico, desde luego, promoviendo sanciones contra quienes obstaculicen esa lógica. Cuando es necesario, crea las organizaciones internacionales (a su servicio) para ello.⁴⁹ Pero también opera en el nivel ideológico, consiguiendo que todo el mundo acepte que esas reglas son las mejores o, lo que es más incisivo, si cabe, creyendo que se trata de las únicas posibles.

No es una mera teoría. En nuestros días, a diferencia de lo que pasaba décadas o siglos atrás, el proteccionismo está mal visto. Porque es visto como un *remake* del viejo mercantilismo, contra el que en su día se levantó el nuevo capitalismo libre-cambista. Y, de este modo, hasta las economías más débiles se conforman con ser (o tratar de ser) competitivas, frente a las más fuertes, en el marco de la globalización económica. A esta capacidad de regir los destinos de los demás, en función de los intereses del hegemón, nuestro autor la llama «imperio informal» (WALLERSTEIN, 1999: 279). Como quiera que es el emperador (emperador, ciertamente, más que monarca absoluto, si seguimos la lógica de Wallerstein), puede –además– conculcar sus propios principios, si es perentorio.

Por eso, aunque los EE. UU. piden a los demás que se adhieran al liberalismo económico, ellos mismos tienen tentaciones proteccionistas (muy evidentes en el mandato de Trump). Pero no se trata de un mero impulso ideológico, como lo demuestra la «guerra de los microchips» que Biden ha declarado a China. Es algo estructural y, por eso, forma parte del juego.

48. Si bien, –añadimos por nuestra cuenta– su salida precipitada de Afganistán no es un buen síntoma. Como tampoco lo es el modo en el que terminó su fallido proyecto en Irak, poco antes de eso. Todo ello suena demasiado a las citadas derrotas británicas contra zulúes y sudaneses. O peor, porque el imperio británico se rehízo, mientras que los talibanes han pactado con Rusia y el chiísmo domina en Irak.

49. Pensemos en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y sus políticas. Asimismo, a nivel más sectorial, en la Unión Europea (UE), heredera del Mercado Común, tan ligado en sus albores a los planes Marshall, auspiciados, claro, desde Washington.

Del mismo modo, hace 300 años, el muy liberal imperio británico llegó a aprobar leyes restrictivas del libre comercio (como la *Navigation Act*) que, en su momento, fueron elogiadas hasta por... ¡Adam Smith! ¿La razón? Hundir la economía neerlandesa, para de ese modo ocupar su puesto como nuevo hegemon. Por su parte, la idea de Trump (o la de Biden) es evitar que el aspirante a nuevo hegemon (China) se salga con la suya. Esta, digamos, irregularidad (o falta de coherencia) queda integrada en la teoría de nuestro autor, que apunta que la defensa del paradigma libre-cambista siempre se ha ejercido «sin dogmatismos» ni «exageraciones», por parte de las potencias hegemónicas en el mundo capitalista (WALLERSTEIN, 1984: 41). Hay un refrán que lo expone bien, y permítaseme el coloquialismo, porque cierra bien esta explicación: «consejos te daré, que para mí no tengo». Pues eso...

Tras este recorrido, bastante detallado, por la obra de Immanuel Wallerstein, solamente nos faltaría comprender de qué modo, más concreto, un hegemon llega a serlo. Es decir, de qué manera alcanza el liderazgo primigenio (recordemos, en la producción agroindustrial). Para ilustrarlo, nuestro autor retrata el caso de la competición por la hegemonía suscitada entre el Reino Unido y Francia, en el largo recorrido que va desde los años 30 del siglo XVIII hasta la solución del entuerto (en beneficio, como sabemos, del Reino Unido, hacia 1815). Y lo hace asumiendo que las competiciones similares que se puedan dar en la actualidad, o en el futuro, necesariamente tendrán un cariz similar. Entonces, ¿de qué tipo de pugna estamos hablando?

Lo más interesante es constatar que, hacia 1730, ambos Estados estaban en situación de empate técnico. Habían hecho los deberes, en todos los parámetros relevantes. Según los datos que maneja Wallerstein, Francia llevaba, incluso, una pequeña delantera en lo que se refiere a la producción agroindustrial, llegando a ser, en aquella década del siglo XVIII, la primera potencia industrial del mundo, aunque seguida de cerca por el Reino Unido (WALLERSTEIN, 1999: 42). Lo que variaba eran las materias primas empleadas: Francia tiraba más de la lana que del algodón, y más de la madera que del carbón. Por otro lado, los británicos tenían un problema adicional: la inflación. Efectivamente, sus productos eran, por lo general, más caros que los fabricados en Francia.

En otros campos, también estaban a la par. Ambos Estados habían puesto en marcha las reformas agrarias necesarias para concentrar tierras y, de ese modo, incrementar su productividad. Demográficamente, ambos tenían un buen potencial, ya que habían pasado por la revolución demográfica de la época, merced a una mejora en la alimentación y la medicina y a una disminución de la mortalidad infantil. Aun así, como ya sucediera en el caso de la producción agroindustrial, Francia iba un poco por delante del Reino Unido, pues alcanzó los 24 millones de habitantes hacia 1750, mientras que el Reino Unido alcanzó los 15 millones algo más tarde. Por último, hay un elemento, bien que superestructural, a tener en cuenta: el factor ideológico.

Para que el capitalismo se desarrolle, siempre es mejor contar con intelectuales que lo avalen. Es verdad que el Reino Unido contaba con Adam Smith o, si se prefiere, con la ilustración escocesa en pleno (Ferguson, Hume...) como apóstoles del libre mercado. Pero Francia contaba con los más radicales defensores de este modelo, con Quesnay y Turgot a la cabeza (o, si se prefiere, con la escuela de los fisiócratas en pleno). En resumen, aunque ambos Estados tenían sus opciones de ganar esa carrera por la hegemonía, Francia parecía estar ligeramente por delante... poco menos de un siglo antes de que... se consumara el éxito británico. Razón de más, pues, para preguntarnos cómo se logró ese hito, esto es, qué habría que hacer en el futuro para alcanzar éxitos similares o, si se quiere, qué estarán haciendo en nuestros días las potencias que compiten por la hegemonía.

Para Wallerstein, lo que demuestra ese estudio de caso es que lo más importante es asegurarse los principales mercados. Para empezar los de fuentes de energía y materias primas, a buen precio.⁵⁰ Asimismo, conviene asegurar la venta de los productos manufacturados a partir de esos recursos primarios. Asegurar implica: capa-

50. Ayer: carbón y madera, además de lana o algodón; hoy: hidrocarburos y tierras raras.

ciudad para defender las rutas más importantes del comercio internacional, e incluso para disponer de facilidades en los puntos clave de las mismas, como son los *choke-points*. Además, cuando hay una competencia por la hegemonía, como fue el caso, se plantea un «juego de suma cero» entre los contendientes. Así, es muy importante quién llega primero y quién se establece antes. No es un juego de niños: en un momento decisivo de esa competencia, Francia apoyó con mucho dinero a las trece colonias británicas de América del Norte para que, al independizarse, quedara dañado el potencial del Reino Unido. ¿Salió bien?

No mucho. Porque estamos hablando de una competencia económica y eso les costó mucho dinero a los galos, hasta vaciar sus arcas, lo que, unido a tres años consecutivos de malas cosechas y al consiguiente encarecimiento del pan (sin que las vacías arcas públicas del último rey lo pudieran mitigar), terminó provocando la Revolución Francesa. En cambio, el Reino Unido se hizo, en esas mismas fechas, con el control del Quebec y de todo el Canadá, sin empeñar tanto en ello. Con esta jugada tenía garantizada la madera, en grandes cantidades, que ya la iba a sacar de sus excolonias y, además, arrebató territorios a su competidor francés.

La competición por otros mercados también fue feroz. Francia tenía sus propias estaciones en las costas de la India, pero fue derrotada por las tropas británicas en la batalla de Wandiwash (1760).⁵¹ A partir de ahí, los británicos se aprestaron a controlar el mercado indio, no solo como proveedor de algodón, sino también como receptor de los textiles producidos en las fábricas del Reino Unido. Para ello, como quiera que en el territorio de los actuales India, Pakistán, Bangladesh y Sri Lanka (Ceilán) había una notable industria textil local, lo primero que hicieron es desmantelarla. No se trata de destruir nada a mamporros. Eso se logró estableciendo aranceles a los productos indios elaborados (pero no así al algodón) que trataban de entrar en la metrópolis, mientras se subvencionaban los manufacturados británicos, para que fueran asequibles en otros países. De esta manera, a mediados del siglo XIX las manufacturas nativas habían dejado, virtualmente, de existir (WALLERSTEIN, 1999: 208-209), salvo para la fabricación de productos de lujo⁵² en muy pequeñas cantidades, mientras los productos anglo-escoceses inundaban el mercado asiático.

Finalmente, el Reino Unido logró establecer una impresionante red de bases navales por todo el mundo, que le permitía controlar los *choke-points* más importantes, no solamente para proteger sus propias importaciones y exportaciones sino también, si era necesario, para entorpecer las francesas: estrecho de Malaca (Singapur y Borneo); estrecho de Bab-el-Mandeb (Adén) y, tan pronto estuvo operativo, el canal de Suez (Alejandría), además de, claro está, el estrecho de Gibraltar y, por si acaso, incluso la ruta del Cabo de Buena Esperanza (Simonstown, en Ciudad del Cabo), que permitía transportar el carbón, el mineral de hierro y la lana procedentes de Australia (otro de sus dominios). Y así, sucesivamente... Además, como el canal de Panamá todavía no estaba abierto, el comercio con el Pacífico discurría por ferrocarril, a lo ancho de los territorios británicos del Canadá, dejando a Francia en fuera de juego, con la miel en los labios, con algunas posesiones, en todo caso menos productivas que las británicas (sobre todo en la muy desértica Argelia, en el África Occidental y en la isla de Santo Domingo), pero sin dinero.

¿Cómo concluye esta carrera? Lo expongo, porque explica a la perfección qué es ostentar la hegemonía. Ya en 1793, Francia tuvo que aceptar un tratado económico muy desigual (conocido como el tratado de Eden) por el cual acepta que entren en sus puertos productos anglo-escoceses (sobre todo, los fabricados con ese algodón procedente del subcontinente indio) así como trabajadores cualificados británicos, mientras el mercado británico continuaba cerrado para ella. Tuvo que aceptarlo porque la economía gala estaba tan hundida que, de ese modo, al menos, se lograba que algunas de las demandas de sus consumidores fueran satisfechas. Fue la primera señal evidente de que había perdido esa carrera y de que estaba a merced de su competidor. En esa época ya era irrelevante que Francia tuviera algo más pobla-

51. Esta batalla, al quedar enmarcada en la más general guerra de los Siete Años, suele pasar bastante desapercibida, salvo para la atenta mirada de historiadores muy especializados.

52. Agradables, por su exotismo, a las elites anglosajonas del momento.

ción que el Reino Unido, porque los británicos trabajaban con un mercado de más de 200 millones de consumidores de sus productos, repartidos por todo el orbe (WALLERSTEIN, 1999: 160-161). Lo cual es una barbaridad para principios del siglo XIX.

Luego, Napoleón perdió la guerra contra varias potencias, entre las que estaba, de modo destacado, el Reino Unido. En ese aspecto, 1815 es el año clave. Sí, lo es para las efemérides. Ahora bien, en buena lógica estructuralista, y dada la primacía que siempre concede esta teoría a la economía (a las relaciones de producción) como factor causal, es incorrecto decir que Francia pierde sus opciones debido a la derrota de Napoleón. Lo correcto es afirmar, por el contrario, que Napoleón pierde su guerra porque Francia estaba perdiendo la carrera por la hegemonía. Siendo este un buen colofón a la exposición de las tesis del estructuralismo de Wallerstein. Porque, aunque por momentos pueda dar la impresión de que sus argumentos son bastante parecidos a los que son propios del realismo, en verdad, varía la relación causal. Ambas escuelas huyen del idealismo. En eso coinciden. Pero el realismo sitúa a la política como variable explicativa, siendo la economía auxiliar de la primera, mientras que el estructuralismo marxista ubica a la economía como variable explicativa, siendo la política un mero subproducto de la primera.

EL NEOGRAMSCIANISMO DE COX

Robert Cox es un economista y politólogo canadiense. Es, asimismo, una de las últimas espadas de la teoría crítica, habiendo elaborado su obra, sobre todo, a finales del siglo XX. Sin embargo, no se encuentra cómodo con el estructuralismo. Aduce, para justificarlo, que el marxismo no constituye una única corriente de pensamiento (Cox, 2013: 138). Muy bien, seguro que es así. El caso es que, quizá para justificarse, Cox lanza algunas andanadas contra el estructuralismo marxista. A Cox no le interesa aceptar lo dicho en el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859. Althusser había dejado dicho que ése es el marxismo auténticamente científico. Sí, pero... ¿A qué precio? ¿Qué trasfondo tiene el estructuralismo?

En palabras de uno de los más reputados historiadores del marxismo, con el que congenia... el estructuralismo significa negar «todas las concepciones de los hombres y de las clases como sujetos conscientes de la historia», para afirmar que apenas son «soportes involuntarios de relaciones sociales» (ANDERSON, 1987: 82-83). No hay escapatoria: no somos dueños de nuestra voluntad, ni de nuestras opiniones, si el estructuralismo es cierto. Tanto es así que otros expertos han manifestado que ese estructuralismo nos conmina a pensar en la historia como si se tratara de un «proceso sin sujeto» (SANAHUJA, 2016: 170). Y, para rematar la faena, valgan las palabras, durísimas, de otro gran experto, que llega a calificar al estructuralismo de «antihumanista» (KRATOCHWIL, 2007: 29).

Entonces, aunque Cox se dedique a puentear a los estructuralistas, sí que conecta con las pretensiones originales de la Escuela de Frankfurt. Cambia algún vocablo, pero siguiendo las mismas premisas. De esta manera, mientras Horkheimer oponía la *teoría tradicional* a la *teoría crítica*, Cox hace lo propio entre la más limitada *teoría para la solución de problemas*⁵³ y la *teoría crítica* (en este caso mantiene el nombre). No es muy novedosa su conclusión, llegados a este punto, ya que hemos asimilado, por el camino, el sentido de la teoría crítica. Pero tampoco cuesta mucho reforzarla, atendiendo a las concretas palabras escritas por Cox (2013: 133):

Una teoría es crítica si, y solo si, se distancia del orden imperante del mundo y cuestiona cómo surgió ese orden.

Tras tantos aspavientos contra el estructuralismo, uno descubre que, al fin y al cabo, de casta le viene al galgo y que Cox, como buen marxista, no puede abando-

53. En inglés, *problem-solving theory*, equivalente a la teoría tradicional, que —no lo olvidemos— se asentaba sobre una racionalidad weberiana, meramente instrumental.

nar tan fácilmente ni la jerga ni los conceptos auspiciados por Marx... incluso en la interpretación favorita de Althusser. Oficialmente, Cox (2013: 140) aboga por el materialismo histórico y dialéctico que, desde luego, no se oponen por sí mismos al estructuralismo. De hecho, abunda en la idea de que todo debe plantearse con base en la relación entre estructura (la esfera, como ya sabemos, de las relaciones de producción) y la superestructura (integradora del ámbito de las ideas y de la política). Y llega a definir su propuesta analítica como «estructura histórica» (Cox, 1987: 4). Puestos a buscar una diferencia entre el enfoque de Wallerstein y el de Cox, valga decir que el segundo, más cerca de Gramsci, defiende la existencia de cierta dosis de autonomía de dicha superestructura. Eso sería lo que le distancia de la trama marxista-althusseriana, en definitiva. Eso, además, le permite alejarse de la supuesta ahistoricidad que también acostumbra a engrosar las críticas recibidas por el estructuralismo, para defender, por el contrario, una imagen del mundo más apegada a cada momento histórico y sus vicisitudes. En todo caso, dando un último bandazo, todavía es capaz de añadir que Gramsci le vale, sí, pero que solamente asume la obra del italiano a modo de fuente de inspiración, sin que sea su pretensión la de hacer una exégesis de esta (Cox, 1987: 508-409).

Esa estructura histórica, que es el núcleo fundamental de su marco teórico, estaría formada por un conjunto de «prácticas sociales persistentes» (Cox, 1987: 4), si bien le da el típico toque marxista porque seguidamente puntualiza que esas prácticas son la «imagen de una configuración particular de fuerzas» que, a su vez, «perpetúan» y «estabilizan» un «orden social» (Cox, 2013: 143). Ese orden (global, en este caso) llamado a ser derrocado, por los medios que sea, por los acólitos del marxismo. Al rellenarlas de contenido, señala que esas prácticas sociales incluyen:

- capacidades materiales o poder (tecnología, bienes industriales, armamento),
- ideas (significados intersubjetivos e imágenes y hábitos colectivos) e
- instituciones (las que condensan las ideas, del modo más aceptable para las relaciones de poder).

A partir de ahí, Cox (2013: 147) establece una definición de hegemonía, más en línea con Gramsci que con Wallerstein, como era de esperar: sería la confluencia de «poder, ideas e instituciones». No solamente el poder (material), pues si algo caracteriza la obra de Gramsci, dado su elevado tono superestructural, es la preeminencia del consentimiento sobre la coerción, aunque sea un consentimiento engañoso e interesado, forjado por y desde el poder establecido. Cox alcanza ese punto, aunque nunca se desembaraza por completo de una causalidad generada por y desde las «estructuras de las relaciones de producción» (Cox, 1987: 1). Nada que reprochar, desde el punto de vista de su coherencia: eres marxista o no lo eres. Si él quiere serlo, es lo que hay. El único reproche es su tentativa de parecer otra cosa, en algún momento, distanciándose del estructuralismo... sin lograrlo por completo.

Al final... ¿Qué aporta? Sin duda, la retroalimentación de la estructura por la superestructura. Es decir, el análisis del papel del Estado, de los partidos y de las burocracias como vehículos de la «conciencia de clase» e intermediarios en el impulso y el mantenimiento de esa estructura de relaciones de producción (Cox, 1987: 5). Entendámoslo bien: Cox no pretende –pues sería poco marxista– que el Estado cree la estructura económica. Lo que dice es que, una vez surgida, la superestructura de la que el Estado forma parte destacada tiene un papel relevante a la hora de garantizar la reproducción de esa misma estructura (esto es, su continuidad en el tiempo), precisamente, a partir del establecimiento de la hegemonía. Y, de ese modo, se cierra el círculo. Si bien, en este caso, siendo así, la novedad aportada por Cox es muy relativa.

Aquí llega una de las principales lecciones que Cox pretende ofrecernos en el ámbito internacional: nada menos que el origen del imperialismo. La crónica, en resumen, se expone en la tabla 1.9.

TABLA 1.9. Crónica del origen del imperialismo (Cox, 1987: 153-158)

1	En países como el Reino Unido, la industrialización decimonónica generó una nueva clase social: el proletariado. Con ello, cristaliza una nueva estructura de relaciones de producción, caracterizada por la dialéctica entre burguesía y proletariado.
2	Ese proletariado vive con salarios de subsistencia. Solo hay que ver la escasa esperanza de vida del mismo en la «Inglaterra manchesteriana», a mediados del siglo XIX.
3	La competencia internacional era feroz, máxime cuando, hacia 1893, el Reino Unido fue definitivamente superado por Alemania y poco después por los EE. UU. en la producción de acero.
4	No había muchas soluciones: ser competitivo podía venir de la mano de una reducción de salarios, pero, dadas las circunstancias, eso ya no era posible.
5	Los Estados que competían optaron por la salida más fácil, que no necesariamente mejor: el proteccionismo. De ese modo, impedían que entraran en cada país los productos más baratos de los competidores. Fue la última gran oleada proteccionista que en Alemania fue teorizada por List y en el Reino Unido fue seguida, sin aspavientos, por Chamberlain.
6	Con este movimiento, las cartas estaban marcadas: con las fronteras de las principales potencias de la época virtualmente cerradas, solo había un modo de conseguir comprar barato... tirar de sus respectivos dominios de ultramar: los imperios.
7	Con el imperialismo en marcha, las economías de las potencias europeas vuelven a sonreír y, lo que es tan interesante o más que eso, también lo hace el proletariado, que, en parte, emigrará a esas mismas colonias para ganar más y, en parte, quienes se queden en la metrópolis verán como sus salarios, hasta ese momento estancados, se mueven al alza; e incluso verán cómo, con los nuevos ingresos, se atisba el estado del bienestar o <i>Welfare State</i> .
8	Así, la superestructura, liderada por el Estado, construye una narrativa nacionalista mucho más vigorosa que las lealtades anteriores (más bien dinásticas y personalistas).
9	De este modo, complejo pero explicable, como hemos visto en varios pasos, el proletariado, que pocos años antes padecía hambre y enfermedades, pasa a ser un apoyo importante para la nueva forma de Estado, que Cox califica como «nacionalista-del-bienestar», no exenta de pulsiones racistas, en aquel entonces, ampliamente compartidas por derechas e izquierdas políticas.
10	Y así se resuelven muchas tensiones de un plumazo. Por una parte, los escoceses (por citar un ejemplo) se benefician del Imperio; los catalanes (otro caso interesante) pasan a ser los máximos avaladores del esclavismo (mucho más que el propio Estado español, que pugnaba con ellos por suprimirlo), sobre todo en Cuba y Puerto Rico, que es lo que quedaba del viejo imperio a finales del siglo XIX. Sea como fuere, no hay tensiones independentistas en ninguno de esos países. Por otra parte, la clase obrera no se manifestará nunca por los supuestos derechos de los pueblos indígenas, sino que, más bien, se aprestará a recoger los réditos de su explotación, cuando no a participar directamente en la misma. Algo que puede resultar sorprendente a los más cándidos, pero que ha sido explícitamente ratificado por algunos de los intelectuales que más y mejor han trabajado el imperialismo (ARENDRT, 2017: 246).
<p>¿Qué es lo más importante de todo lo dicho, según Cox? Que la aparición de una nueva clase social (el proletariado urbano) genera, a través de los pasos que sean, un nuevo orden mundial, basado en el imperialismo (COX, 2013: 144-149). Mientras que los Estados, no tanto como actores y sí más como intermediarios, se encargan de fomentar las nuevas ideas e instituciones nacionalistas necesarias para consolidar el apoyo de su proletariado.</p>	

Es interesante el esfuerzo desplegado por Robert Cox para denunciar los excesos del modo de producción/estructura histórica dominante. Típico del marxismo. También lo es, pero por motivos opuestos (aunque también típicos del marxismo), su dificultad para ofrecer una alternativa verosímil a ese capitalismo. En todo caso, él lo intenta. Su anclaje en el marxismo estructuralista se debilita, en este punto, de modo que no es capaz de ofrecer una explicación razonable acerca de cómo puede llegar la crisis del capitalismo, a partir de la aparición de nuevas contradicciones internas u otras condiciones objetivas.

En cambio, como contrapartida, se acerca más al programa de Gramsci, de corte superestructural. Según alguno de los intérpretes de su obra, Cox se ubica, intencionadamente, en la «esfera ideacional del orden social» (SANAHUJA, 2016: 168). Como Gramsci, piensa que «los hombres hacen la historia a la vez que son producto de ella» (BETANCOURT, 1990: 113). Y ahí hallamos alguna sorpresa, aunque relativa, si atendemos a la evolución del marxismo a lo largo de las últimas décadas: Cox ya ni siquiera se fía de la clase obrera. Muy bien, pero, en ese caso... ¿Quién va a liderar la revolución pendiente? La respuesta es, al menos, original: una «no-clase-de-no-asalariados» (Cox, 1987: 353).

¿Qué es eso? Esta pregunta es insoslayable. Respuesta: Cox deposita sus esperanzas en un heterogéneo grupo de actores, entre los cuales habría medioambientalistas, pacifistas, sindicalistas, pueblos indígenas, mujeres (no dice feministas), miembros de comunidades religiosas, etc. En fin, no es fácil, huelga decirlo, poner de acuerdo a toda esa amalgama de gente. Por ejemplo, es muy complicado poner de acuerdo a un sindicalista y a un medioambientalista, por razones obvias. Todo lo cual sugiere que Cox trabaja, llegados a este punto, un tanto a la desesperada.

Hay varios problemas: ¿Cox ha pedido permiso a todos esos colectivos para utilizarlos como punta de lanza de un cambio profundo, quizá violento, a escala planetaria? ¿En qué se supone que va a consistir ese cambio, además de en abstracciones vacías de contenido, como llegar al paraíso en la Tierra? ¿Piensa Cox, en serio, que aceptarán la erradicación de todo atisbo de propiedad, en los términos que postulaba Marx? ¿Es para eso que luchan los sindicalistas, los pueblos indígenas o las mujeres? ¿En serio? Además, suponiendo que eso estuviera definido, que no lo está, ¿qué une a toda esa gente? ¿Cuál sería el nexo de unión, cada vez que haya que construir algo en positivo?

Cox pretende erosionar el poder establecido, gracias a un modelo *top-down*, contando con la labor crítica de las elites universitarias (a las que tampoco ha pedido permiso) contra instituciones como el Fondo Monetario Internacional. Pero también, sobre todo, directamente, contra el papel de los EE. UU. como líder del orden vigente. Ahí arranca una tentativa de repescar a los pueblos indígenas y a otros colectivos desfavorecidos, apoyándose en un sistema educativo que pasaría a ser la primera trinchera de esta batalla de las ideas (en realidad, batalla por la hegemonía), así como en los medios de comunicación. Todo muy gramsciano, y muy difuso, cuando llega la hora de la verdad.

CAPÍTULO 2

LA GEOPOLÍTICA

ANTECEDENTES, OBJETIVOS Y UBICACIÓN EN EL ÁMBITO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Disciplina reciente donde las haya, los primeros pasos de la geopolítica se pueden apreciar a lo largo de la última década del siglo XIX. Ello sin perjuicio, por supuesto, de que podamos rastrear sus huellas, siquiera sea a modo de intuiciones, bastante más allá en el tiempo. Pinceladas las habría en las obras de Aristóteles y de Estrabón (LINN, 1961: 34). Pero no desarrollaron una auténtica teoría al respecto. Hubo, de hecho, una segunda oleada, al albur de la Ilustración francesa, de la mano de Montesquieu, a quien también hemos visto desfilar en el bloque de este libro dedicado a las relaciones internacionales (GOTTMANN, 1942: 198). En este caso, la intuición deriva de un argumento, ya citado en el bloque de relaciones internacionales, que el lector recordará: la apelación al «clima» como condicionante del quehacer de los Estados e, incluso, antes de eso, del tipo de régimen que les es más adecuado a sus circunstancias. Incluso puedo añadir, por mi cuenta, un librito de Turgot, cuya primera edición es de 1751: poco después de que Montesquieu ofreciera su visión de las cosas, Turgot señala que habría que explorar en la geografía la mejor explicación de la distribución de las diferentes comunidades humanas a lo largo y ancho del globo. También, añade, habría que entender el papel de las comunicaciones marítimas, fluviales o terrestres en el comercio y, con ello, su influencia en la constitución de cada sociedad (TURGOT, 1913: 327).

Volviendo al momento fundacional de finales del siglo XIX, cuando Ratzel se propone iniciar su andadura, pone en el epicentro del debate a la geografía. Pero no de cualquier manera. De hecho, se orienta hacia una rama de la ciencia que él mismo define como «biogeografía» (RATZEL, 2018: 599). Y eso es así porque muchos de sus trabajos son, en realidad, etnográficos. Esa deriva continuó luego en los clásicos de la geopolítica, que vendrán después de él. Pero ya nos sirve para entender, desde el primer momento, que cuando un experto en geopolítica habla de ella, no se limita a las montañas, los océanos o los ríos. No. Su idea de la geopolítica suele integrar (lo comprobaremos, caso por caso, en las páginas siguientes) lo que podría denominarse geografía humana o, también, claro, lo que suele denominarse geografía económica o, simplemente, geoeconomía.

Para Ratzel, lo importante es entender las dinámicas sociales, así como la existencia y la preservación de las principales instituciones, a la luz de la geografía. Pero siempre apuntando a ese sentido lato de la expresión. Así, en una de sus investigaciones, analiza los formatos de la familia, como institución social. Busca esa evolución en diversos continentes, pero para llegar a la conclusión de que ha sido

similar en todas partes: los clanes y su evolución hacia una sociedad patriarcal se han visto en el Viejo Mundo, en América y en Australia, señala, siguiendo los mismos patrones (RATZEL y CHURCHILL, 1897: 124). De lo cual deduce un postulado abiertamente antirracista: esa común evolución, por doquier, sería una magnífica prueba de que todos los pueblos son miembros de una única raza humana (RATZEL, 1911, I: 9). Lo cual no era tan fácil de afirmar pues, cuando lo escribe, el darwinismo cotiza al alza y el racismo, por cierto, también.

Otra de sus aportaciones tiene que ver con el modo en que la geografía y la geoeconomía (recordémoslo) han sido los factores que más han condicionado a los Estados, más allá de la ideología de sus gobernantes. Por ejemplo, la explicación de que el Reino Unido surque los mares para acabar generando un imperio talasocrático sería puramente geopolítica, en el sentido de Ratzel: al ser una isla, le faltan tierras para alimentar a sus pobladores. Pero hay más: al ser una isla rica en fértiles tierras para pastos, la agricultura todavía tenía más limitaciones (RATZEL, 1911, II: 15). Esto, que puede parecer hasta banal, es de la máxima relevancia para entender algunas de las más importantes dinámicas geopolíticas actuales. Pondré un ejemplo, de mi cosecha, que Ratzel no pudo conocer, por evidentes motivos cronológicos, pero que validan su hipótesis *ex post factum*.

TABLA 2.1. El caso del Sahel

Pensemos en la actual conflictividad en el Sahel, a la sazón, una de las regiones más inestables del mundo.

Pues bien, lo que sucede es que, aunque no es una isla, el cambio climático lo está afectando mucho, se reducen las tierras hábiles para el cultivo y, además, por tradición, esas escasas tierras suelen ser aprovechadas por las tribus locales de pastores, en detrimento de las de agricultores, que ven como al cambio climático se le une esta circunstancia para imposibilitarles su labor.

Todo lo cual favorece:

- la salida de inmigrantes hacia otros países, por mar o por tierra;
- la cooptación de unos u otros por grupos terroristas yihadistas y/o por el crimen organizado (en este caso, vinculado al tráfico de cocaína procedente de América).

Y, como consecuencia de ese caos, surge la vigente disputa entre Francia (ex potencia colonial de la zona) y Rusia (normalmente a través del grupo Wagner) para aprovechar ese desgobierno y hacerse con el control de esos países.

Los problemas de británicos, en su día, y de malienses, nigerinos y chadianos en nuestros días son, pues, muy similares, pese a las distancias espaciotemporales existentes entre ambos supuestos. Las soluciones también lo serán habida cuenta de que los sahelianos difícilmente podrán construir un imperio, haciendo de la necesidad, virtud.

Pero lo que Ratzel nos quiere mostrar es que en la base de todas las explicaciones siempre está la geografía. Y que lo de menos es el color de la piel o el programa de gobierno de cada uno, cosa que, a lo sumo será, a su vez, una respuesta (más o menos acertada) a esos imperativos geográficos.

Como síntesis de todo ello, Ratzel está convencido de que la geografía «moldea» la historia. Esto es así porque la geografía «dirige los pensamientos» del ser humano, «agudiza su ingenio» y, al final, «penetra en su mente y en su alma» (RATZEL, 1911, II: 1). Ahora conviene recordar, para cerrar la explicación de las tesis de Ratzel, lo que decía Waltz, desde la atalaya de las relaciones internacionales. Decía que el sistema político mundial tenía su propia «ley de la gravedad», que era el equilibrio de poder. Ya, pues Ratzel está de acuerdo en que hay una «ley de la gravedad» que rige los designios de los Estados, pero no se halla en el sistema político mundial, sino en la geografía, y la llama, un tanto ampulosamente *the law of resolutions of forces*

(RATZEL, 1911, II: 14). Sea como fuere, lo he traído a colación para mostrar la diferente ubicación de la variable explicativa de la conducta de los Estados, no tanto entre Waltz y Ratzel (que también, de paso) como entre la disciplina de las relaciones internacionales y la disciplina de la geopolítica.

El sucesor de Ratzel fue Klaus Haushofer, otro alemán, pero esta vez envuelto de polémica, a su pesar. Esa polémica deriva de que se le ha asociado con el nazismo, lo cual, de rebote, ha generado una mala prensa capaz de contagiar a toda la geopolítica como disciplina. Se culpa a Haushofer de haber influido a Hitler con sus teorías. Sobre todo, a partir de la teoría del *Lebensraum* o espacio vital, que Hitler ya cita en los años 20, en el *Mein Kampf*. Es verdad que, en la óptica de Haushofer, la geopolítica sigue la lógica de la biología y de sus dinámicas evolutivas: el Estado sería, pues, un organismo vivo, que compite con otros Estados por el espacio necesario para vivir. Entonces, como apunta uno de sus críticos: «Al conceptualizar el proceso político de esta forma, Haushofer perpetuó la biologización de las relaciones internacionales iniciada por Ratzel» (Ó TUATHAIL, 1996: 47). De acuerdo con este planteamiento, si un país tiene un déficit de recursos para alimentar a su población, o para conseguir los recursos necesarios para que su economía crezca, puede invadir el territorio de países vecinos que dispongan de esos recursos. Así, en el *Mein Kampf*, Hitler aboga por invadir Polonia y Ucrania (entonces parte de la URSS) para tener acceso a cereales y para tener la vía expedita hacia el petróleo del Cáucaso.

Pero todo esto responde a una larga serie de verdades a medias. Para empezar, a Hitler no le hacía ninguna falta Haushofer, ya que la teoría del *Lebensraum* ya venía, ciertamente, de la obra de Ratzel (RATZEL, 2018: 60). Sin que, por otro lado, la importancia del espacio vital invitara a Ratzel a postular la invasión militar de ningún país (dicho sea de paso). Pero lo más interesante del caso es que tampoco lo propuso Haushofer, que era más partidario de acercar posturas con Rusia (eso sí) de un modo pacífico (a mayores). Nada que ver con lo que hizo Hitler en junio de 1941 y sí más, por cierto, con el famoso pacto Molotov-Ribbentrop, que Hitler hizo saltar por los aires debido a dicha invasión.

La operación de denigración de Haushofer lo era, probablemente, de denigración de la geopolítica como disciplina. Es la tiranía de los políticamente correctos que, como casi siempre, mienten más que hablan. Lo expondré rápidamente: en 1944, un tipo llamado Derwent Whittlesay escribió un artículo pensado para hundir en la miseria a Haushofer y su legado. Habló de que Haushofer creó una gran institución (el Instituto de Geopolítica de Munich) en la que trabajaban más de mil personas, entre científicos, técnicos y hasta espías, siempre como peones de Hitler (WHITTLESAY, 1944: 389). Otros artículos, posteriores, demostraron que todo eso era... ¡falso! (MURPHY, 2014: 2-8). Haushofer murió en 1946, envenenado, no se sabe con certeza si porque se suicidó, o porque fue asesinado por los servicios secretos de alguna de las potencias vencedoras. Es sintomático de lo sucedido que fue absuelto de toda culpa en los juicios de Nuremberg, a pesar de lo cual, los vencedores lo despojaron de todos sus bienes y lograron que lo expulsaran de la Universidad, condenándolo, extrajudicialmente, a la indigencia. Había nacido, inopinadamente, la cultura de la cancelación, que tanto agrada en el otrora liberal mundo anglosajón. Según todos los indicios, Haushofer fue un tipo honesto, que bebió de la fuente de algunos de los grandes clásicos de la geopolítica, a los que enseguida nos referiremos: Mahan y Mackinder, sobre todo. El problema es que no siempre los que ganan son honestos.

Esta trayectoria, que nos permite alcanzar un buen punto de partida para analizar a los grandes clásicos de la geopolítica, de acuerdo con el plan trazado, nos deja a las puertas de una disciplina que, según algunos, sería una rama de la filosofía de la historia (SPYKMAN, 1944: 5) y, según otros, está más cerca de la ciencia política (CAHNMAN, 1943: 55). Mientras que terceros, en fin, apuntan que se trata de una hibridación entre la geografía y la ciencia política, con pinceladas más propias de

la antropología (LINN, 1961: 35). Esto último se acerca mucho a la verdad. Sea como fuere, es una disciplina compleja, que nos ayuda a entender las políticas de los Estados y, singularmente, de las grandes potencias.

El último gran debate que afrontar antes de entrar en detalles de cada escuela es el relativo a hasta qué punto la geografía es determinante o solo condicionante de la política exterior de cada Estado o de su gran estrategia. Existe un generoso consenso en que la verdad está más cerca de lo segundo. Algunos de los más expertos lo han explicitado, a las claras. Spykman señala que la geografía influye en la política exterior de los Estados (SPYKMAN, 1944: 4) o que la condiciona (SPYKMAN, 1938a: 30). Eso ya es mucho, y por eso conviene estudiarla. Pero no cabe esperar otra cosa. No emplea el verbo *determinar*. Algunos profesores, siguiendo este hilo, se quejan, no de los clásicos de la geopolítica, sino de las pretensiones que los demás les atribuyen, erróneamente, dotándola de «cierta aura mística, como si se tratara de un oráculo presidido por sumos sacerdotes» (LINN, 1961: 30).

LA ESCUELA MARÍTIMA: MAHAN

Alfred Mahan fue oficial de la marina de guerra de los EE. UU., pero destacó por su tarea docente en la Academia naval de su país. Contemporáneo de Kjellén y Ratzel, no los cita, probablemente porque esos precursores tenían una idea de la geopolítica demasiado continental y, por ende, equivocada, según Mahan. La obra más leída y citada de Mahan es *La influencia del poder naval en la historia* (1890). Si bien también citaré frecuentemente otro texto de interés que es, en realidad, un recopilatorio de artículos más cortos: *Interés de Estados Unidos en el poderío marítimo* (1897). En las páginas siguientes las exprimiremos, aunque, cuando sea necesario, nos apoyaremos también en sus otras obras, ya que fue un hombre prolífico, sobre todo durante esa última década del siglo XIX. Además, fue un hombre muy escuchado en la Casa Blanca, de modo que Mahan contribuyó decisivamente a impulsar algunas de las políticas más exitosas de su país, como la construcción del canal de Panamá (MAHAN, 2007: 98-101).

Mahan fue maestro en eso. Sus lecciones, en el ámbito operacional y táctico, son de menor relieve. Ha pasado a la historia como uno de los máximos exponentes de la geopolítica, mientras que su (escasa) carrera como oficial embarcado no contiene episodios especialmente relevantes (HAWA, 2012: 364-5). Pero de eso se trata, y más en un libro como éste. Tal como recogen, brillantemente, dos oficiales de las Fuerzas Armadas españolas, sucede que, en el fondo,

[...] a Mahan no parecía importarle mucho que sus alumnos fueran capaces de memorizar con precisión los más nimios detalles de la batalla de Trafalgar. Lo que le parece, sin embargo, trascendental es que supieran por qué el Reino Unido ganó la guerra y los demás la perdieron. (GONZÁLEZ y AZNAR, 2013: 339)

En efecto, el lema del que parte toda su teoría es que los océanos son la mejor autopista para el transporte de mercancías por todo el planeta, tildándolos de «vasta llanura ininterrumpida por obstáculos» (MAHAN, 1897: 26). Alguien podría pensar que esto sería así cuando él escribía, con muchas menos carreteras que hoy, con menos kilómetros de ferrocarril y sin transporte aéreo. Pero no: la verdad de Mahan sigue vigente, cien años después. Tal como él apuntaba, todavía hoy, el mar es el medio más rápido y más seguro para el comercio mundial. Así lo demuestran las estadísticas. Los datos de las agencias de la ONU encargadas de monitorear ese comercio hablan por sí solos: casi el 85% del total (medido en m³) de

mercancías transportadas lo son por mar mientras que, en términos de su valor, esa cifra alcanza el 75% (UNCTAD, 2014: xi y 9). Conviene retener estos datos, a lo largo de todo este epígrafe, para asumir en todo momento la importancia del control de las rutas marítimas internacionales en aras a llegar a ser una gran potencia mundial.

No por casualidad, las potencias que han alcanzado un mayor estatus, que Wallerstein definió como hegemónicas, son siempre potencias marítimas: Países Bajos, Reino Unido y los EE. UU. Eso, en la fase capitalista de la historia. Pero no sería muy diferente el resultado si nos fijáramos en la fase anterior, es decir, la fase mercantilista, con España a la cabeza. Y con Portugal como principal competidor (cuando no estaba integrada en la corona española). A su vez, la otra cara de la moneda también tiene que ver con el mar, pero por la carencia de salidas a aguas abiertas.

Así, potencias con mucho brío, como Alemania o como Rusia, no han cubierto sus objetivos, precisamente por no tener esa facilidad para ganar aguas abiertas. El primer caso es claro, con la ratonera del Báltico, a levante, y con la «trampa» británica, a la salida de los estrechos de Kattegat y Skagerrak, a poniente. El caso ruso pudiera parecer distinto, si contemplamos un mapa: Rusia aparece rodeada de agua. Pero eso no es exacto: está rodeada de hielo, lo que convierte a sus puertos en impracticables durante casi todo el año. Su única posibilidad de ganar aguas cálidas es por el mar Negro o quizá, asimismo, por la ratonera báltica, y eso implica contar con la aquiescencia turca. Léase, hoy por hoy, de la OTAN, o con el mismo permiso que Alemania debía recabar del Reino Unido. Mal negocio.

Dicho lo cual, Mahan ofrece un diagnóstico de lo que debe hacer un Estado para convertirse en una potencia marítima y, finalmente, en una potencia naval.⁵⁴ Alude a varios factores, que aquí agruparemos en cinco puntos. El primero de ellos viene dado: es la geografía física pura y dura. Pero los cuatro siguientes, no. Dependen de las políticas que siga cada Estado, de su voluntad y de su *savoir faire*. De modo que un Estado muy bien posicionado geográficamente puede perder sus opciones si no toma las decisiones adecuadas. A su vez, quizá no los Estados peor posicionados (como Alemania) pero sí algunos que se hallan en una situación intermedia (como China) pueden jugar un rol importante, incluso en la geopolítica marítima, si maximizan sus opciones mediante una adecuada toma de decisiones. Veámoslo, punto por punto.

LA IMPORTANCIA DE LA GEOGRAFÍA

Mahan llega a clasificar los Estados en función de sus aptitudes para convertirse en potencias marítimas, teniendo en cuenta el veredicto inicial, que es el de la geografía. En un lugar privilegiado se hallan los grandes archipiélagos e islas mono estatales. El Reino Unido es el ejemplo más evidente. Pero Japón también se halla en una situación muy parecida. En ambos casos, Estados con una demografía de tipo medio, pero alejada de la que es característica de los países más habitados, han logrado acumular, en diversos momentos, un poder desproporcionado a sus dimensiones y demografía.

¿Por qué razón esto es así? Porque el mar constituye una barrera defensiva natural (lo que, en jerga militar, puede definirse como una defensa pasiva). Para comprenderlo, basta recordar la imagen que todos tenemos en mente de un castillo medieval protegido por un foso lleno de agua. Bien, pues si un foso, normalmente no tan grande, es capaz de poner en tantos aprietos al atacante... imaginemos si ese foso se llama canal de la Mancha o si se llama mar de Japón.

La descripción, a través de una imagen, es clara. Pero la razón última de la ventaja de esas grandes islas o archipiélagos mono-estatales, con respecto a la típica po-

54. Lo marítimo es un concepto más amplio que lo naval, ya que incluye lo relativo a marina mercante o pesquera, mientras que lo naval se ciñe a las marinas de guerra.

tencia continental es que, en el segundo caso, en función de su tamaño, lo usual es que tenga fronteras terrestres (por ende, más fáciles de asaltar) que lo separen de otros tantos Estados, que habrá que vigilar constantemente. De este modo, si una potencia continental lanza una ofensiva en una dirección, tendrá que mirar de reojo en las demás direcciones, para evitar ser víctima de otros vecinos.⁵⁵ En cambio, a una isla o archipiélago mono estatal, el mar le ofrece protección a 360°, lo que le permite, si fuese el caso, enviar su flota donde sea, sin mirar hacia atrás (MAHAN, 2007: 98).

La influencia de este factor, tan enfatizado por Mahan, también puede detectarse *a sensu contrario*. Por ejemplo, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, con un Japón virtualmente derrotado, política, económica, moral y militarmente, los EE. UU. no se atrevieron a lanzar el previsto desembarco anfibio sobre sus costas, al temer que las bajas estadounidenses serían superlativas. A cambio, para evitar eso, lanzaron las dos bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. De nuevo, pues, la defensa pasiva se impone a la voluntad de los invasores, e incluso a su superioridad militar, por manifiesta que esta sea. Ni qué decir tiene que el Reino Unido también ha sido blanco predilecto de otras potencias, sin que hayan tenido éxito en el empeño: España lo intenta, en 1588; Francia desarrolla planes para ello desde el siglo XVIII, pero ni Napoleón se atreve, aunque los tenía sobre la mesa; y Hitler organiza la operación León Marino, que debería haber finalizado con un desembarco al otro lado del canal, entre agosto y septiembre de 1940... pero nunca dio ese paso final, pese a disponer de una heterogénea flota de invasión preparada en los puertos del lado del canal que él controlaba (Bretaña francesa, Bélgica y, en menor medida, Países Bajos).

Bien, pues, si dentro de la taxonomía mahaniana, las islas y los grandes archipiélagos mono-estatales se hallan en la cúspide, la segunda mejor posición la ocupan los Estados que son casi-islas, debido a que tienen salidas generosas a dos o más mares u océanos. Su propio país entra en esa lista. Aunque no es el único. Porque esa situación geográfica es la que explicaría que, siglos atrás, España o Francia tuvieran tanto protagonismo. España, con salidas al Atlántico (norte y sur) y al Mediterráneo; siendo similar el caso francés. Claro, no es exactamente lo mismo, porque el gran obstáculo geográfico para Francia es, precisamente, la península ibérica, que impide que sus flotas (mercantes o de guerra) puedan operar libremente en ambos mares. En España, el obstáculo no es tan grande, pero la presencia británica en Gibraltar, desde los albores del siglo XVIII, no le hizo ningún favor.

En cuanto a los EE. UU., su vastísima línea de costa, tanto en el Pacífico como en el Atlántico, garantiza con creces esas salidas, a lo que hay que añadir su control sobre el mar Caribe. No son malos mimbres. Pero Mahan insistió hasta la saciedad (y hasta salirse con la suya) en abrir el canal de Panamá para, de ese modo, permitir que las flotas del Pacífico y del Atlántico se reunieran en caso necesario. Y, de paso, para convertir a los EE. UU. en esa casi-isla en la que Mahan siempre pensaba (GONZÁLEZ y AZNAR, 2013: 346). No en vano, es muy complicado que otras potencias ataquen el territorio de los EE. UU. y, más todavía, que lo hagan con ánimo de apoderarse del territorio, sin perjuicio de que lo hagan contra bases de ultramar.⁵⁶

En un tercer nivel ya tendríamos Estados con salidas al mar más o menos generosas, pero a un solo mar y, por ello, más bloqueables. Sería el caso de China, que puede salir a aguas abiertas solo tras sortear algunos *choke-points* que no controla, como el estrecho de Malaca. Y, así, sucesivamente. A medida que la geografía haya sido menos generosa, menos opciones tienen los Estados de jugar un papel importante en la geopolítica mundial.

Algunos de los Estados citados redoblan su privilegio cuando, por mor de la geografía, su mera posición en el mapa les permite controlar rutas importantes. Por ejemplo, sin necesidad de mucho más, el Reino Unido ejerce el control sobre el

55. No es un tema menor. En la actual guerra de Ucrania, Rusia está lejos de empeñar todas sus fuerzas en suelo ucraniano. Hay muchas unidades que siguen «fijadas» al terreno, en el interior de Rusia, sobre todo las que tienen por base territorios ubicados en su frontera Este, mirando a Kazajistán y China. Y eso que son aliados suyos...

56. La Segunda Guerra Mundial registra el ataque de Pearl Harbor pero, aun siendo un Estado de la Unión, está en las islas Hawái.

tráfico marítimo del canal de la Mancha, y los EE. UU. hacen lo mismo con el tráfico del Caribe. Eso tiene un nombre en la obra de Mahan (1897: 95): *base permanente* o *base de operaciones*, en tanto en cuanto el país en cuestión es, en sí mismo, una inmensa base desde la que vigilar, disuadir o amenazar a terceros, dada su proximidad o incluso su contigüidad a la ruta marítima en cuestión.

Ahora bien, tal como he comentado unos párrafos más atrás, la teoría geopolítica de Mahan es mucho más que eso. Tener una buena posición geográfica no garantiza éxito alguno. Por el contrario, quien se duerme en esos laureles, pierde sus opciones. Por eso, tenemos que ir viendo el resto de los aspectos que deben trabajarse para llegar a convertirse en una potencia marítima, sacando, con ello, el adecuado provecho de lo que nos ofrezca la geografía pura y dura.

CÓMO MODELAR LA GEOGRAFÍA

Lo siguiente que ocupa a Mahan es advertir a los gobernantes de la necesidad de aprovechar esos miles de kilómetros de costa, para hacerlos operativos. Primero, y sobre todo, a nivel económico. Miles de kilómetros de costa no son una ventaja si no se construyen las infraestructuras indispensables para exprimir sus posibilidades.

Él comienza apuntando una reflexión que puede parecer anacrónica. Pero solo es tal cosa a ojos de quien lee con excesiva precipitación. Apunta que los países más importantes han aprendido que sus capitales (formales) y/o sus centros urbanos más dinámicos tienen que contar con buenos puertos y que, además, hay que construirlos en estuarios, es decir, en la desembocadura de los ríos más caudalosos. Así es, en muchos casos. Londres (en el Támesis), Glasgow (en el Clyde) o Liverpool (en el canal de Bristol, ligado al río Mersey); Nueva York (en el Hudson); Nueva Orleans (en el Misisipi); Lisboa (en el Tajo), Shanghái (en el Yangtsé); Sevilla, en la época dorada del imperio (en el Guadalquivir); Buenos Aires y Montevideo (en el Paraná y el Paraguay, confluientes en el estuario del Río de la Plata), e incluso San Petersburgo (en el Neva).⁵⁷ ¿Por qué es tan importante ese detalle? Porque esos ríos son las arterias que unen esos puertos con los mercados interiores o con los centros de fabricación de manufacturas. Si los océanos eran, en la metáfora de Mahan, las autopistas del comercio, los ríos son las carreteras secundarias necesarias para garantizar la conectividad con los productores y los consumidores. No en vano, podemos plantearnos... ¿De qué me sirve disponer de, digamos, un magnífico puerto natural, si luego no lo transformo en un no menos soberbio punto de carga y descarga de mercancías? ¿Y de qué me sirve tener un puerto soberbio, con excelentes servicios de estiba, si no está conectado con el interior?

Pero ¿esto no es anacrónico, decíamos? ¿Acaso los ríos navegables no han pasado ya a la historia? No, no del todo. Pero imaginemos que así fuere. ¿Qué obsta eso a la teoría de Mahan? Nada, porque esa teoría, adaptada, nos invita a pensar en la importancia de que los Estados generosamente tratados por la geografía se apliquen a construir los estuarios del siglo XXI, o del XXII, en forma de nudos ferroviarios o de redes de buenas carreteras, para que desempeñen la misma función que los estuarios desarrollaban antaño (y, en parte, por cierto, todavía hoy).

Buenos puertos, en los lugares adecuados. Hoy en día, China cuenta con 7 de los 10 puertos más importantes del mundo, por volumen de TEU.⁵⁸ Y, sin embargo, sabemos que no es uno de los Estados más privilegiados por la geografía pura y dura. ¿Tendrá algo que ver con su pujanza económica y militar? Sin duda: es una de las claves de su éxito. Mahan estaría orgulloso de los chinos. No tanto de su país, que solamente cuenta con un puerto en ese *top-ten* mundial. Es cuestión de hacer los deberes, y de hacerlos bien, en todo lo que esté en manos de los gobernantes.

57. La obsesión rusa por vencer a la geografía y buscar salidas al mar, que sean realmente efectivas, ha provocado que Moscú, siendo como es una gran ciudad ubicada muy lejos de la costa, tenga acceso a través de ríos y canales navegables a varios mares (Báltico, Blanco, Caspio y Negro).

58. La sigla TEU, del inglés *twenty equivalent unit*, remite a la unidad de medida de los contenedores normalizados que transportan los grandes buques de carga.

CÓMO MODELAR LA SOCIEDAD

Ya hemos visto que los grandes maestros de la geopolítica no se conforman con analizar el impacto de los accidentes geográficos, sino que tienen una visión más antropológica, etnográfica y hasta sociológica del tema. Mahan no es menos. Recoge, como ejemplo, la época en la que Países Bajos se convirtió en una gran potencia mundial. Y descubre que buena parte de su población vivía del mar (que no necesariamente embarcada).

Unos eran pescadores, mientras que otros se dedicaban a la salazón del pescado, en tierra firme; algunos eran marinos mercantes, mientras que otros trabajaban en los astilleros dedicados a la construcción, la reparación o el mantenimiento de esos mismos buques; algunos trabajaban para la compañía de las indias, en ultramar, mientras otros hacían labores burocráticas en beneficio de esa misma multinacional; algunos eran miembros de la marina neerlandesa, mientras otros estaban destinados en puestos de mando y administrativos dentro del mismo organigrama de la flota. En total, según las cifras que maneja nuestro autor (MAHAN, 2007: 154) eran unas 430.000 personas (170.000 de ellas embarcadas en unos 10.000 buques), que es mucho, teniendo en cuenta la demografía de la época... quizá un tercio de la población activa neerlandesa de la época.

¿Qué moralidad podemos extraer? Si una población vive pensando en el mar, es más probable que su país tenga éxito como potencia marítima. ¿Por qué? Las razones son varias: es más fácil que esa población acepte embarcarse, si es menester; además, si se asume la importancia capital del mar como autopista de los transportes, se asumirá, también, con toda naturalidad, la necesidad de reforzar el instrumento naval militar de ese mismo país, por parte de sus contribuyentes. Porque ya no lo verán como un gasto sino, antes bien, como una inversión.

La ventaja de este planteamiento de Mahan es que la ciudadanía es educable, en la dirección correcta: en la escuela, por descontado (MAHAN, 1897: 63-64); desde la Universidad, favoreciendo la implantación de carreras que tenga que ver con ello, y mediante todo tipo de campañas posteriores, que alcancen al común de la población.

No hacerlo, despreciando con ello el valor del mar, es la receta perfecta para el fracaso. ¿Por qué? Recordemos los porcentajes de mercancías transportadas por mar, ya sea en volumen, o en valor, según los organismos de la ONU encargados de monitorear el transporte mundial de mercancías, así como la constancia de esas cifras a lo largo del tiempo.

LA IMPORTANCIA DEL ESPÍRITU COMERCIAL

Mahan es un devoto de lo que aquí definimos como espíritu comercial ya que, en verdad, es la condición de posibilidad de todo lo demás. No se trata solo de comerciar. Eso sería demasiado básico. La cosa es más compleja. Mahan opone ese espíritu comercial a las economías mercantilistas, en las que lo importante era la acumulación de metales preciosos, pero que solían descuidar la economía real. Por consiguiente, espíritu comercial es sinónimo de emprendeduría, de sagacidad empresarial, de innovación, de productividad, de iniciativa y de inversiones en nuevos sectores productivos, buscando siempre la máxima rentabilidad.

Lo que nos cuenta es, visto desde otro prisma, la crónica del hundimiento de los imperios español y portugués, mientras se elevaban por encima de ambos tanto Países Bajos como el Reino Unido. Los primeros dirigieron sus energías y capitales a la extracción de oro y plata, descuidando sus potentes industrias textiles, en sentido amplio (paños, calzado y tintes). El aluvión de metales generó inflación, se produjo una pérdida de competitividad y tanto España como Portugal termina-

ron importando textiles de países vecinos. En cambio, neerlandeses y británicos crearon flotas mercantes de primer nivel pensadas, al principio, sobre todo, para trasladar esos metales preciosos, cobrando buenos portes. Era usual, avanzado el siglo XVII, ver a buques neerlandeses trasladando el oro español hacia el Viejo Continente, y a buques británicos, haciendo lo mismo para Portugal... hasta que empresas británicas compraron los viñedos de Oporto, gracias al negocio que para ellas significaron esos portes (MAHAN, 2007: 117).

Mientras tanto, Francia ocupó una posición intermedia. El ministro Jean-Baptiste Colbert convenció a Luis XIV para que éste admitiera que los miembros de su nobleza comerciaron al por mayor, lo cual fue un avance (desde el punto de vista del espíritu comercial, me refiero), pues hasta entonces, hasta finales del siglo XVII, lo tenían prohibido, pudiendo perder su condición de nobles si se atrevían a hacer tal cosa. Pero este monarca siguió sin permitirles desarrollar actividades vinculadas al comercio al por menor. Por eso, la historia de Francia, siempre según Mahan, fue la de un quiero y no puedo, demasiado lejos de los estándares británicos.

Sin este impulso inicial, no hay nada que hacer. Hagamos una sencilla regresión para cerciorarnos de ello. Podré tener muchos kilómetros de costa (hemos dicho), los podré habilitar con puertos soberbios, ubicados en el lugar adecuado (hemos añadido), y hasta podré tener una población mentalizada de que el mar y su control son fundamentales para la riqueza nacional (hemos rubricado). ¿Y qué? ¿Con qué comerciaré? ¿Qué venderé?

Eso es importante porque hay gente, incluso en las altas esferas políticas y militares, que cree que disponer de una poderosa marina de guerra es una política pública, algo así como un fin en sí mismo. Pero Mahan no estaría de acuerdo. Y eso que, como sabemos, él mismo era un oficial de la marina de guerra de los EE. UU. Pero es que el argumento va al revés:

- a) lo primero es tener espíritu comercial, con lo que ello implica;
- b) si eso se tiene, lo segundo es desarrollar una fuerte vocación marinera, con una potente marina mercante (cosa que vendrá de suyo, dado el porcentaje de transacciones comerciales realizadas por mar y las infraestructuras portuarias convenientes para sacar provecho de todo ello);
- c) y después, solo después, si lo anterior se ha hecho bien, aparecerá la necesidad de disponer de una fuerte marina de guerra, para proteger esas rutas comerciales marítimas.⁵⁹

En definitiva, el espíritu comercial está en la base de la pirámide del éxito de la geopolítica marítima. Esa es la secuencia lógica, llamada a triunfar. Lo demás son parches, llamados a la ineficiencia y a la crisis.

TABLA 2.2. El ejemplo de China

China lo ha entendido bien: lleva décadas fomentando ese espíritu comercial, que ya llega a todo el mundo, toda vez que del viejo comunismo solo le queda la retórica.

De sus puertos ya hemos apuntado algo, a lo que hay que añadir que:

- algunas de las navieras más importantes del mundo ya son chinas (siendo una novedad, pues hace apenas una década, no había ninguna naviera china entre las 7 u 8 mejores del mundo);
- que su flota pesquera ya es la más importante del planeta.

Y bastantes años después de dar comienzo a ese círculo virtuoso, por fin, Pekín se ha decidido a potenciar su marina de guerra, para que deje de ser una marina pensada solamente para proteger sus costas (como lo fue hasta muy avanzados los años 90 del siglo XX) y pase a ser una flota oceánica.⁶⁰

59. En el argot de nuestros días estas rutas suelen llamarse SLOC, sigla del término en inglés *sea lines of communications*.

60. Es un tema que he trabajado con más profundidad en otro lugar, al que me remito (BAQUÉS, 2019) por si el lector está interesado en disponer de más datos y elementos de juicio. O, simplemente, por si desea disponer de más detalles.

Con esto, Mahan cierra el círculo. O casi. Porque, cuando ya parece que tenemos toda la carne en el asador, él todavía incorpora una última incógnita a su ecuación... Procedamos, pues, a despejarla.

LA TOMA DE DECISIONES POLÍTICAS

Podríamos apelar a las políticas públicas y sería correcto. Si bien los últimos epígrafes trabajados ya han dado cuenta de otras políticas. Con lo cual, ahora nos remitimos a una parte de estas. Mahan denomina a lo que viene a continuación como la «clase gobierno» (MAHAN, 2007: 122) pero obviamente no se refiere con ello al tipo de régimen, sino al desempeño del gobierno. Especialmente, el que tiene que ver con las grandes decisiones que preparan a un país para el éxito como potencia marítima. Podemos citar varias situaciones, de entre las que Mahan utiliza para ejemplificarlo.

- a) Lo primero que conviene hacer es apoyar a las multinacionales propias frente a las que patrocinan otros Estados. La sombra de las compañías de las indias neerlandesa y británica es muy alargada. Lo que no es tan conocido es que otros Estados pugnaron por hacer lo mismo. Mahan señala a Bélgica y Dinamarca. La primera controlaba algunos de los territorios más fértiles de África (en la actual República Democrática del Congo), además de Ruanda-Burundi y alguna concesión en la costa china; y la segunda tenía (y mantiene) el dominio sobre Groenlandia, si bien en el siglo XIX llegó a tener una colonia en la costa de India, otras en Ghana, e incluso a establecerse en el Caribe, teniendo bajo su control las Islas Vírgenes. Inicios prometedores, pues, que no llegaron a más, de modo que Dinamarca se vendió (en el sentido literal de la palabra) casi todos esos territorios, sobre todo al Reino Unido y a los EE. UU. ¿Por qué? Porque los británicos no solamente se encargaron de potenciar sus multinacionales, sino también de impedir que sus competidores por el poder desplegaran las suyas. Eso es lo debido, según Mahan.
- b) En segundo lugar, conviene generar una red de bases navales que jalonen las principales rutas marítimas, con el mismo doble objetivo señalado en el párrafo precedente: proteger los buques mercantes propios y, en caso necesario, atacar a los adversarios. O, al menos, para marcar el territorio, demostrando a los competidores que se goza de esa capacidad. Uno de los intérpretes de su obra lo plantea con contundencia: «la paralización del comercio obligará al afectado a pedir la paz [...] de la misma manera, las guerras se pierden si no se puede evitar la estrangulación del propio país» (TERZAGO, 2006: 54). Esto, el Reino Unido lo realizó con maestría, tejiendo esa red desde la costa china (Hong-Kong) hasta la metrópolis, pasando por bases en Australia, India, Kenia, Yemen, Egipto y Malta.
- c) En tercer lugar, es necesario adoptar las decisiones económicas sin sujetarse a ninguna ortodoxia, más que a la sabiduría ínsita en el entendimiento de que hay que hacer lo posible por debilitar los puntos fuertes de los competidores. Esto tiene su enjundia, porque un defensor del libre comercio como Mahan aplaude las leyes británicas que, en su momento, lo dificultaban, cuando su horizonte era erosionar a Países Bajos, en esos momentos líder mundial en el transporte de mercancías. Es el caso de la *Navigation Act* de 1651. Esa ley solo permitía la entrada en puertos ingleses de buques mercantes propios (llevando mercancías de cualquier lugar del mundo) y de mercantes de la nacionalidad que sea –incluyendo los neerlandeses– pero a condición de que llevaran en sus bodegas productos de su propia nacionalidad. Lo cual restringía mucho (o hasta imposibilitaba) la capacidad neerlandesa para seguir actuando como el transportista del mundo. Como anécdota relevante, cabe recordar que Adam Smith, asimismo librecambista, se des- hizo en elogios a esa ley (SMITH, 1994: 557-558). Cosas del patriotismo...

- d) Por último, es conveniente apoyar lo anterior aprovechando cualquier negociación o tratado internacional, para quedarse con enclaves importantes para esas rutas comerciales. Suele poner el ejemplo del Tratado de Utrecht, en cuyo contexto los británicos tuvieron el acierto de quedarse con un pedrusco en el que no se podía cultivar nada: Gibraltar. Pero fue una gran jugada.

Hay algo que no debería pasar inadvertido, antes de cerrar los comentarios a la obra de Mahan. Me refiero a que él era muy crítico con su propio país, al que acusaba –recordemos que estamos a finales del siglo XIX– de no pasar de ser una potencia continental, es decir, de no hacer lo suficiente para alcanzar el estatus de potencia marítima. ¿Por qué, si su situación geográfica era bastante ventajosa? Pues, precisamente, porque no habría prestado suficiente atención a lo que aquí hemos abordado en estos últimos cuatro epígrafes: sabemos que los kilómetros de costa no son suficientes, por numerosos que sean (MAHAN, 1897: 73). Cuestión distinta, claro, es lo que ha sucedido desde entonces en los EE. UU.

Mi impresión es que, finalmente, los sucesivos inquilinos de la Casa Blanca le hicieron caso a Mahan y que eso ha sido decisivo para convertir a los EE. UU., a lo largo del siglo XX, en una gran potencia comercial (eso siempre es lo primero), en una potencia marítima (se sigue de lo anterior) y, finalmente, solo al final, en una potencia político-militar, dotada de la que todavía hoy es, con diferencia, la marina de guerra más importante del mundo, apoyada en una vasta red de bases aeronavales, que van desde las Hawai, Okinawa (Japón), Guam y Filipinas hasta las islas Chagos. Ciertamente, la sombra de Mahan es muy alargada. Hoy es muy leído en China, por ejemplo, un país pragmático donde los haya, con las ideas claras acerca de cuáles son sus objetivos.

LA ESCUELA CONTINENTAL: MACKINDER

Halford Mackinder fue un geógrafo británico, que comenzó a trabajar en el ámbito geopolítico en la encrucijada entre los siglos XIX y XX. Al comienzo tenía opiniones no tan diferentes de las de Mahan. Es lo que puede advertirse a partir de la lectura de obras como *Britain and the British Seas*, de 1902, en la que defendía la necesidad de potenciar la *Royal Navy* como precondition para el mantenimiento del imperio (MACKINDER, 2019a: 346). Pero en cuestión de pocos años, pasó a elaborar una teoría que chocaba frontalmente con la del estadounidense. Y es por este giro conceptual que Mackinder alcanzó fama mundial.

Tal giro se produjo de un modo, al menos al principio, bastante modesto: por medio de una ponencia presentada en un congreso académico, publicada posteriormente en forma de artículo. Corría el año 1904. Así que el punto de inflexión hay que situarlo entre 1902 y 1904. ¿Cuál fue el móvil? Mackinder admite que las tesis de Mahan son válidas para explicar el pasado y, a lo sumo, el presente (en lo que tenga de inercia). Pero no el futuro. Mackinder nos habla de la existencia de un mundo «colombino» (por Colón) abierto a los océanos. Ese mundo habría durado desde principios del siglo XVI hasta, precisamente, finales del siglo XIX. Unos 400 años en total. Pero ya estaría entrando en una etapa evanescente. Ese mundo «colombino» en decadencia sería, en definitiva, el que sí casaría con las explicaciones de Alfred Mahan. En el fondo, el argumento de Mackinder es elegante: no pretende que Mahan se equivocara, pero lo ve más como un buen notario que como el autor de una obra capaz de dar cuenta de las tendencias geopolíticas llamadas a influir en el futuro. Por eso, lo descarta y se apresta a dibujar una realidad alternativa a la que visualizó el profesor de la Academia de guerra naval.

Esto tiene su intrahistoria. El propio Mackinder la relata: aunque tardó en atar cabos, él ya quedó impresionado por la guerra franco-prusiana de 1870 y, en particular, por la victoria teutónica en la batalla de Sedán (MACKINDER, 1943: 695), cuando él ni siquiera había cumplido los treinta años de edad. Eso lo marcó, porque comprendió que su país se había quedado atascado en las glorias de Trafalgar, mientras que el guión de la historia se había desplazado desde el mar hacia el interior del Viejo Continente: hacia su espacio central, de hecho. Lo demás, incluyendo su obra de 1902, son los pasos de la dolorosa transición de un modelo teórico al otro. No fue fácil, en efecto, para un británico como él, amante de su país. Menos, si cabe, porque a raíz de su obra también se le considera el profeta de la crisis del imperio británico, ya que pronostica que las potencias marítimas dejarían de ser las que marcan la pauta y anticipa que ese rol pasaría a corresponder a las potencias continentales. Sea por lo que fuere, él siempre estuvo muy preocupado por el papel de Alemania y su *vis expansiva*. Con lo que el ascenso al poder de Hitler y sus ataques, primero a Polonia, y después a Francia, acaecidos en 1940, pueden ser vistos como una demostración *a posteriori* de sus tesis.

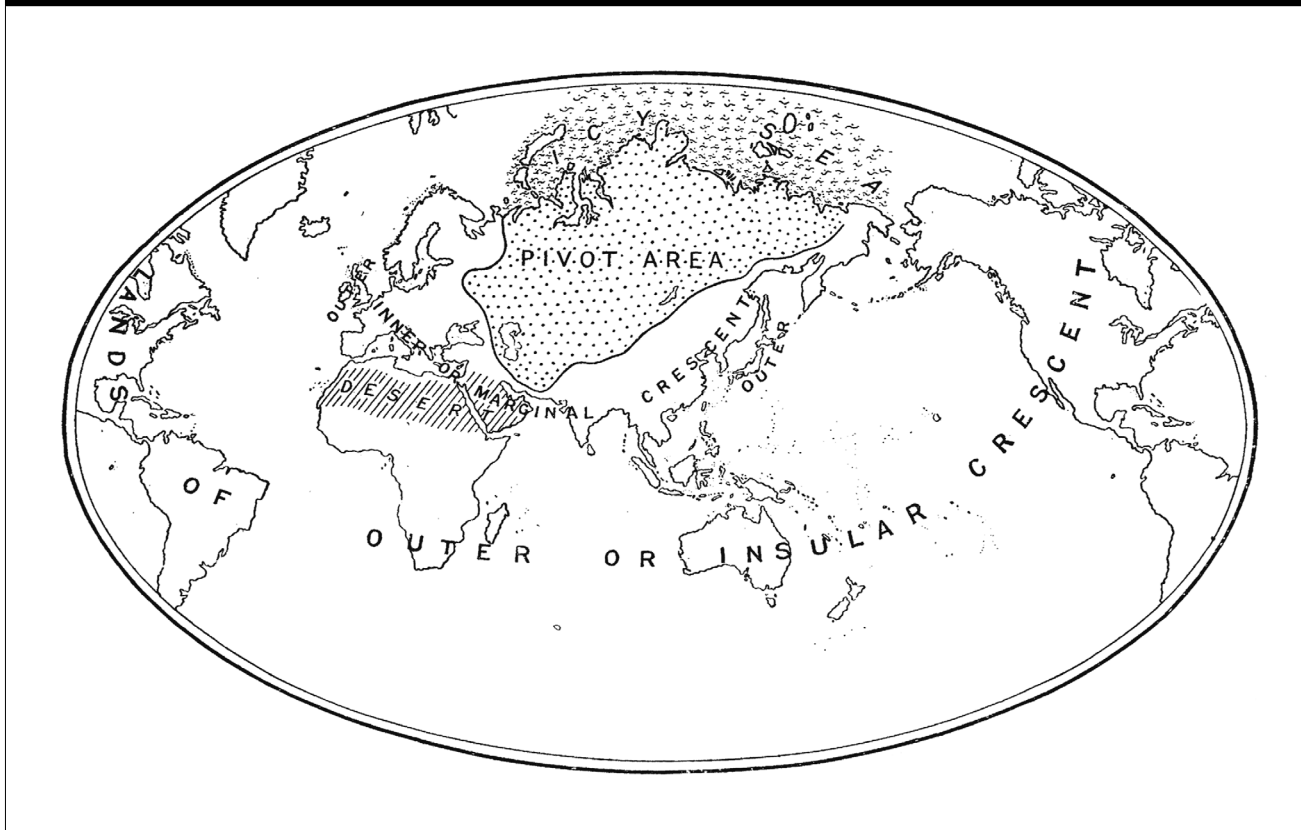
LA DISTRIBUCIÓN ESPACIAL EN LA OBRA DE MACKINDER

Vistas estas premisas, ¿en qué consiste, concretamente, la aportación de Mackinder? Considera que podemos segmentar el planeta en diversos espacios (casi capas, según su descripción), de manera que habría un espacio central en el que se dirime la suerte del mundo, y una serie de espacios más o menos periféricos, de importancia decreciente, en función de lo alejados que estén de ese espacio central.

Ese espacio central recibe el nombre de área pivote en su ponencia de 1904. Si bien, años después, en un libro publicado en 1919, pasa a denominarla *Heartland* (o «tierra corazón»), que es el concepto que, con el discurrir de los años, ha hecho fortuna. En ambos casos, el epicentro se halla en Rusia o, mejor dicho, entre Rusia y Ucrania –todo ello también bastante profético–, con extensiones hacia Mongolia y el norte de China, en la zona de Manchuria (MACKINDER, 1904: 307). En realidad, siempre según Mackinder, históricamente hablando, Mongolia es el embrión de todo lo demás. Incluyendo las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central (Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán), que también serían parte del *Heartland*. La diferencia estriba en que las versiones de 1904 y 1919 difieren en su extensión. La inicial apenas englobaba el mar Caspio, en su frontera oeste, pero no alcanzaba Escandinavia y, si bien llegaba a Ucrania, no lo hacía a Alemania. En cambio, la versión final, ampliada, además de todo lo anterior, engulle el mar Negro, la mitad de Alemania, entra en Escandinavia (Finlandia y Noruega, que no Suecia, quedarían dentro) e incluso incorpora Turquía (MACKINDER, 1919b: 130).

A partir de ahí, define varios anillos o capas. El primer anillo es denominado *inner crescent* (o creciente interior o media luna interior). Va desde el extremo más occidental de Europa (la península Ibérica) hacia Italia, Grecia, Oriente Medio y la península Arábiga. Para finalmente, sin solución de continuidad, llegar a Extremo Oriente, vía subcontinente indio. Por lo tanto, en su extremo más oriental, abarcaría la costa china (MACKINDER, 1919b: 98-99). Como dato significativo, Mackinder también ubica en esta región la costa africana del Magreb (MACKINDER, 1904: 305-306).

Finalmente, habría también un *outer crescent* (o, alternativamente, creciente o media luna exterior), más alejado del espacio central y, por ende, menos relevante geopolíticamente hablando, del que formarían parte toda América, Oceanía (con Australia a la cabeza) y la práctica totalidad de África (siendo el desierto del Sáhara la frontera entre *inner* y *outer crescent*). Lo mostramos en el gráfico 2.1, a través de un mapa diseñado por el propio autor, para ilustrar su ponencia de 1904.

GRÁFICO 2.1. Mapamundi ilustrativo del área pivote, el *inner crescent* y el *outer crescent*

Fuente: Mackinder, 1904: 312.

Tendremos tiempo para ir desentrañando el porqué de cada cosa, pero valga anticipar que, según Mackinder, quien domine Europa del Este dominará el *Heartland* y quien domine el *Heartland* dominará el mundo (MACKINDER, 1919b: 186).

Las derivadas de este planteamiento son enormes: desde la no consideración de Europa como unidad geopolítica (pues, como hemos visto, queda dividida entre varios de los espacios geopolíticos diferenciados por nuestro autor), hasta la marginación de los EE. UU.

Sobre lo primero he abundado en otro lugar (BAQUÉS, 2023a) y no insistiré aquí. Pero solo apuntaré que es una de las posibles explicaciones de las dificultades de la Unión Europea para consolidar una política de seguridad y de defensa común: la falta de coherencia geopolítica no suele salir gratis.

Sobre lo segundo, merece la pena detenerse un párrafo o dos. Porque Mackinder defiende esta teoría en un momento en el que la pujanza de los EE. UU. es más que evidente. E insiste en ello en plena Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, según su criterio, que los EE. UU. hayan sido una gran potencia, o incluso la más importante del mundo es... una anomalía histórica. Es interesante lo que dice, porque ya se está hablando de la decadencia de los EE. UU., de la resiliencia de Rusia y de la fortaleza de China. Muy bien: la tesis de Mackinder nos dice que esto es lo normal, lo previsible, y que no hay ninguna sorpresa en ello. Y no podemos afirmar que juegue con ventaja, pues él lo anticipa mucho antes de que ocurra, contra viento y marea, cuando nadie se atrevía a discutir la preponderancia de los EE. UU.

Si tiene razón, en las décadas venideras asistiremos a una reubicación (a la baja) del rol de los EE. UU. en el mundo. Aquí no se trata de desaparecer de la escena (como tampoco lo hizo el Reino Unido tras la crisis de su imperio), pero sí de pasar

a ser una potencia más, entre otras que acumularán más poder económico, político y militar que los propios EE. UU. Se acabó, en todo caso, el predominio norteamericano. Lo cual, a ojos de Mackinder, solo es una vuelta a la normalidad.

Hemos comentado muchas cosas, sin duda interesantes, porque nos obligan a pensar. Pero todavía tenemos que resolver la cuestión más importante: ¿por qué Mackinder dice lo que dice, con tanta convicción? Veámoslo...

Desde un punto de vista de su defensa contra hipotéticos enemigos externos, el *Heartland* es una inmensa fortaleza creada por la naturaleza. También la denomina «ciudadela del poder terrestre» (MACKINDER, 1943: 601). Ahí brilla el argumento de la geografía, pura y dura. Y quiero que se note la similitud de partida con las tesis de Mahan (sin perjuicio de que sus respectivas conclusiones sean tan distintas). Porque ambos apuntan a la conveniencia de disponer de espacios difícilmente asaltables por potencias exteriores. El argumento del estadounidense parecía definitivo: el mar como barrera y defensa pasiva. Pero Mackinder logra contraponerle otra teoría, jugando, digamos, en su mismo terreno de juego (garantizar la defensa como precondition del éxito ulterior).

¿En qué consiste esa fortaleza natural, que supuestamente aísla al *Heartland* del resto del mundo, protegiendo así los intereses de sus inquilinos? En que es inaccesible, por el norte, debido a los hielos del Ártico; en que es inaccesible, desde el este, debido al desierto de Gobi y a la cordillera del Himalaya; y en que la disposición de los ríos navegables de la zona también contribuye a su aislamiento, ya que los más importantes discurren de este a oeste, pero no de norte a sur, o viceversa. Este sería el motivo por el cual la situación típica de las invasiones vikingas era que apenas lograran penetrar unas decenas de kilómetros tierra adentro (MACKINDER, 1904: 306). Así las cosas, otros autores, reforzando la tesis de Mackinder, han comentado que el *Heartland* es una de las «zonas que pueden ser negadas al poder naval» (WEIGERT, 1946: 47).

Todo encaja, o casi todo. Porque la cuadratura del círculo solamente se logra asumiendo cierto rol para el *inner crescent*. No en vano, es el cierre del *Heartland* por el sur. Entonces, para que la teoría de Mackinder sea cierta, es preciso que las potencias del *Heartland*, con Rusia a la cabeza, generen una zona *buffer* en el *inner crescent* o, al menos, en el más próximo a su territorio. Un *buffer* es, al fin y al cabo, un cortafuegos (Goñi, 2021: 5) y, en el caso de Rusia, incluye a Ucrania, Arabia, Georgia y Turquía. ¿Les suena de algo, en plena guerra de Ucrania? Creo que sí...

Dicho con otras palabras... si una potencia extraña logra penetrar en la ciudadela, luego lo tiene fácil, demasiado fácil, para llegar al corazón del *Heartland*. Porque, una vez dentro, todo es distinto: el *Heartland*, como tal, es una inmensa llanura, que facilita los movimientos de tropas, apoyado por el hecho de que ahí sí hay ríos que acompañan. Rusia lo tiene claro, porque ha sufrido dos invasiones y media en los últimos 200 años: la de la Francia de Napoleón, a principios del siglo XIX; la de la Alemania nazi, a mediados del siglo XX; y la «media» o «casi» invasión de la OTAN, a principios del siglo XXI, con su pretensión de integrar a Ucrania en dicha organización, con lo que ello implica. De hecho, la geopolítica rusa siempre ha sido la misma, con los zares, con los bolcheviques y, por supuesto, con Putin: alejar al máximo su frontera occidental de Moscú, para de ese modo ganar profundidad defensiva, en el caso de que potencias ajenas al *Heartland* logren penetrar en él. Esa es la doble verdad que expone Mackinder: el *Heartland* es difícil de penetrar, sí, pero, una vez dentro, todo es extraordinariamente fácil.

En todo caso, lo visto hasta ahora se corresponde con los derivados de la geografía, sin más. Ahora bien, hemos tomado conciencia de que la geopolítica es más que eso en la obra de todos los clásicos de la materia, y Mackinder no va a ser menos. Hay aspectos culturales (o de mentalidad) y económicos que contribuyen a explicar la relevancia del *Heartland*.

LOS FACTORES CULTURALES Y ECONÓMICOS

Entre los primeros, nuestro autor destaca los que tienen que ver con su misma constitución como espacio geopolítico. El origen del *Heartland* estaría en las oleadas de invasiones de pueblos provenientes de Oriente: los escitas, de los que ya hablara Homero; los hunos, hacia el final del imperio romano, y, sobre todo, los mongoles, en épocas mucho más recientes. Pero vayamos tomando nota de cosas. Por una parte, frente al ethos comercial propugnado por Mahan, Mackinder enfatiza el papel del ethos guerrero de los pueblos del *Heartland*. Algo que también nos recuerda lo que está pasando en la guerra de Ucrania: una guerra tan cruel, que hasta a los Estados de la OTAN y de la UE les cuesta seguir su ritmo, en lo que se refiere al suministro de municiones.

Por otra parte, de lo que él plantea se deduce otra consideración, que es la influencia que a lo largo de los siglos han tenido los pueblos de Oriente en la configuración de toda Europa, incluyendo la que se quedó fuera del *Heartland*. En efecto, eso fue así, aunque en ocasiones fuese *a sensu contrario*: Austria y Hungría nacen, en buena medida, como resultado de tratar de frenar el impulso mongol. Con el ímpetu frenado o, al menos, ralentizado, los descendientes de Gengis Khan optaron por mezclarse con otros pueblos del *Heartland*, para crear sus propios imperios, extendiendo sus dominios por los actuales Rusia, Ucrania, Kazajistán y Persia (por cierto: en esencia, el actual Irán).⁶¹

El tema económico es, asimismo, muy relevante, si de lo que se trata es de entender el potencial geopolítico del *Heartland*. Mackinder detectó algo, que ha sido ratificado posteriormente por otros autores, como Brzezinski. En el *Heartland* se produce algodón en abundancia (fundamental para la industria textil), así como madera y carbón (combustibles, ambos, sin perjuicio de la utilidad de la madera como material para la construcción de inmuebles y de buques), todo tipo de cereales y remolacha (lo que garantiza alimentos para los seres humanos y también para las cabezas de ganado). También hay agua potable y minerales, como el manganeso (útil para mejorar la producción de acero, en la que los países del *Heartland* eran también líderes). Es decir, en el *Heartland* hay de todo (MACKINDER, 1904: 312). Más que en ninguna otra parte del planeta, al menos, con esos niveles de concentración (MACKINDER, 1943: 598-601), puesto que lo que en otros lares aparece disperso, en la «tierra corazón» aparece reunido. Ello, unido a una demografía entonces pujante, garantiza un futuro próspero para las potencias del *Heartland*, con Rusia a la cabeza. Nada de eso pasó desapercibido a nuestro autor.

Estas explicaciones no tienen nada que ver, por supuesto, con las preferencias personales de Mackinder. Planteadas en nuestros días, estas reflexiones implicarían, muy probablemente, que quien las postulara fuera calificado de prorruso. Pero eso sería apenas una muestra de la supina estupidez que suele caracterizar a los juicios de periodistas, políticos y otros creadores de opinión en la actualidad. Porque si algo era Mackinder era... ¡antirruso! No era nada personal. Pero lo era por ser un británico muy preocupado por su propio diagnóstico. Lo que más temía era un posible pacto entre Alemania y Rusia, y esto conecta con sus albores —¿recuerdan el *shock* que para él fue la victoria alemana en la batalla de Sedán, de 1870? Seguro que sí—. No le alegra lo que va descubriendo a raíz de sus investigaciones: le horroriza.

Siempre he pensado que la aproximación de Mackinder a la economía del *Heartland* era más intuitiva que científica. Muchos datos son imprecisos, o no están expresados numéricamente. Ahora bien, eso no obsta nada a su argumento, porque su intuición se basaba en lo empírico, y resultó ser cierta. Lo demuestra el hecho de que, muchos años después, Brzezinski sí que comprobó cifras.⁶² Es verdad que, antes de comentarlas, hay que hacer un matiz importante. Brzezinski maneja el concepto de Eurasia, como referente, de modo que Eurasia es la suma del *Heartland* y

61. De una de esas hibridaciones surgieron por ejemplo los *kipchaks*, también conocidos como el khanato de *Kipchak*, que, de la mano de Batú (hijo de Gengis Khan) y sus descendientes, llegaron a dominar Rusia, Ucrania (solo hasta Galitzia) y Transilvania, en el corazón de la actual Rumanía, así como Moldavia y las tierras ubicadas en la orilla occidental del mar Negro.

62. Brzezinski, otro gran experto en la materia, que dice seguir la estela de Mackinder, más que la de Mahan.

del *inner crescent*. Advertido lo cual, las cifras son demasiado espectaculares como para obviarlas. Con datos de los años 90 del siglo XX, Eurasia concentraba el 75% de la población mundial, el 60% del PIB del planeta y más del 70% de las fuentes de energía conocidas (BRZEZINSKI, 1998: 40). En la práctica, la tendencia lo es a abrir más la brecha con el resto del mundo, de modo que la riqueza realizada (PIB) sigue al alza en Eurasia, mientras pierde peso en los EE. UU. y en la Unión Europea. Es decir que, varias décadas más tarde, Brzezinski corrobora las razones sobre las cuales se sostienen las tesis de Mackinder.

Con esto, podemos entender el peso que Mackinder concede al *Heartland* como epicentro de la política mundial. Sin embargo, falta un último ingrediente. De nuevo, lo plantea tocando los mismos temas que Mahan, pero dándoles una salida diferente. Así, mientras Mahan necesitaba una logística que dotara de plausibilidad a su tesis y depositaba su confianza en los buques mercantes, Mackinder necesita el mismo ingrediente, pero lo encuentra en el ferrocarril. El *Heartland* ya era importante antes de la irrupción de los raíles. Así, nos recuerda que, incluso sin ese avance tecnológico, mientras Magallanes circunnavegaba el mundo, es decir, más o menos en la misma etapa histórica, el líder cosaco Yermak cabalgó desde los montes Urales hasta lo más profundo de Siberia. Eso sucedió en 1533 (MACKINDER, 1919b: 141).

Para entenderlo, hay que recordar que el *Heartland* es, en esencia, una inmensa llanura, con poco desnivel. Eso favorece todos los movimientos, máxime, si se cuenta con nuevas tecnologías, movidas por caballos... de vapor. En efecto, se trata del terreno más favorable posible para tender líneas férreas. Entonces, haciendo sus cálculos, Mackinder llega a la conclusión que el ferrocarril integrará el *Heartland*, uniendo todos sus rincones y dinamizando de ese modo su ya de por sí enorme potencial económico y demográfico.

No era ningún brindis al sol porque, en el momento en el que plantea estas reflexiones, ya está en marcha el Transiberiano: casi 10.000 km de ferrocarril, para unir el puerto de Vladivostok con Moscú. El argumento de Mackinder lo es de la superioridad del ferrocarril sobre los buques mercantes. Porque el ferrocarril puede hacer un «puerta a puerta» (al menos en la cómoda orografía del *Heartland*) para poner estaciones en la entrada de una mina o de una gran explotación agraria; en la de una fábrica, en la que se transformen esas materias primas en manufacturas; y/o en la de una ciudad que sea un buen mercado potencial para lo producido en esa fábrica.

Lo que no se ha cumplido plenamente, si seguimos la prospectiva de Mackinder (que también es su pesadilla), es la completa integración del *Heartland*, que es la condición de posibilidad para dejar obsoletas las tesis de Mahan. Lo cual no significa que no se haya evolucionado, en la lógica anticipada por el geógrafo británico. Con el tiempo, se ha construido un ramal que une Pekín con la ciudad rusa de Irkutsk, pasando por Ulan-Bator (que es, a la sazón, la capital de Mongolia), lo que supone otros 1.650 km de vía férrea. Asimismo, la Nueva Ruta de la Seda china (NRS) tiene una pata marítima –muy al estilo de Mahan, ciertamente– pero también tiene una pata terrestre, que discurre, fundamentalmente, por ferrocarril, uniendo la costa china con Europa.⁶³ De modo que conecta la práctica totalidad del *Heartland*, en términos muy similares a los señalados por Mackinder en su día. De hecho, uno de los nodos más importantes de la parte terrestre de la NRS son los puertos secos ubicados en las proximidades de la frontera entre China y Kazajistán, siendo necesarios porque el ancho de vía chino y ruso no coinciden. Se trata de los puntos habitados del planeta Tierra más alejados de cualquier mar. ¿Puede haber algo menos mahaniano?

63. Sobre todo, Stuttgart, Hamburgo, Lyon, Florencia y Madrid.

GRÁFICO 2.2. El puerto seco de Khorgos



El más significativo de esos puertos secos es el de Khorgos, ubicado justamente sobre la frontera sino-kazaja, que ya maneja más de 500.000 contenedores. En menos de un lustro, la población de Khorgos ascendió de la nada a 100.000 habitantes en el lado chino, y a otros 35.000 más en el lado kazajo.

Fuente: SCMP Graphic. *South China Morning Post* (<https://multimedia.scmp.com/news/china/article/One-Belt-One-Road/khorgos.html>).

Lo que queda por ver es si estos incentivos darán pie a la integración política de ese espacio. Lo cual aceleraría mucho la integración económica y logística prevista por Mackinder. La teoría de las ganancias relativas, que analizamos en la primera parte del libro, lo pone complicado. La de las ganancias absolutas, lo convierte, en cambio, en algo racional y deseable para los Estados de la región. De momento, tenemos también auspicios de esa integración, sobre todo a través de la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS). Ya están dentro Rusia, China, Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán, India, Pakistán e Irán, siendo Bielorrusia, Afganistán y Mongolia miembros observadores. Ni qué decir tiene que estamos ante la mayor propuesta de integración del *Heartland* nunca vista. Si Mackinder todavía viviera, no dormiría tranquilo por las noches.

Casi a título anecdótico, y con el ánimo de ofrecer una imagen lo más completa posible de la geopolítica mackinderiana, valga añadir que es el primero de los clásicos de la disciplina en plantear algunas reflexiones sobre el poder aéreo. Si bien, esa constatación no debe anticipar ninguna conclusión. En realidad, sin desconocer su potencial, lo considera deudor del poder terrestre. La razón es sencilla: la capacidad de carga de los aviones es muy limitada, como también lo es su autonomía

(más reducida, cuando más cargados van, por cierto). De modo que el poder aéreo solo tiene sentido si antes se aseguran los servicios en tierra que lo facilitan: bases y/o aeropuertos, con sus centros de mantenimiento, de repostaje, de descanso de tripulaciones y demás servicios asociados. Así que, finalmente, su recorrido por el poder aéreo no hace más que reafirmar su tesis básica, acerca de la primacía de la geopolítica terrestre: «el poder aéreo depende absolutamente de la eficiencia de su organización en tierra» (MACKINDER, 1943: 602).⁶⁴

Al final, Mahan y Mackinder emplean los mismos tópicos, pero discrepan en sus diagnósticos. Lo planteo a partir de un cuadro explicativo, para incrementar la didáctica:

TABLA 2.3. Tópicos y diagnósticos de Mahan y Mackinder		
Autor	Alfred Mahan	Halford Mackinder
Primacía	Mares y océanos <i>Choke points</i> SLOC	Continente Ciudadela terrestre
Medios	Marina mercante Puertos	Ferrocarril Puertos secos
Cultura	Comercial	Guerrera/marcial
Protagonistas	Reino Unido EE.UU.	Rusia China

Fuente: elaboración propia

HACIA UNA TEORÍA HÍBRIDA: SPYKMAN

Nicholas Spykman fue una de las mentes más lúcidas de su tiempo, pero su muerte prematura nos legó una obra probablemente por terminar. Con todo, este estadounidense de origen neerlandés, profesor de la Universidad de Yale, influyó mucho en las políticas de su país durante la guerra fría. Su ventaja es que, al escribir a mediados del siglo xx, antes ha trabajado las obras de Mahan y de Mackinder, pudiendo aprovechar lo mejor de cada uno de ellos. Lo cual no significa que su trabajo sea equidistante. En general, se le tiene más bien por un discípulo de Mackinder, hasta el punto de que algunos señalan que su obra es «complementaria» de la de Mackinder (RUBIO, 2016) y otros, en la misma línea, añaden que ambos «compartían teoría geopolítica» (SÁNCHEZ, 2021: 7). Aunque, como veremos más adelante, la obra de Spykman quedaría incompleta y sus conclusiones serían inaplicables sin introducir unas fuertes dosis del pensamiento de Mahan. Por eso, precisamente, nos conviene más adoptar un enfoque «híbrido» al que, en ocasiones, también se alude como «anfíbio», empleando de ese modo una metáfora muy militar.

Hay otra forma de entender a Spykman y su obra, no incompatible con la anterior, pero portadora de cierto sesgo... casi pacifista. No, no nos engañemos, Spykman es un realista a machamartillo pero, quizá por ello (hemos visto otros casos, en la primera parte del libro), también es alguien preocupado por los caminos que conducen a la guerra. En su caso, escribiendo en 1943-1944 el grueso de su obra, le entristece que su país vuelva a estar en guerra. Como en 1917-1918, se trata de una guerra iniciada en Europa, pero que acaba arrastrando a los EE: UU. Entonces, sus razonamientos –sin perjuicio de su validez intrínseca (de la que daremos cuenta)–

64. Por encima de la primacía marítima, también en este punto, ya que no hay algo así como portaaviones para aviones civiles, mientras que los militares operan con un número demasiado limitado de aviones.

se orientan, sobre todo, a buscar la forma en que eso no se repita por tercera vez. Él es cáustico, tiene claro que eso no se va a lograr con palabras bonitas: «ni los principios de los Estados Unidos, ni las bases de nuestra moral son suficientes para construir un mundo a imagen y semejanza de los EE. UU.» (SPYKMAN, 1944: 1). La razón es sencilla: sin la «fuerza» –dice– nada se puede, ya que se trata de un «instrumento indispensable», tanto para la «supervivencia nacional» como para «crear un mundo mejor» (SPYKMAN, 1944: 3).

Por consiguiente, más bien, la solución vendrá de la mano de la correcta comprensión de las relaciones de poder del mundo, sin lo cual es impensable actuar con eficacia para prevenir riesgos. Esto nos lleva a una pregunta clave, a partir de cuya respuesta podemos vertebrar la explicación de las principales aportaciones del profesor de Yale. ¿Por qué los EE. UU. tuvieron que entrar en las dos guerras mundiales? La respuesta es, empleando la jerga de Mackinder (que veremos que Spykman va a cambiar, en parte), porque las potencias del *inner crescent* amenazaban a los EE. UU.

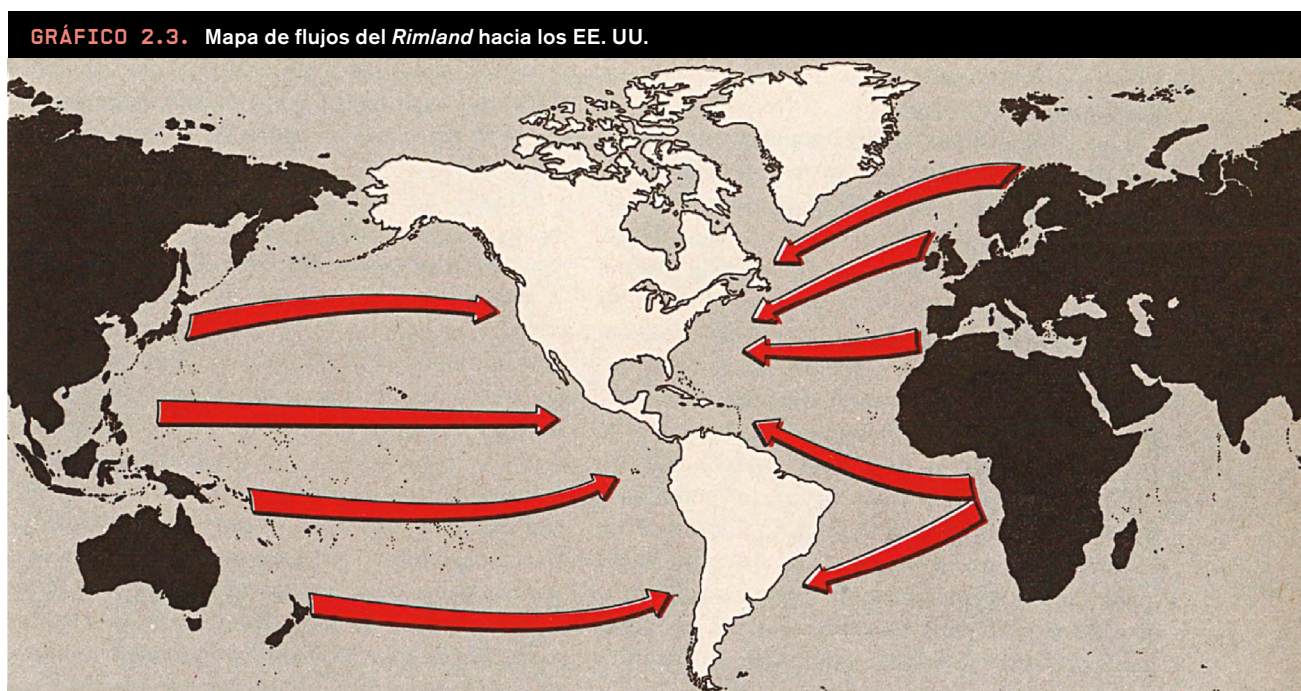
LA IMPORTANCIA DEL RIMLAND

Al *inner crescent*, Spykman lo denomina *Rimland*, que se podría traducir como el «borde de la tierra». Sabemos que se extiende desde Europa occidental hasta el Extremo Oriente. El problema, a ojos de la Casa Blanca, se plantea tan pronto como hay potencias del *Rimland* o hasta del *Heartland*⁶⁵ que amenazan con salir por ese *Rimland* hacia los EE. UU. Un mapa, obtenido de una de las obras de este experto, puede contribuir a visualizar lo que él tiene en mente. Nótese que el mapa en cuestión (gráfico 2.3) se obtiene a partir de ese ejercicio tan divertido consistente en modificar la perspectiva desde la que se observa la realidad.

Porque lo que aparece ante nosotros es la sensación de que los EE. UU. están sometidos a un «cerco estratégico».⁶⁶

65. Spykman (1944: 36) conserva esta nomenclatura, mientras que al *outer crescent* lo redenomina *off-shore*.

66. Concepto traducido del inglés *strategic encirclement*, denominado así en la jerga de la geopolítica.



Fuente: Spykman, 1944: 59.

Lo que, en 1917, alarmó a los mandatarios estadounidenses hasta el punto de llevarlos a entrar en la Primera Guerra Mundial es que los aliados de Alemania, imperio otomano e imperio austrohúngaro, facilitaran la salida de dicha coalición al Atlántico, con la propia Alemania a la cabeza.

Pero la situación era mucho más grave en 1941, ya que, por una parte, los submarinos alemanes operaban desde los puertos de la Francia ocupada, como La Rochelle o Lorient, e incluso desde Dakar, mientras que sus grandes buques de combate de superficie podían hacerlo asimismo, en su función de buques corsarios, desde los puertos de la también ocupada Noruega. Por no hablar de la marina de guerra italiana, enfrentada a la británica por el dominio del Mediterráneo. Aunque lo más difícil de gestionar, desde la perspectiva ofrecida por este mapa, era el poder japonés en el otro extremo del *Rimland*: en los años 30 invadió una importante parte de China, llegando a ocupar Shanghái y Pekín, además de crear un Estado títere en Manchuria, llamado Manchukuo. Con una marina de guerra en esos momentos equiparable a la de los propios EE. UU., por mor de las proporciones de fuerzas decretadas por el Tratado de Washington de 1922, era una amenaza a tener en cuenta. Y la peor pesadilla era lo que el mapa anterior recoge: que las potencias revisionistas lleguen a actuar de consuno, contra los intereses y la seguridad pergeñada desde la Casa Blanca. Es decir, que Alemania y Japón fueran aliados, cosa que se dio en el marco de la Segunda Guerra Mundial.

Esto fue muy importante para moldear la mentalidad geopolítica de nuestro autor, que, moralmente hablando, no le hacía ascos al aislacionismo pero que, teniendo esos escenarios sobre la mesa, renuncia al mismo (FURNISS, 1952: 390) para defender una política exterior más proactiva, volcada a influir sobre los territorios que, en su día, puedan ser el origen de esas amenazas. Como iremos viendo, eso no significa abanderar una política beligerante, ni mucho menos, pensada para hacer la guerra. Pues, como sabemos, lo que quiere el de Yale es evitarla.

Históricamente hablando, cada vez que una potencia del *Rimland* ha tratado de expandirse, ha recibido una dura respuesta por parte de otros poderes. Lo cual constituye una buena muestra, siquiera sea *a sensu contrario*, de su posición geográfica (o geopolítica) de privilegio. Ya le sucedió a la Francia de Napoleón, que tuvo la osadía (¿y la torpeza?) de expandirse hacia el *Heartland*, aliada a Polonia, pero invadiendo Rusia; y, al mismo tiempo, de dar el salto a Egipto o a España, mientras le disputaba el dominio del mar a la Royal Navy. Demasiado, sin duda, para las demás potencias. ¿Y qué produjo eso?

Nada menos que una alianza entre la potencia marítima y la potencia continental más destacadas de su época (SPYKMAN, 1944: 43): el Reino Unido y la Rusia zarista. Juntos contra la osadía mostrada por la potencia alternativa del *Rimland*. Nótese que no es muy distinto lo acontecido en la Segunda Guerra Mundial, ya que desde el momento en el que la Alemania de Hitler controla Francia y Noruega, ya tiene salida a mares abiertos y, cuando ataca Rusia, tras hacer suya la mayor parte de Polonia, muestra el mismo nivel de ambición que Napoleón. Y la respuesta fue, por ende, exactamente la misma: una alianza entre las potencias marítimas más importantes de la época (todavía el Reino Unido, pero ahora también los EE. UU.) y la potencia continental más fuerte (siempre Rusia, aunque ahora bolchevique, en vez de zarista).

Entonces, el *Rimland* pasa a ser tan importante para Spykman que, sobre esta nueva consideración rearticula la famosa inferencia de Mackinder: sí, —nos dice— en efecto, quien domine el *Heartland*, dominará el mundo. Ahora bien, antes apunta que quien domine el *Rimland*, será quien al final dominará el *Heartland* y, con ello, dominará el mundo (SPYKMAN, 1944: 43). Por lo tanto, la nueva llave de bóveda del poder mundial se resitúa para quedar anclada en el *Rimland*, en vez de en el *Heartland*. La novedad es sobresaliente, porque Mackinder presuponía que había que estar, físicamente, en el interior del *Heartland* para poder beneficiarse de esa

posición geopolítica tan ventajosa. En cambio, Spykman deja la puerta abierta a que una potencia externa al *Heartland* pueda dominar el mundo, a condición de que tenga la habilidad y la capacidad para cerrar los accesos de ese *Heartland*.

Para hacerlo, el reto es, en todo caso, tremendo, como se puede comprobar recordando la gran extensión del *Rimland*. Tan grande que, a ojos de Spykman, puede dividirse en tres partes, a efectos analíticos:

- el *Rimland* europeo, que se extiende desde la península Ibérica hasta Grecia;
- el arábigo, que parte de Oriente Medio y se proyecta hacia la península Arábiga;
- y, finalmente, el «monzónico», que enlaza el subcontinente indio con la costa china.

LOS IMPONDERABLES DEL PROGRESO

Puede parecer un encabezamiento caprichoso, pero no lo es. De todos los autores analizados en este libro, el que ahora nos ocupa es el único que concede una gran relevancia al clima, aquí tomado en el sentido más estricto de la expresión.⁶⁷ No es algo aleatorio. Más bien, Mackinder toma nota de las sociedades más prósperas y de las que no lo son o no lo han sido, a lo largo de la historia. Todo ello para llegar a la conclusión de que el único clima propenso al éxito es el más templado. Su premisa es que el mundo está formado por cinco «islas» (América del Norte, Eurasia, América del Sur, África y Australia), sin perjuicio de que, en realidad, algunas de esas «islas» sean y actúen como «penínsulas» (cosa que sucede en las dos «islas» del norte, por culpa del Ártico, permanentemente helado). Ahora bien, no todas valen lo mismo a efectos geopolíticos.

A su entender, hay que descartar los climas extremos: ni el frío excesivo, ni los climas tropicales hacen otra cosa que impedir que las buenas políticas se puedan convertir en realidad. Todo el hemisferio sur queda, por ello, descartado *ipso facto*: tres de esas «islas» son poco o nada relevantes para la geopolítica mundial, sin perjuicio de que puedan llegar a jugar un rol secundario, quizá auxiliar, a los intereses de los Estados ubicados en las dos «islas» principales. Pero no podrían ser los protagonistas de nada, debido a esos imponderables de la meteorología.

Concretamente, las únicas zonas relevantes para la geopolítica mundial serían las ubicadas por debajo del círculo polar ártico –Spykman (1938a: 41) habla de por debajo del paralelo 60° norte– y por encima del paralelo 20° norte. En esos climas, sostiene Spykman, sí pueden florecer una agricultura y una ganadería realmente productivas y, además, las temperaturas moderadas favorecen las condiciones de trabajo mejores para la extracción de otros recursos de la tierra, como fuentes de energía y materias primas. Y, por añadidura, la suma de esos factores asegura una buena demografía.

Esto, que con tanta clarividencia postula Spykman, dista de ser evidente. Más todavía: puedo mostrar al lector el camino mejor y más corto para discutir este punto con este experto de origen neerlandés: *¿Por qué fracasan los países?*, es decir, el libro publicado por Acemoglu y Robinson en el año 2012 es una excelente piedra de toque para discutir con Spykman. Ahí se muestra que sociedades ubicadas al sur de ese paralelo 20° pueden llegar a ser realmente punteras, sin que el clima tenga nada que ver (2012: 67-75). Por ejemplo, el brío económico mostrado por los dragones asiáticos en los años 90 del siglo xx, alguno de los cuales, como Singapur, está claramente por debajo del paralelo 20° norte y más bien muy cerca de la línea del ecuador. Y lo mismo podría decirse de Brasil, que es, a la sazón, la 11ª economía del mundo, en función de su PIB. En todo caso, esos dos autores alternativos, escribiendo a cuatro manos, insisten en que el clima no puede ser la variable explicativa,

67. Nada que ver, pues, con el sentido que le daba Montesquieu.

porque, si así fuere, las dos Coreas deberían tener un desempeño similar, cuando no es el caso. Igualmente, la diferencia de rentas entre el Estado de Sonora (México) y el lado estadounidense de la frontera son muy grandes, mientras que las diferencias climáticas son muy escasas, o prácticamente nulas.

TABLA 2.4. Apunte para la reflexión y el debate

Por lo tanto, Acemoglu y Robinson concluyen que lo que marca la diferencia son las instituciones de cada país: cuanto más proclives al libre mercado, al fomento de la propiedad privada y a la meritocracia, más probable será que ese país sea exitoso. En realidad, como alguno observará, se trata de una línea argumental bastante mahaniana.

A su vez, el debate podría proseguir, por cuanto, previsiblemente, Spykman les respondería diciéndole que Brasil actúa muy por debajo de sus posibilidades, atendiendo a sus inmensos recursos naturales: hidrocarburos y mineral de hierro, por ejemplo. Y que, al fin y al cabo, en los años 90 del siglo xx se habló mucho de esas nuevas potencias económicas asiáticas, tildadas de «dragones» o, a veces, de «tigres» asiáticos... Pero eso duró poco.

En todo caso, mi idea no es resolver ningún debate sino plantearlo, para hacer pensar a la gente. De ahí el inciso en esta tabla.

Sea como fuere, la tesis de Spykman tiene otras derivadas, ya que cuestiona que América del Norte y América del Sur tengan continuidad. No considera oportuno que a la inmensa «isla» del sur también se la denomine América (SPYKMAN, 2007: 56), de la misma manera que a África no se la llama «Europa del sur».⁶⁸ De hecho, para enfatizar más esta idea, al Caribe lo llama el «Mediterráneo americano», mientras indica que Groenlandia y hasta Islandia son parte de América (de la única América que hay, a su entender).

LAS DIFICULTADES PARA LA PROSPECTIVA

Cuando un experto en geopolítica yerra en sus análisis proyectados hacia escenarios de futuro... ¿Yerra realmente? ¿O lo hace el político de turno, encargado de tomar las decisiones? No es un juego de palabras, sino la forma de trasladar a estas páginas una de las preocupaciones de este profesor de Yale. Él, así como otros teóricos, se basa en el conocimiento y en el cálculo racional. Sí, claro, pero... cuando un político decide, ¿cuenta con las mismas armas? ¿Las emplea con la misma solvencia, fríamente consideradas? Y, suponiendo que no (lo cual es razonable) pero admitiendo que, por otro lado, ese político cuente con asesores cualificados, que no se limiten a ponerle un lacito a sus prejuicios... ¿Les hará caso? Para responder a eso, Spykman alude al papel de los ministros de asuntos exteriores, del país que sean.

Conecta ese papel, es cierto, con la complejidad de la geopolítica que, como hemos ido viendo, es geografía, sí, pero es mucho más que eso. Quienes asistieron a sus clases, dan cuenta de que Spykman no se conformaba con la ubicación de los continentes y de los océanos, sino que incorporaba elementos sociológicos o incluso etnográficos, que los modulaban (FURNISS, 1952: 385). Tiene sentido: al fin y al cabo, es lo mismo que hacían sus predecesores en el ámbito de la geopolítica. Las apelaciones recogidas en el apartado anterior al clima, así como sus previsibles consecuencias en la mentalidad y el carácter de la gente, son una muestra de ello. Entonces, no es fácil atar todos esos cabos, y lo es menos para quien no está acostumbrado a pensar en términos geopolíticos, aunque sí lo esté —probablemente— en términos jurídicos (huelga recordar que son cosas bastante diferentes) o electorales (¡Bufo! ¡Qué pereza! ... Pero eso también distorsiona).

68. Si bien, coherentemente con su teoría, considera que la frontera entre Europa y África no es el mar Mediterráneo sino el desierto del Sáhara. Algo que, a su manera, ya había defendido Mackinder.

Entonces, se mezcla todo, sin olvidarnos de los prejuicios ideológicos profundamente arraigados que, usualmente, rondarán por la cabeza del ministro de turno (o por la del presidente del gobierno ante el cual responde, pues se juega su puesto). Por no hablar de sus propias preferencias, tópicos e intenciones, seguramente bien orientados (al menos, desde su peculiar atalaya partidista). Esta especial sensibilidad de nuestro autor nos recuerda, sin duda, a lo ya explorado por la escuela realista neoclásica, que vimos que tenía este tema por un problema, a la hora de diseñar la mejor política exterior posible. En sus propias palabras, para no dejarnos ningún detalle en el tintero:

La política exterior es un fenómeno complejo, que surge de la interacción entre la geografía, la demografía, la estructura económica del país, la composición étnica de la sociedad, la forma de gobierno y hasta los *complejos y prejuicios* de los ministros de asuntos exteriores.

(SPYKMAN, 1938a: 28; la cursiva es mía)

Entonces, volviendo a la pregunta con la que iniciábamos este epígrafe... los analistas no siempre se equivocan cuando hacen prospectiva y la realidad evoluciona en un sentido no previsto. Porque, en ocasiones, la conducta de los líderes políticos contiene errores, incluso de bulto. Claro que se podría añadir que esos mismos analistas deberían guardarse un «as bajo la manga», para meter en la ecuación, también, ese margen de error. Y es que los «cisnes negros» no siempre hay que buscarlos fuera de casa.

DOTANDO DE SENTIDO A LA GRAN ESTRATEGIA DE EE.UU.

Los datos que maneja Spykman coinciden, en lo esencial, con los que nos mostraban Mackinder y Brzezinski. Es decir, sabe que el *Heartland* concentra más recursos que los EE. UU. Por ejemplo, el 64% del mineral de hierro, con datos de los años 40, por el 30% en manos estadounidenses (SPYKMAN, 1944: 27-28). Pero, entonces, ¿qué tiene eso que ver con el *Rimland*? Como hemos visto en alguno de los ejemplos históricos comentados, a partir de las dos guerras mundiales, la hipótesis con la que trabaja nuestro autor es que una o varias potencias del *Heartland* podrían tratar de salir a través del *Rimland*. No es inverosímil, pues ya ha sucedido.

Entonces, toda la estrategia de los EE. UU., pensando siempre en evitar una tercera guerra mundial, tiene que partir de crear un escenario tal que no sea factible que el *Rimland* caiga en manos de las potencias revisionistas que pudieran morar en el *Heartland*.

Lo que diseña el profesor de Yale es una gran estrategia de contención pensando, sobre todo, en la URSS. Para entenderla bien, es preciso recordar su contexto histórico. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de resistencia antinazis –los había en casi toda Europa– estaban virtualmente colonizados por los partidos comunistas de turno que eran, a su vez, lacayos de la Unión Soviética. Esto era muy evidente en varios países del *Rimland*: Francia, Italia y Grecia, por citar los más claros. Tanto que, en el último de ellos, el final de la guerra y la expulsión de las tropas del Eje enlaza, sin solución de continuidad, con el inicio de una guerra civil, entre los comunistas proestalinistas, reunidos en partidos-milicia como el ELAS, y los partidarios de un gobierno de corte liberal-democrático, prooccidental, apoyados por las tropas aliadas. El caso galo y latino es distinto: no hay guerra civil, de momento, pero las urnas ratifican que los partidos comunistas –estalinistas– tenían más adeptos que los partidos socialdemócratas de turno y eran, por ende, el tipo de izquierda (una extrema izquierda, en definitiva) que podía llegar al poder en cualquier momento. Lo cual era más peligroso, si cabe, teniendo

en cuenta los niveles de destrucción sufridos durante la guerra que, más allá del mal recuerdo, dejó unas economías devastadas. Y ese es, precisamente, el caldo de cultivo perfecto para el asalto al poder por parte del comunismo auspiciado por Stalin.

La lógica de Spykman es clara: los EE. UU. deben controlar el *Rimland*, para de ese modo maniatar el *Heartland*, en cuyo epicentro se halla la URSS. Es lo que se hizo, al estilo preferido por Spykman, esto es sin más guerras. Es lo que da pie a los famosos planes Marshall. Que no eran, como se tiende a pensar, planes económicos, sino más bien planes geopolíticos, cuyo objetivo era mantener a Europa bajo la égida de Washington, generando una nueva esperanza para esas economías y esas sociedades devastadas por la Segunda Guerra Mundial. Pero —una vez más— no porque los EE. UU. fueran sus «amigos» sino, claro está, porque a los EE. UU. les interesaba que así fuera, para evitar males mayores.

De hecho, los EE. UU. ofrecieron también un plan Marshall a Japón. E incluso estrecharon lazos con la China de Mao,⁶⁹ aunque ese noviazgo terminó precipitadamente hacia 1950 cuando Stalin le dejó claro a Mao que a la URSS no le iban las relaciones abiertas, ni eso del presunto poliamor. Con ello logró romper la baraja y propició la ruptura entre Washington y Pekín, que, a su vez, cedió más por miedo a que la vecina URSS lo resolviera armas en mano que no por afinidad ideológica.⁷⁰ Sea como fuere, es muy significativo el esfuerzo desplegado en los años de la posguerra por los EE. UU. por sellar el *Rimland* en toda su extensión.

En la misma línea podríamos exponer muchas más cosas, como las prisas del todavía presidente Roosevelt, un poco antes de su muerte, para rendir pleitesía al máximo mandatario de Arabia Saudita, Ibn Saud, a quien visitó, en Riad, llegando a bordo del destructor *USS Murphy*, en febrero de 1945. Todo sea para encerrar a las potencias del *Heartland*, negándoles el acceso a mares abiertos. De esta manera, la ciudadela de la que nos hablara Mackinder acabaría convirtiéndose en su propia trampa: en una inmensa cárcel, creada por la naturaleza, con la ayuda de las políticas pertinentes que, al controlar el *Rimland*, harían de carceleros. ¿Puede esto explicar, por lo demás, la alianza histórica entre el país que pretende ser el adalid de la democracia y del mundo liberal a lo largo del orbe y uno de los Estados que mejor muestra, en su día a día, la pervivencia de lógicas ancladas en las viejas monarquías absolutas, superándolas, por cierto? Estoy convencido de ello.⁷¹

Esta estrategia tuvo lagunas, con el paso el tiempo, como la que se plantea en el *Rimland* «monzónico», en el Vietnam. Siendo, la teoría que estamos viendo, una explicación alternativa a las razones de aquella guerra, también planteada como mal menor, ante la eventualidad de que todo el Extremo Oriente cayera en manos del comunismo.

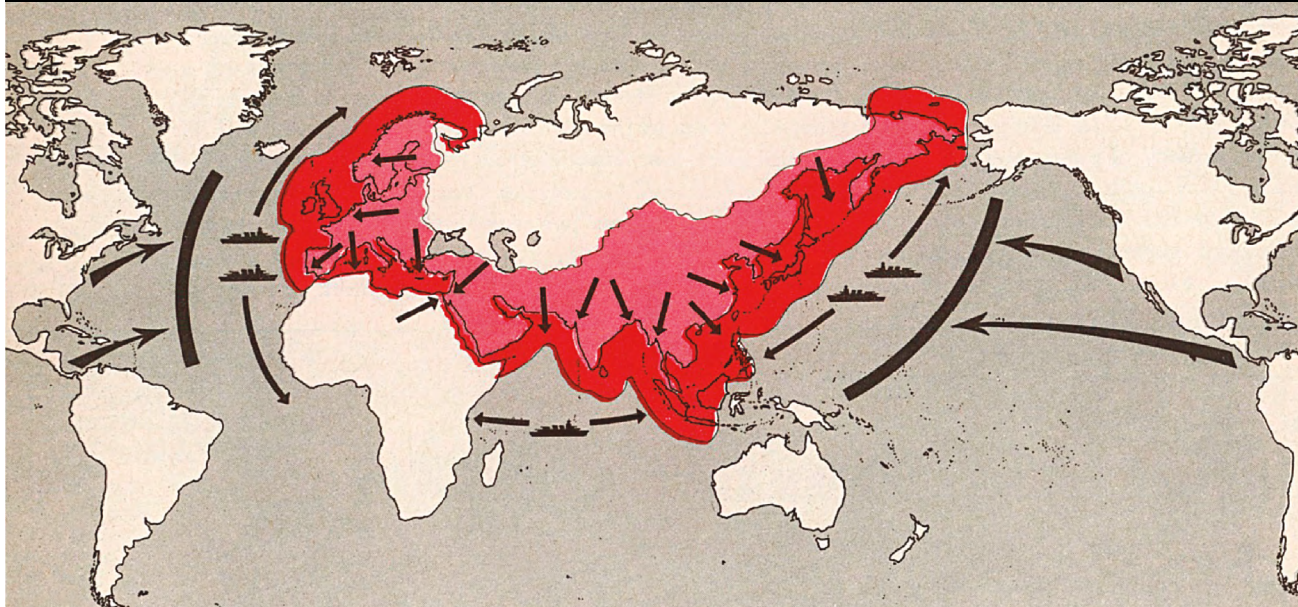
Sobre mapa, todo lo que nos comenta Spykman es factible. Veámoslo en el gráfico 2.4, que es de su propia cosecha. En él puede verse, en color rosado, el *Rimland*; en rojo, las costas adyacentes, y, marcada con flechas, la posible proyección de poder por parte de los EE. UU., cuya filosofía subyacente no es otra que la contención del *Heartland*.

Todo lo que hemos ido viendo en las páginas anteriores acerca de su teoría lo hace factible: ya no es preciso estar dentro del *Heartland* para poder controlarlo y, con ello, controlar también los avatares de la geopolítica mundial. Siendo todo eso tan cierto, es el momento de detenernos, para hacer una puntualización fundamental de cara a entender la obra de nuestro autor. Antes hemos abundado en que se puede decir (hemos citado a autores que lo hacen) que sigue el camino marcado por Mackinder. A pesar de lo cual, también hemos adelantado que esa es una verdad que merece ser matizada.

69. EE.UU. ofreció a China el trato de nación «más favorecida» con el objetivo, inherente a esa política, de fomentar las compras de productos chinos en los EE.UU.

70. No olvidemos que China acababa de salir de una larga guerra civil y estaba muy debilitada.

71. A lo que podríamos sumar el interés por el petróleo árabe que, en todo caso, también es un argumento puramente geopolítico, y también es compatible con las tesis de Spykman.

GRÁFICO 2.3. Posible proyección de poder de EE.UU. en relación con el *Rimland* y adyacentes

Fuente: Spykman, 1944: 54.

Pues bien, este mapa (y lo que implica) nos dan una explicación de mis reservas anteriores. No en vano... ¿Cómo podría Spykman defender su teoría sin apoyarse en Mahan? ¿Cómo podría garantizar el libre acceso de su país, por el Pacífico y por el Atlántico, logrando así que sus buques mercantes y de guerra hagan suyas esas aguas y esas rutas? Simplemente, no podría. Por eso, claramente, la teoría de Nicholas Spykman debe ser vista como una teoría híbrida entre las obras de sus dos precursores. Y a la vista, una vez más, de ese mapa, se entiende también que se la pueda llamar teoría «anfibia».

HACIA UNA GEOPOLÍTICA CRÍTICA

Igual que en el ámbito de las relaciones internacionales –de forma paralela, de hecho– el (neo)marxismo ha aterrizado en el ámbito de la geopolítica. Aunque, en realidad, lo que expondremos se halla a caballo entre el (neo)marxismo y el social constructivismo, hasta terminar adquiriendo vida propia. De hecho, uno de los filósofos de cabecera es Foucault, sobre todo en los aspectos metateóricos y, en parte, metodológicos, de la geopolítica crítica. Siendo el galo un autor que de marxista tenía muy poco (creo que apenas nada). En verdad, los temas trabajados por los adalides de la geopolítica crítica son muy amplios y el modo de hacerlo está muy vinculado a un análisis serio del discurso (que, huelga decirlo, no consiste en contar palabras). Lo que implica que, en muchos casos, es complicado saber si realmente estamos hablando de geopolítica o no, sea cual sea la pretensión de sus autores.

Uno de los más celebrados, dentro de esta escuela, es el irlandés Gearóid Ó Tuathail. En una de sus obras basales se dedica a marcar el terreno de lo que él mismo define como «geopolítica crítica», a través de la obra homónima, publicada en 1996. Asimismo, otros autores con similares inquietudes lo acompañan en esta aventura, siendo especialmente relevante el caso de John Agnew, inglés de naci-

miento y estadounidense de adopción. Ambos tratan de ridiculizar la geopolítica clásica, por motivos que seguidamente expondremos, al considerarla un paradigma obsoleto, ideológicamente interesado (como si Ó Tuathail o Agnew no lo estuvieran) y servicial o instrumental para con los poderes establecidos (sí, claro, del mismo modo que Ó Tuathail y Agnew, entre otros, diseñan obras serviciales e instrumentales para los contrapoderes no menos establecidos). Es parte del problema: vuelven las crónicas de «buenos» y «malos». Vuelven Peter Pan y el capitán Garfio.

TRATANDO DE SACAR LOS COLORES A LA GEOPOLÍTICA CLÁSICA...

Lo primero que ambos dejan claro es que eso que llamamos geografía no va de mares, de ríos y de montañas (eso es lo de menos), sino de «poder», con lo cual no estamos ante una disciplina «inocente» (Ó TUATHAIL, 1996: 1-2). Claro, creo que el lector se habrá dado cuenta, tras leer los capítulos anteriores de este libro. Entonces, gracias de nada, Gearóid: ya nos habíamos dado cuenta, y no es algo que niegue ninguno de los clásicos de la geopolítica. De eso escribe, y no lo esconden. Entonces, asumiendo que eso es demasiado elemental para ser original, nuestros autores intentan especificar un poco más.

En busca de la originalidad, aportan una de las ideas basales de esta escuela: la geografía no sería un producto de la naturaleza, sino de la pugna [*struggle*] entre actores que compiten entre sí por «organizar, ocupar y administrar el espacio» (Ó TUATHAIL, 1996: 2). Entonces, se afanan en desterrar la sensación de que existen «visiones objetivas» de lo que está ahí afuera, como si eso pudiese sustraerse a la percepción del observador que, a su vez, estaría dotado de un aura de cientificidad que lo aislaría de ese entorno [*view of nowhere*]. Una vez negada la plausibilidad de ese enfoque, solo quedaría reconocer que «todo lo que se ve y se conoce es una perspectiva, adoptada desde un punto de vista determinado» (AGNEW, 2005: 17). Nada es «objetivo»; todo es «subjetivo» y «cultural», comenzando por la (presunta) ciencia (Ó TUATHAIL *et al.*, 2010: 316).

Todavía más, nuestros autores, habiendo hallado la veta argumental más interesante para defender su propio punto de vista, no vinculan la geografía a cualquier disputa, sino que lo hacen al «expansionismo», de tal suerte que la geografía es vista como una «imposición foránea» de las grandes potencias a los pueblos colonizados, o subyugados de la forma que sea. Agnew apunta que «la imaginación geopolítica es uno de los elementos que definen la modernidad» (ídem). Lo cual —hay que advertirlo al lector— es malo, muy malo, según la concepción de los apóstoles de la geopolítica crítica, más bien conectados con la posmodernidad, que sería lo que ahora prima. Ya se sabe, en la línea de Lyotard: todas las narrativas con las que nos han educado son perversas; y en la de Derrida: hay que deconstruirlas. Ya, ya... ¿Y lo que surja, será noble o será otro basurero de prejuicios, aunque sean otros prejuicios? Tenemos respuesta para ello, pero el lector deberá seguir leyendo un poco más, antes de avizorarla...

Desde este punto de vista, el gran problema de las escuelas de la geopolítica clásica, a nivel metodológico, sería su dualismo, de origen cartesiano (que Ó Tuathail describe como «perspectivismo» cartesiano). Es decir, su tentativa de separar al sujeto que observa del objeto observado (Ó TUATHAIL, 1996: 23). A ojos de los autores de la geopolítica crítica, la verdad es de otro cariz: nuestra mirada no es neutral sino que, a través de ella, constituimos la geografía y, a su vez, ésta nos constituye a nosotros. ¿Suena muy exótico? No tanto. Bueno... Al final no es tan diferente (tampoco) de lo que Mackinder comentaba acerca del influjo de las invasiones procedentes del *Heartland*; o del modo en el que aflora el espíritu comercial en las naciones marítimas; o del modo en el que el clima influye decisivamente en las migraciones, o en la

configuración de sociedades y formas de vida, según Spykman. Todo eso, ciertamente, nos constituye, según Mackinder, Mahan y Spykman. Todo lo cual no es óbice para que nuestro autor los critique a todos por tomar la geografía como algo dado [*just is*] y, por lo tanto, por suprimir (según él) la interpretación necesaria para dotar a la geografía de significado [*to be made meaningful*] (O'THAUTHAIL, 1996: 52). Es como si alguien criticara a Marx por no haberle dado importancia a la esfera económica.

Nótese, en todo caso, que se insiste mucho en la idea de que la geografía no es una realidad, sino más bien una narrativa: sería, en definitiva, el fruto de un relato –por supuesto, interesado y siempre guiado por la mala fe de quien dibuja los mapas. La geopolítica sería, pues, a lo sumo, una «práctica discursiva», elaborada por grupos de intelectuales (occidentales) para servir a sus gobiernos (CAIRO, 2005: xii). De ahí la vinculación con el social constructivismo, que antes hemos anticipado. Aunque eso no significa que los acólitos de la geopolítica crítica y los adalides de la escuela social constructivista estén de acuerdo en los detalles.

Sin ir más lejos, Agnew apunta que la geopolítica clásica solo arranca después de que los europeos «se encuentren con» el resto del mundo, desde finales del siglo xv y a lo largo del siglo xvi (AGNEW, 2005: 17). Por su parte, Ó Tuathail opina que la geografía así asumida data del siglo xvi, pero añade que queda codificada a partir del Tratado de Westphalia (1648). ¿Cuál es el problema? Recordemos que ese era el punto de inflexión a partir del cual, según Wendt, aparecía con fuerza la lógica propia de la cultura lockeana, en contraposición a la hobbesiana. Dicho con otras palabras: lo que para los teóricos de la geopolítica crítica es el inicio de la catástrofe, para Wendt es el inicio de una nueva esperanza.

APORTACIONES: DE LA TEORÍA DEL GEOPODER A LA TEORÍA DEL LUGAR

Sea como fuere, a partir de lo visto hasta ahora el terreno ya está abonado para su asalto final, desde un punto de vista conceptual. Así, Ó Tuathail esboza el concepto de geopoder [*geopower*]. Nos dice que se lo debe en buena medida a Foucault, si bien también cita la influencia que sobre él ha ejercido Gramsci. Sí, esos viejos conocidos nuestros. Muy bien. Sabemos a qué atenernos. Saldrá a relucir una filosofía de la sospecha. En el caso que nos ocupa... ¿Qué se sigue de ello?

TABLA 2.5. El concepto de geopoder, según Ó Tuathail

1	El geopoder no se deduce de la naturaleza, sino que lo hace de la típica relación, inextricable, entre «conocimiento y poder».
2	El geopoder surge como instrumento del imperialismo generado por el moderno sistema europeo de Estados, con el objetivo de tomar y disciplinar el espacio.
3	Por ese motivo, conoció un auge notable a finales del siglo xix, ya que, en esa época, las grandes potencias coloniales se aprestaban a repartirse lo que quedaba del mundo no-colonizado.
4	El geopoder está estrechamente ligado al concepto mismo de soberanía, ya que la <i>geografización</i> [<i>geo-graphing</i>] del orbe no fue más que su condición de posibilidad.
5	Finalmente, la geopolítica surge como resultado de esa <i>geografización</i> del mundo, a modo de una «ficción pertinente» a los intereses de las grandes potencias.
Y, con eso, se cierra el círculo.	

Fuente: Ó TUATHAIL (1996: 10, 11 y 15).

Entonces, lo que hacen los autores de la geopolítica crítica es proponer algunos ejemplos que muestren la perversidad de la geografía como geopoder y, por ende, de su vástago: la geopolítica clásica. Uno, que es muy básico, pero resultón, es el del modo en el que los EE. UU. dibujaban el mapa geopolítico centroamericano en plena guerra fría: Ó Tuathail critica que Reagan definiera un «espacio azul» –correspondiente al mundo libre– y que lo contrapusiera a otro espacio, esta vez «rojo», con el que se pintaban Nicaragua y Cuba. Además de que algo similar sucediera a escala planetaria, al considerar al mundo soviético como el «imperio del mal» (Ó TUATHAIL, 1996: 59). Ciertamente, así era. Y cabe suponer, aunque nuestro autor no lo comente, que los mapas de Moscú operaban del mismo modo. Diría nuestro autor, si le interpeláramos por ello, que probablemente sí. Que es lo normal. De acuerdo, perfecto. Pero, si todo es tan evidente y tan normal... ¿Para qué teorizar tanto y, sobre todo, ¿cómo pretender que estamos ante una teoría supuestamente novedosa, o incluso hasta rupturista?

Un caso que siempre me pareció más incisivo es el de Bosnia, en plena guerra civil de la ex-Yugoslavia. Es más interesante, porque lo que ahí postula Ó Tuathail es que, debido al modo de hacer los mapas, y al quedar fuera del área a proteger por la OTAN, en la Casa Blanca costó horrores (nunca mejor dicho) entender lo obvio: que se estaba a las puertas de un genocidio y que el país más importante del mundo no se podía quedar con los brazos cruzados. Pero el modo en el que estaban «pintados» los mapas que se manejaban desde Washington propició lo que nuestro autor define como «insensibilidad moral» (Ó TUATHAIL, 1996: 220).

Decía que es más incisivo, aunque este tipo de dilemas ya ha sido resuelto por los teóricos de la guerra justa, antes de que este irlandés descubriera América, a finales del siglo xx. Efectivamente, tal como señala Michael Walzer, tampoco cabe esperar, en el mundo real, que terceros Estados acudan en ayuda de gente que está en peligro, pero dentro de las fronteras de otro Estado, a partir de una intencionalidad purificada de todo interés. Por consiguiente, lo normal es que los Estados que estén en disposición material de intervenir, lo hagan cuando detecten una posible convergencia de su interés nacional y de la necesidad de entrar en suelo ajeno para resolver un problema que, inicialmente, no era suyo:

[...] incluso las guerras justas tienen razones morales y políticas, y siempre será así, imagino, hasta la era mesiánica, en la que hacer justicia será un fin en sí mismo. Una sola y única motivación, una voluntad pura, es una ilusión política. (WALZER, 2004: 108)

Tiene lógica, porque esa implicación se pagaría con dinero de los contribuyentes de los EE. UU. y podría poner en peligro la vida de los hijos de los llamados a pagar esos impuestos.

Pero podemos añadir más cosas, aprovechando a Walzer y tomando siempre como referencia, o como pivote, las tesis de Ó Tuathail. Por ejemplo, hay un caso que está en la misma línea que el de Bosnia, y que también plantearía lo que para este último sería un supuesto flagrante de geopolítica inhibidora de la actuación moralmente más justa. Pienso en la invasión soviética de Hungría, en 1956, en plena guerra fría. Es de cajón: la URSS invade un Estado independiente, por no ser lo suficientemente obediente a los postulados comunistas. Pero la OTAN no reaccionó. Ciertamente. ¿Por qué? De la teoría de Ó Tuathail se deduce que por culpa de los mapas, que habían pintado a Hungría del mismo color que a la URSS (pese a tratarse de un país soberano) y de un color distinto al de los países de la OTAN. Sí, bueno, se puede decir así, aunque todo sea bastante más complejo que como lo pinta, a su vez, la geopolítica crítica.

En realidad, la OTAN no actuó por prudencia, sea cual sea el color del mapa (eso es aleatorio, por supuesto). No intervino para evitar el estallido de la tercera guerra

mundial. Eso es lo que describe y defiende (son cosas diferentes, pero Walzer hace las dos) el teórico de la guerra justa, porque arrastrar al mundo a una guerra nuclear hubiera sido «moral y políticamente irresponsable» (WALZER, 1977: 95). El color del mapa no es, entonces, la causa de nada (como cabía esperar) sino una consecuencia de algo: es una forma de poner el semáforo en rojo. Semáforo que, a su vez, recoge el modo de evitar males mayores. ¿Querría Ó Tuathail que la OTAN interviniera, a pesar del riesgo? ¿Es por eso que no propone este ejemplo, tan claro, para potenciar su teoría? No, nada de eso. Probablemente no ponga este ejemplo porque en él, los «malos» son los marxistas: ¿mal negocio, no? Pero también, porque echaría por tierra su propia teoría: los mapas aportarían mucho sentido común a nuestras cosmovisiones. Y eso no puede ser, cuando se está teorizando su perversidad.

Tampoco es tan evidente que la *geografización* del mundo juegue siempre en favor de los más fuertes. Él es irlandés e Irlanda es una isla, cosa que, no pocas veces, se emplea para reclamar que el Reino Unido (que es una isla también, pero, en todo caso, «otra» isla) salga de allí. Ya, por el mapa, ¿no? Pero el propio Ó Tuathail admite que Irlanda es mucho más, y mucho menos, que eso. Citaré sus propias palabras, para no dejar nada en el tintero:

The Irish nationalist argument of a discrete Irish island being invaded by a foreign English Other is a deterministic form of geographical reasoning that falsely equates national identity with island geography and ignores the fluidity of Ireland's borders and social system. (Ó TUATHAIL 1996: 11)

Genial. Ya tenemos la prueba, ofrecida por el mismo autor que enarbola la teoría de la sospecha, acerca de que no es verdad, simplemente, que el argumento basado en el empleo interesado de la geopolítica sea patrimonio de las grandes potencias, deseosas de ampliar sus dominios. Gracias a este ejemplo, somos conscientes de que también los más débiles emplean una imagen demasiado banal de la geografía para sostener sus propias mentiras.

Todo depende de la narrativa, según este paradigma; la geografía es algo poco menos que inventado, a fuer de instrumental, de modo que la podemos constituir a través de nuestra mente y de nuestro discurso, aunque, sorprendentemente, ahora resulte que no solo lo hacen los poderosos.

En todo caso, el problema quizá no sea si la URSS o si la OTAN; si el Reino Unido o si Irlanda. Probablemente, el problema que abona la crítica a la geopolítica crítica es su empeñamiento en construir una historia basada en una crónica de «buenos» y «malos», con las consiguientes narrativas a cuestas. Y en invitar a sus lectores a entrar a ese trapo, olvidándose, de paso, de las lecciones de la geopolítica clásica. En estos casos, conviene no perder de vista el objeto de análisis. Así lo entienden, asimismo, otros autores que consideran que la geopolítica crítica «pasa de una revisión de los postulados geopolíticos clásicos a un análisis del discurso, dejando de lado factores clave para el análisis geopolítico, como la propia condición geográfica» (CABRERA, 2020: 65). Al final, pues, hay que preguntarse si la geopolítica crítica es todavía geopolítica. Tanto es así que el propio Ó Tuathail admite, en las primeras páginas de uno de sus artículos, que una de las intervenciones de los asistentes a un congreso, organizado para dar pábulo a la geopolítica crítica, lo puso contra las cuerdas. El asistente dijo que hablar de *critical geopolitics* es equivalente a hacerlo de *critical capitalism*, es decir, que eso es tanto como ubicarse, a conciencia, fuera del ámbito criticado (Ó TUATHAIL, *et al.*, 2010: 315).

¿Cuál fue la respuesta del irlandés? Que esto de la geopolítica crítica es, en esencia, una suerte de foro de encuentro [*general gathering place*] de quienes critican la modernidad (ídem: 316). Y añade, a mayores —con ciertas dosis de cinismo— que, a la postre, si la geopolítica clásica era una «ficción pertinente», la geopolítica

crítica «*reveals itself as a similarly convenient fiction of opposition*» (idem: 316). Nada menos y nada más...

La sombra de la geopolítica clásica es muy alargada, lógicamente, y no es nada fácil zafarse de ella. Podemos leer, eso sí, apelaciones a novedades como la «dimensión afectiva del comportamiento humano», lo cual es sorprendente, porque no es fácil atisbar tal cosa. A lo que añade la mucho menos novedosa intención de pensar más en actores no estatales, tan trabajados por los institucionalistas liberales, y menos en los Estados, en las naciones y demás obstáculos para el «cosmopolitismo». Sin embargo, poco después de lanzar ese brindis al sol, comprobamos que se rectifica, para señalar que, mientras buscamos esa bondad perdida por algún rincón de la historia... «*traditional State rivalry issues not should be ignored*» (idem: 316). Pues eso...

Pero todavía nos queda por ver las aportaciones de la teoría del lugar de Agnew. Otro gran hallazgo. O eso es lo que dicen los defensores de la geopolítica crítica. Veámoslo. El inglés juega a distinguir «lugar» de «espacio», asumiendo que la geopolítica clásica se refería tan solo a esto último. Por lo tanto, frente a un *american space*, él reivindica el papel de una *american place*. Bien... ¿Qué significa eso? Sobre todo, que mientras los «espacios» son estáticos, cuando los asumimos como «lugares» descubrimos que son dinámicos. ¿cómo? ¿Encima las montañas se mueven? ¿O es que los océanos se pueden desecar? No, la teoría crítica no llega a tanto. En cambio, propongo una metáfora, que creo útil para exponer el mensaje de la aportación de Agnew: no es lo mismo contemplar una casa, como un todo, que ir modificando sus habitaciones, transformando de ese modo esa casa y, además, generando diversos vínculos (incluso afectivos) con cada una de esas habitaciones. De alguna manera, pues, el «lugar» es lo que dota de sentido al «espacio»: lo construye como algo específico, digamos.

He hecho lo posible por salvar lo que tenga de originalidad la teoría del lugar postulada por el angloamericano. Pero todavía nos queda por ver cuál es su impacto práctico en el análisis geopolítico. Nos lo pone fácil, porque él mismo selecciona los ejemplos que le convienen. Es el caso del 11-S. Gracias a su teoría –dice– sabemos que los terroristas eran plenamente conscientes de la importancia simbólica del *lugar* (que no mero espacio) al que dirigieron los aviones, convertidos en el arma del crimen. Aviones que, para mayor sorna, lo eran de compañías aéreas también estadounidenses (AGNEW, 2002: 3). Realmente, ¿no es espectacular? ¡Qué haríamos, nosotros y hasta los terroristas, sin una teoría como la del «lugar»! Supongo que Agnew piensa que nadie contaminado por la geopolítica clásica podría haber llegado a su novedosa conclusión (*sic*). Como si, sin tantas florituras, la lógica del «lugar» no estuviera presente en el ethos guerrero enfatizado por Mackinder, que, procedente de Mongolia, abraza a países como Rusia, que, por ende, no son solo un «espacio», sino también un «lugar» dotado de un sentido y de un significado específicos, a ojos propios y ajenos.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, Daren; ROBINSON, James (2012). *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto.
- AGNEW, John (2003). *Making Political Geography*. Londres: Arnold.
- (2005 [1998]). *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- ANDERSON, Benedict (2006 [1983]). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la evolución del nacionalismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSON, Perry (1987 [1976]). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México DF: Siglo XXI.
- ARENDRT, Hanna (2017 [1951]). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- ARISTÓTELES (1985). *Política*. Barcelona: Orbis.
- ARON, Raymond (1974). *The Imperial Republic: The United States and the World, 1945-1973*. London: Weidenfeld and Nicolson.
- (1985 [1962]). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza Universidad.
- ARQUILLA, John (1992). *Dubious Battles: Aggression, Defeat, & the International System*. London & New York: Routledge.
- AXELROD, Robert (1984). *The Evolution of Cooperation*. New York: Basic Books Publishers.
- BAQUÉS, Josep (2019). «El mar como catalizador de la geopolítica: de Mahan al auge chino». *Revista de Estudios de Seguridad Internacional*, 5 (1): 119-139.
- (2023a). *La construcción de una política exterior y de seguridad común en Europa. ¿Por qué es tan problemática?* Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (2023b). *¿Cómo funciona el mundo? Una perspectiva desde la geopolítica*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- BARBÉ, Esther (2003). *Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- BETANCOURT, Carlos (1990). «Gramsci y el concepto de bloque histórico». *Historia crítica*, 4: 113-125.

- BILLIG, Michael (2014 [1995]). *Nacionalismo banal*. Madrid: Capitán Swing.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.
- CAHNMAN, Werner (1943). «Concepts of Geopolitics». *American Sociological Review*, 8 (1): 55-59.
- CABRERA, Lester (2020). «Geopolítica crítica: alcances, límites y aportes para los estudios internacionales en Sudamérica». *Foro Internacional*, 1 (259): 61-95.
- CAIRO, Heriberto (2005). «Prólogo». En: AGNEW, John. *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*, pp. ix-xvi.
- CARR, Raymond (2004 [1939]). *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid: Catarata.
- CHRISTOV, Theodore (2015). *Before anarchy: Hobbes and his critics in modern international thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORNAGO, Noé (2005). «Materialismo e idealismo en la teoría crítica de las relaciones internacionales». *Revista Electrónica de Relaciones Internacionales*, LVII: 665-693.
- COX, Robert (2013 [1981]). «Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: más allá de la teoría de relaciones internacionales». *Relaciones Internacionales*, 24: 129-162.
- (1987). *Production, Power, and World Order. Social Forces in the Making of History*. New York: Columbia University Press.
- DESCH, Michael (2007/2008). «America's Liberal iliberalism. The Ideological Origins of Overreaction in U.S. Foreign Policy». *International Security*, 32 (3): 7-43.
- DEUTSCH, Karl (1969 [1953]). *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*. Cambridge (MA): MIT Press.
- (1957). *Political Community and the North Atlantic Area. International Organization in the light of Historical Experience*. Princeton University Press.
- DICKINSON, H. T. (1996). «Thomas Paine». *History*, 81 (262): 228-237.
- DORFMAN, Joseph (1938). «The Economic Philosophy of Thomas Paine». *Political Science Quarterly*, 53 (3): 372-386.
- EASTON, David (1989 [1965]). *Un esquema para el análisis político*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FITZSIMONS, David (1995). «Tom Paine's New World Order: Idealistic Internationalism in the Ideology of Early American Foreign Relations». *Diplomatic History*, 19 (4): 569-582.
- FOUCAULT, Michel (1970). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

- FURNISS, Edgar (1952). «The Contribution of Nicholas John Spykman to the Study of International Politics». *Worlds Politics*, 4 (3): 382-401.
- GARCÍA PICAZO, Paloma (2016). *La guerra y la paz, en teoría*. Madrid: Tecnos.
- GILPIN, Robert (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ, Andrés; AZNAR, Federico (2013). «Mahan y la Geopolítica». *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*. Vol. 4 (2): 335-351.
- GOÑI, Helena de (2021). «Central Asia's role in the Heartland, 30 years after the dissolution of the Soviet Union». *Working Paper 2/2021. Center for Global Affairs*. Universidad de Navarra.
- GOTTMANN, Jean (1942). «The Background of Geopolitics». *Military Affairs*, 6 (4): 197-206.
- GRAMSCI, Antonio (1970). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- HABERMAS, Jürgen (1986 [1968]). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- HAWA, Samy (2012). «Influencia del Almirante Mahan en la Marina del Japón durante la II Guerra Mundial», en *Revista de Marina-Revismar*, 4: 357-365.
- HOBBS, Thomas (1992 [1651]). *Leviatán*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- HOPF, Ted (1998). «The Promise of Constructivism in International Relations Theory». *International Security*, 23 (1): 171-200.
- HORKHEIMER, Max (2003 [1968]). *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2019 [1937]). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona: Paidós.
- HORKHEIMER, Max; ADORNO, Theodor (1987 [1969]). *La dialéctica de la Ilustración*. Barcelona: Trotta.
- HURST, Alexander (2016). «Forgotten Father: Karl Deutsch and the Crucible of Constructivism». *Working Paper*. Londres: London School of Economics.
- KANT, Immanuel (1932 [1795]). *La paz perpetua*. Barcelona: Barcino.
- (2010 [1784]). *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Madrid: Tecnos.
- (2018 [1797]). *La metafísica de las costumbres*. Madrid: Tecnos.
- KEANE, John (1995). *Tom Paine. A Political Life*. Boston: Little Brown Company.
- KEOHANE, Robert; NYE, Joseph (1972). *Transnational Relations and World Politics*. Harvard University Press.
- KEOHANE, Robert (1984). *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.

- (1989). *International Institutions and State Power: Essays in International Relations Theory*. London & New York: Routledge.
- KRATOCHWIL, Friedrich (2007). «Looking back to somewhere: reflections on what remind 'critical' in critica theory». En: RENGGER, Nicholas; THIRKELL-WHITE, Ben (coord.). *Critical International Theory After 25 Years*. Cambridge University Press: 25-45.
- LINN Jr., John (1961). «The Legacy of Geopolitics». *Naval War College Review*, 14 (2): 30-72.
- LOCKE, John (1998 [1690]). *Segundo Tratado sobre el gobierno civil*. Barcelona: Al-taya.
- MACKINDER, Halford (1904), «The geographical pivot of history». *The Geographical Journal*, 170 (4): 298-315.
- (1919a [1902]). *Britain and the British Seas*. New York: Cosimo Classics.
- (1919b). *Democratic Ideals and Reality*. New York: Henry Hold and Company.
- (1943). «The Round World and the Winning of the Peace». *Foreign Affairs*, 21 (4): 595-605.
- MAHAN, Alfred T. (2007[1890]). *La influencia del poder naval en la historia*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- (1897 [1890-1897]). *Interés de los Estados Unidos de América en el poderío marítimo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MARCH, James; OLSON, Johan (1997 [1984]). *El redescubrimiento de las instituciones. La base organizativa de la política*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl (1980 [1859]). *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*. Moscú: Editorial Progreso.
- MEARSHEIMER, John (1994/95). «The False Promise of International Institutions». *International Security*, 19 (3): 5-49.
- (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York & London: Norton Co.
- MILL, John S. (1994 [1863]). *Del gobierno representativo*. Madrid: Tecnos.
- MONTESQUIEU, Barón de (1985 [1735]). *Del Espíritu de las Leyes*. Madrid: Tecnos.
- MORGENTHAU, Hans (1990). *Escritos sobre política internacional*. Madrid: Tecnos.
- MURPHY, David T. (2014). «Hitler's Geostrategist? The Myth of Karl Haushofer and the Institut fur Geopolitik». *The Historian*, 76 (1): 1-25.
- NYE, Joseph (1990). «Soft Power». *Foreign Policy*, 80: 153-171.
- (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.

- (2004). *Soft Power. The Means to Success in World Politics*. New York: Public Affairs.
- Ó TUATHAIL, Gearóid (1996). *Critical Geopolitics*. Londres: Routledge.
- Ó TUATHAIL, Gearóid *et al.* (2010). «New Directions in critical geopolitics: on introduction». *GeoJournal*, 73 (4): 315-325.
- OLSON, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action*. Cambridge: Harvard University Press.
- ONUÏ, Nicholas G. (1989). *World of our Making*. London & New York: Routledge.
- PLATÓN (2002). *La República o el Estado*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PARENT, Joseph; BARON, Joshua (2011). «Elder Abuse: How the Moderns Mistreat Classical Realism». *International Studies Review*. 13 (2): 193-213.
- RATZEL, Friedrich; CHURCHILL, Ellen (1897). *Influences of geographic environment, on the basis of Ratzel's system of anthropo-geography*. New York: Henry Holt and Company.
- RATZEL, Friedrich (1911). *The History of Mankind* (5 v.). Kiel: Hanse books.
- (2018 [1897]). «Lebensraum: a biogeographical study». *Journal of Historical Geography*, 61: 59-80.
- RISSE-KAPPEN, Thomas (2016). «Collective Identity in a Democratic Community: the case of NATO». En: RISSE-KAPPEN, Thomas (ed). *Domestic Politics and Norms Diffusion in International Relations*. Londres: Routledge, pp. 78-113.
- Rose, Gideon (1998). «Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy». *World Politics*. 51: 144-172.
- SANAHUJA, José A. (2016). «Los desafíos de la teoría crítica de las relaciones internacionales». En: DEL ARENAL, Celestino; SANAHUJA, José Antonio (coord.). *Teorías de las relaciones internacionales*. Madrid. Tecnos, pp. 157-188.
- SCHWELLER, Randall (2004). «Unanswered Threats: A Neoclassical Realist Theory of Underbalancing». *International Security*. 29 (2): 159-201.
- (2006). *Unanswered Threats. Political Constraints on the Balance of Power*. Princeton University Press.
- SMITH, Adam (1994 [1776]). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- SNYDER, Jack (1991). *Myths of Empire. Domestic Politics and International Ambition*. New York: Cornell University Press.
- SPYKMAN, Nicholas (1938a). «Geography and Foreign Policy-I», en *American Political Science Review*, 32 (1): 28-50.
- (2007 [1942]). *America's Strategy in World Politics*. New Brunswick: Transaction Publishers.

- (1944). *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt, Brace and Company Inc.
- TERZAGO, Jorge (2006). «Alfred Thayer Mahan (1840-1914). Su contribución como historiador, estratega y geopolítico». *Revista de Marina-Revismar*, 4: 47-64.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1993 [1835]). *La democracia en América*. Madrid: Alianza Editorial.
- TUCÍDIDES (1990 [s. v aC]). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Gredos.
- TURGOT, Anne-Robert-Jacques (1913 [1751]). *Ouvres de Turgot et documents le concernant*. Edición a cargo de Gustave Schelle. Vol. 1: 327-333. París: Libraire Felix Alcan.
- UNCTAD (2014). *El transporte marítimo. Conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo*. Nueva York.
- VAN EVERA, Stephen (1999). *Causes of War: Power and the Roots of Conflict*. Ithaca: Cornell University Press.
- WALKER, Thomas (2008). «Two Faces of Liberalism: Kant, Paine, and the Question of Intervention», *International Studies Quarterly*, 52: 449-468.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1984). *The Politics of the World Economy*. Cambridge University Press.
- (1999 [1989]). *El moderno sistema mundial*. Madrid: Siglo XXI editores.
- (2003). *La decadencia del Imperio. Los EEUU en un mundo caótico*. Pamplona: Txalaparta.
- WALT, Stephen (1987). *The Origins of Alliances*. Ithaca & London: Cornell University Press.
- (1997). «Why Alliances Endure or Collapse?». *Survival: Global Politics and Strategy*, 39: 1, 156-179.
- WALTZ, Kenneth (1962). «Kant, Liberalism, and War». *American Political Science Review*. 56 (2): 331– 340.
- 1988 [1979]). *Teoría de la Política Internacional*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.
- (2001 [1959]). *Man, the State, and War. A Theoretical Analysis*. New York: Columbia University Press.
- WALZER, Michael (1977). *Just and Unjust Wars. A Moral Argument with Historical Illustrations*. New York: Basic Books Inc. Publishers.
- (2004). *Reflexiones sobre la guerra*. Barcelona: Paidós.
- WEIGERT, Hans (1946). «Mackinder's Heartland». *The American Scholar*, 15 (1): 43-54.

- WENDT, Alexander (1992). «Anarchy is What States makes of it: The Social Construction of Power Politics». *International Organization*. 46 (2): 391-425.
- (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge University Press.
- WHITTLESEY, Derwent (1944). «Haushofer: the Geopoliticians». En: EARLE, Edward M. (ed.). *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler*. Princeton University Press, pp. 388-341.
- WILSON, Woodrow (1908). *A History of the American People. Critical changes and Civil War*. New York & London: Harper & Brothers Publishers.
- ZAKARIA, Fareed (1992). «Review: Realism and Domestic Politics: A Review Essay». *International Security*, 17 (1): 177-198.
- (1998). *From Wealth to Power. The Unusual Origins of America's World Role*. Princeton University Press.

En este sexto volumen de la colección «Segmentos de Seguridad» se publica el contenido de una de las materias del grado en Seguridad, que se imparte en el Instituto de Seguridad Pública de Cataluña como centro adscrito a la Universidad de Barcelona.

Este libro nace, como expresa el autor, con vocación de manual: expone teorías, teóricos y puntos fundamentales sobre las relaciones internacionales y la geopolítica, dos materias distintas pero muy relacionadas y complementarias. Pero la obra va más allá porque contiene también análisis y plantea muchas preguntas para la reflexión. Efectivamente, para comprender qué ocurre en el mundo y poder hacer un buen diagnóstico de cualquier situación, es necesario tener un conocimiento adecuado y combinado de estas dos jóvenes disciplinas.

En el primer capítulo, el autor hace una aproximación al estudio de las relaciones internacionales, cuyo foco se pone en el comportamiento de los actores principales (Estados) sobre las dinámicas relacionales. En el segundo capítulo se centra en la geopolítica, cuyo enfoque principal se encuentra en la geografía y en cómo ésta determina el comportamiento y la política exterior de un Estado, y que nos puede ayudar a identificar los factores que influyen en la actividad socioeconómica internacional.

**Institut de
Seguretat Pública
de Catalunya**



Ctra. C-17 Barcelona - Ripoll, km 13,5
08100 Mollet del Vallès (Vallès Oriental)
Tel. 93 567 50 00
<https://ispc.gencat.cat>
<https://ispc.gencat.cat>

 **Generalitat
de Catalunya**